

MELANIE ALEXANDER

UNA NOVELA DE LA TRILOGÍA El Grimoire de los Dioses

Olympia

OSCURA, SANGRIENTA, UNA LOBA CON PIEL DE CORDERO.
RECUERDA... LAS APARIENCIAS ENGAÑAN.



Índice

[Inicio](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota del autor](#)

[Prefacio](#)

[Capítulo - 1](#)

[Capítulo - 2](#)

[Capítulo - 3](#)

[Capítulo - 4](#)

[Capítulo - 5](#)

[Capítulo - 6](#)

[Capítulo - 7](#)

[Capítulo - 8](#)

[Capítulo - 9](#)

[Capítulo - 10](#)

[Capítulo - 11](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

[Sus novelas](#)

MELANIE ALEXANDER

UNA NOVELA DE LA TRILOGIA El Grimorio de los Dioses

Olympia

OSCURA, SANGRIENTA, UNA LOBA CON PIEL DE CORDERO.
RECUERDA... LAS APARIENCIAS ENGAÑAN.



© Derechos de edición reservados.

© Melanie Alexander, 2018

ISBN: 978-1987608984

Corrección morfosintáctica: Melanie García Gavino Corrección ortotipográfica y de estilo: Melanie García Gavino

Cubierta y diseño de portada: © Alicia Vivancos Maquetación y diseño de interiores: Alicia Vivancos www.aliciavivancos.com

De acuerdo a la ley, queda totalmente prohibido, bajo la sanción establecida en las leyes, el almacenamiento y la reproducción parcial o total de esta obra, incluido el diseño de cubierta, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público, sin la autorización previa de los titulares del copyright. Todos los derechos reservados.

AGRADECIMIENTOS

Olympia se ha hecho esperar tres años desde que salió el último de la trilogía, pero aquí está. Y no lo habría podido conseguir sin vuestra ayuda, vosotros, los lectores y compañeros escritores.

Gracias a todos por haberme apoyado desde el principio, por haber hecho que Olympia vea a la luz de la misma forma profesional que siempre he intentado con mis libros.

Agradecer como siempre a Alicia Vivancos, quien se encarga de que todo quede tan precioso como lo veis. Sabes que te quiero mucho, amiga. Nunca podré llegar a agradecerte lo que haces siempre por mí.

A mi Melody por su apoyo incondicional, porque eres un pilar muy importante en mi vida y siempre estás ahí, al igual que Alicia.

A Aura Pop, por sus ánimos continuos, sus ganas de ver que Olympia salía, su ansiedad y su amistad incondicional.

A Ester Fg, Eva María Rendón Flores, Olga Mata, LadyBruji, Alexandra, Mj Saoirse... a todas las blogueras y lectoras que han esperado con paciencia a que llegara este momento. Sin duda sin vuestro apoyo, no podría seguir haciendo esto y agradezco que me sigáis en mis locuras de chica unicornio.

A mi madre, que aunque no esté a mi lado de forma física, sé que vela por mí.

Y por supuesto a ti, lector. A ti que estás dándole la oportunidad a una historia que tuvo su final en Inframundo, pero que la protagonista necesitaba contar su verdadera historia.

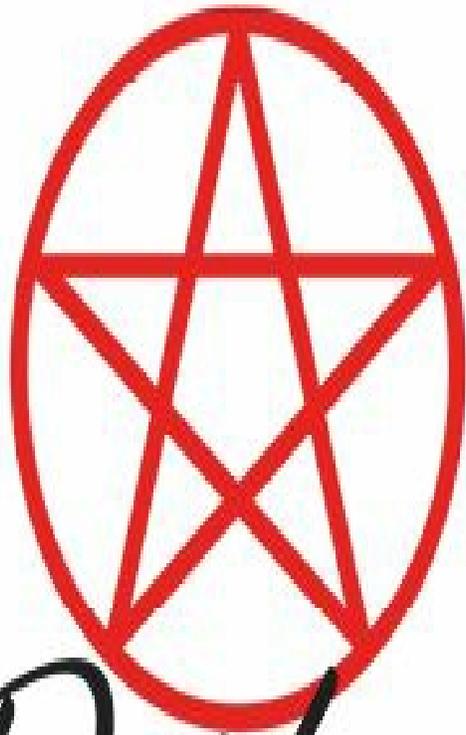
Gracias.

NOTA DEL AUTOR

Este libro es anterior a los hechos ocurridos en la trilogía El grimorio de los Dioses. Se recomienda leer primero la trilogía para entender muchos de los hechos ocurridos en este libro corto.

No es una novela convencional. Son tres mil doscientos años de una vampira con un propósito que se cuenta en la trilogía y que aquí, se cuenta cómo era antes de El grimorio de los Dioses.

Si todavía no has leído la trilogía, puedes conseguirla en mi web www.melanie-alexander.com o en Amazon.



Prefacio

Carel merodea a mí alrededor para observar lo que hago. Intenta asomar la cabeza hacia la pantalla del portátil y le lanzo una mirada que promete un mordisco como lo haga. La pequeña Olympia está en sus brazos. Con apenas dos meses de vida es la alegría de la casa y mi Espartano al final me convenció para ponerle mi nombre.

Madre, yo. ¿Quién lo iba a decir? Si ni siquiera sé cómo cuidar de mí misma... Pero así ha sido y creo que no lo hago tan mal, a pesar de que a veces, lo mejor es mantenerme alejada de ella para que no se le pegue mi mala hostia.

Ya no soy la que era, una vampira sádica, sin escrúpulos incapaz de actuar de forma responsable. Sigo siendo alocada, malhumorada, irritante y algo terca y obstinada, pero al menos no un monstruo asesino capaz de acabar con ayuda de sus colmillos con una nación entera.

Hace dos años que el grimorio, Arestos y Agramón, desaparecieron al fin de mi vida y conseguí encontrar el rumbo que debía seguir. No puedo decir que todo en mi vida ahora es de color de rosa, porque además de que es un color que odio, nunca podrá serlo. Siempre habrá algo que nos moleste e intente matarnos y los recuerdos tras la búsqueda del grimorio que acabaron por llevarme al inframundo y traumarme de por vida, es algo que arrastraré durante toda mi existencia. Todo está mucho más tranquilo que entonces, incluso yo, pero aun así, en Exeter, siempre hay algún vampiro o demonio dispuesto a quebrar nuestra paz. Con el paso de los años, no creo que fuera casualidad que el gran Bram Stoker eligiera este lugar como la ciudad de los Harker para su novela Drácula, en Inglaterra siempre hemos estado ocultos.

La muerte de Arestos no significó que su legado hubiera terminado. Hasta que no venzamos al último de sus filas, siempre habrá alguien que crea en él. Demasiados años de maldades han ocasionado que exista una enorme fila de enemigos.

No me compadezco de ellos. Los mato y punto. Los dos últimos años he aprendido a controlarme. No puedo decir que ahora sea una santa, porque creo que eso jamás ocurrirá. Mi pasado pesa sobre mis hombros todos los días de mi vida, atormentándome. Las vidas que arrebaté muchas veces me quitan el sueño, me corrompen. También debo admitir que a pesar de sobrevivir bastante bien con la sangre de mi Bomboncito Griego, bebo de humanos. Intento no matarlos, pero a veces es imposible, y Carel, por supuesto, se cabrea conmigo, discutimos, dejamos de hablarnos y tras varias horas volvemos a estar como siempre. Nos besamos, acariciamos y comportamos como dos ninfómanos incapaces de salir de las cuatro paredes de nuestra habitación, o la cocina, o el baño... ¡En todas partes!

—¿Vas a decirme en qué estás concentrada o tengo que obligarte? —me pregunta Carel apoyado en el quicio de la puerta. Acaricia con suavidad la mejilla de nuestra hija, que observa a su padre con devoción.

—Si te lo digo tendré que matarte, bomboncito —lo miro altiva y sonrío con burla a la espera de que responda con alguna arrogante ocurrencia.

—Creo que me arriesgaré, gatita. No serás capaz. Necesitas este cuerpo para hacer de tus días algo inolvidable —contesta y me guiña un ojo.

Bufo exasperada. No obstante, algo de razón tiene.

Se ha dejado el pelo algo más largo. Ya no lo lleva en punta y corto como cuando volví a conocerlo tras treinta y dos siglos de separación. Ahora se parece mucho más al Espartano de hace tres mil doscientos años que permanece en mis recuerdos. Me saca una cabeza con sus casi dos metros de altura. Sus ojos verdes con destellos color miel siguen hechizándome como el primer día. Y su cuerpo, ¿qué puedo decir de su cuerpo? Me absorbe, me envenena, me complace día y noche sin descanso y en mis labios permanece su sabor a miel y limón. Tiene un cuerpo envidiable, con su sexteto de abdominales bien formado, sus oblicuos que se pierden por el pantalón y una piel con toques bronceados. A pesar de no darle el sol, tiene un toque moreno que me vuelve loca.

Todo él me vuelve loca. Su eterna apariencia de chico de veintitrés años me tiene como una imbécil. Por milenios que pasen, siempre seré una chica con hormonas adolescentes.

Yo sigo igual. Ser madre no me ha vuelto una chica que vista de forma recatada, con vestidos de cuello vuelto y zapatos cómodos para aguantar la energía de un bebé. Me maquillo como una gata; ojos negros, labios rojos y mi ropa enseña más que esconde. Con mis inseparables prendas de cuero, los corsé y faldas que hacen que Carel babe encharcando los suelos, sigo siendo la gatita que consiguió volverlo loco. Mi pelo sigue rubio, largo y ondulado y mis ojos de un intenso azul, con la diferencia de que cada día brillan más por estar rodeada de las personas que de verdad me importan.

Me levanto de la silla del escritorio donde escribo en mi ordenador y cierro la pantalla para impedir miradas indiscretas. Arrebato a Olympia de los brazos de su padre y le doy un beso en su carnosa mejilla.

Ella me sonríe y me contagia su alegría. Todavía no me creo que una cosa tan frágil, pequeña y que necesita de tantos cuidados, haya salido de mí.

Sigo aparentando diecinueve años, soy como una adolescente incapaz de salir de la edad del pavo y la responsabilidad de ser madre aún me supera. Suerte que tengo a la mía, Helena. Mi semidiosa madre vive a tan solo una casa de distancia, así que, todo el día está en la mía acaparando a mi pequeña.

Dice que es idéntica a mí cuando nací.

Como si la hubiera invocado, aparece por la puerta con los ojos brillantes de la emoción que le provoca coger a su nieta. Helena de Esparta es tan bella como se la describe en los libros antiguos. Rubia, ojos azules, vamos... yo, pero con cara de niña buena. Sin duda me quedé con algún gen recesivo que me implantó la maldad que durante años ha asolado mi vida.

—¿Me la puedo llevar a dar un paseo? —pregunta sin ni siquiera saludar. Son las tres de la madrugada en Exeter, una noche más en el mes de Julio. No hace mucho frío, pero mi hija tiene tres meses y las calles son peligrosas.

—Mamá, es muy tarde.

—Oh, por los dioses, Oly —me corta—. No le va a pasar nada. Solo quiero llevarla al Olimpo para que tu abuelo vea lo bonita que está. Alicia me acompañará y no va a pasar nada.

Frunzo el ceño. No me hace mucha gracia. Me he vuelto una madre de lo más sobreprotectora con mi hija. Carel parece estar conforme. Me mira y sé lo que piensa.

Una noche para nosotros solos.

—Está bien —acepto a regañadientes. Le doy un beso en la frente a mi pequeña y se la entrego a mi madre que espera ansiosa su oportunidad de besarla, achucharla y agobiarla con sus atenciones.

Es lo peor...

Tras todas las mentiras que me rodearon durante siglos, aún a veces me pregunto cómo la perdoné. Pero así es, ahora forma parte de mi vida y quiero que sea así siempre. La necesito, me es de gran ayuda con la pequeña y la oportunidad de tener una madre es un privilegio que la mayoría de nosotros no tiene.

Juntas desaparecen y Carel me mira torciendo su rostro en una sonrisa de lo más provocadora.

Quiere guerra.

—Quieto parado, caramelito. Tengo cosas que hacer —lo freno con mirada seria.

Tengo que continuar escribiendo en el ordenador. Llevo varias noches sin apenas dormir con el deseo de poder expiar mis pecados en ese aparato.

Se acerca y me abraza. Coloca sus manos en mis nalgas y después recorre mi cuello con su húmeda lengua. Siento que me deshago.

—Carel, te lo digo muy en serio. Ahora no.

No me escucha.

Nunca lo hace.

Continúa con su juego e ignora mis súplicas de que pare, pero lo cierto es que no sueño demasiado convencida. Sube la suave tela de mi fino camisón hasta dejar mis nalgas al descubierto y acaricia mi monte de Venus con manos firmes, penetrando en su lugar favorito. Consigue que de mi boca salga un ronco gemido que augura que ya no seré capaz de parar.

Me sube a horcajadas sobre él y rodeo sus caderas con las piernas. Me lleva hasta la cama de nuestra habitación sin apenas abrir los ojos mientras sus labios juegan con los míos.

Estoy atrapada. Atrapada por un maldito bomboncito griego que consigue que deje de pensar de forma coherente.

—Jamás me cansaré de tu cuerpo —susurra en mi oído y comienza un lento descenso de su lengua por la curva de mi cuello, hasta llegar a mis pechos y saborearlos.

—Ajá —musito extasiada por sus toques.

Continúa el recorrido hasta descender por mi monte de Venus. Su lengua se detiene en mi clítoris y sus dedos penetran en mi interior. Suelto un fuerte gemido que sé que hace sonreír a mi vampiro. El vello de su barba roza en mi zona y me provoca un respingo de placer.

No importa lo que haga, cualquiera de sus caricias despierta las terminaciones nerviosas de mi cuerpo y el éxtasis aparece de inmediato. Se retira con lentitud y asciende hasta toparse con mi rostro con una sonrisa arrogante que me enloquece.

—Nunca te cansarás de mí, gatita. Soy lo mejor que tienes.

—Te equivocas, cariño. Pero me lo comes muy bien, así que debo mantenerte cerca —respondo con una sonrisa socarrona.

Lanza una carcajada y se lanza a por mis labios. Continúa vestido, así que mientras me besa me entretengo en romper su camisa y bajar sus finos pantalones de estar por casa. Su miembro roza en mi entrepierna y siento la dureza que tantas ganas tengo de sentir en mi interior.

Mi caramelito siempre está preparado para mí. Ni siquiera tengo que tocarlo para encender en él la llama de la lujuria. Se encaja entre mis piernas y entra en mi interior de una suave embestida. Sus manos atrapan las mías y las coloca sobre mi cabeza.

—Siempre tan preparada para mí, gatita. Eres una delicia —susurra en mi oído y lame mi cuello para después tantear la zona con sus colmillos.

Gimo de placer mientras sus acometidas aumentan de intensidad. El sonido del cabecero de la cama al golpear contra la pared ensordece mis gemidos. La pasión y la lujuria se palpan en el ambiente. Carel me incorpora con facilidad y cambiamos de posición. Me sube a horcajadas con él sentado en la cama y rodeo sus caderas con mis piernas. Ambos seguimos un ritmo lento y profundo. Sus manos recorren mi espalda entre suaves caricias que me llevan al cielo y yo clavo mis uñas en sus hombros. Gruñe de placer y dolor y sonrío mientras continúa con su juego.

Cada vez mi cuerpo está más caliente. Mis colmillos hace rato que se han alargado. La vena palpitante de su cuello está hinchada por el ejercicio y el olor de su dulce sangre me llama a gritos. Estoy ansiosa por hincar mis colmillos y saborear su deliciosa sangre, esa que me enloquece y llena hasta el punto de darme uno de los más grandes placeres de la vida.

La temperatura sube en nuestra habitación. Por la ventana abierta entra una fría brisa que golpea en nuestros sudorosos cuerpos. Los gemidos de ambos se acrecientan con cada acometida. En mi bajo vientre comienzo a notar la llegada del orgasmo. Carel me besa con pasión y gruñe contra mis labios. Le doy un mordisco en su labio inferior y lamo con sensualidad las gotas de sangre que salen de la herida. Sonrío con ganas de más. Echa la cabeza hacia atrás y me ofrece la palpitante vena de su cuello que no tardo en tantear con mis dientes. Le muerdo con delicadeza y suelta un gruñido placentero. En mi boca entra la sustancia que me da la vida y succiono con avidez, saboreando la calidez y su sabor. Sé que en estos instantes mis ojos se han transformado a un rojo intenso que en otra época habría significado que mi monstruo interior estaba a punto de salir a la luz, sin embargo, he conseguido controlarlo. Distingo el sabor de Carel y sé que si me excedo podría perderlo.

Ya no soy tan letal. Pero en cuanto el orgasmo arrasa todo mi organismo y mi vampiro aprovecha para morderme a mí. Sus dientes perforan mi cuello, noto como el líquido rojo sale de mi cuerpo y gimo de placer mientras mi orgasmo continúa con la invasión a mi cuerpo. Se separa de mi cuello con un ronco gemido y se desploma hacia atrás agotado después de un intenso orgasmo que nos ha

arrasado a ambos.

—Eres un idiota. ¿Por qué te has salido con la tuya? —murmuro instalando un puchero infantil en mi rostro. Mi plan no era pasar un rato caliente con mi marido. Carel sonrío de forma arrogante y contesta:

—Por que te pongo...

—De los nervios —lo corto antes de que continúe.

—Sí. De los nervios también, gatita, pero esto que tengo entre las piernas hace milagros contigo.

A veces me dan ganas de darle un buen guantazo por creído, pero me lo guardo y le miro mal, con ganas de aplastarle la cabeza y borrarle esa sonrisa condescendiente.

Me levanto de la cama y lo señalo con una clara amenaza de que cómo vuelva a atacarme, lo lanzo contra la pared con la telequinesia. Vuelvo a adecentarme preparada para el segundo intento de sentarme frente al ordenador y una vez más, pregunta:

—¿Qué estás haciendo tan pendiente del ordenador? No sabía que te gustara escribir.

—No, no es algo que me guste. Pero es un secreto. Puede que en algún momento te lo enseñe. Y ahora, caramelito, enfunda la espada y lárgate un rato a casa de Nathan y Melody a cortarles el royo.

—¿Quién va a cortarnos el royo?

Melody entra en la habitación sin permiso y Carel se apresura a vestirse.

Aunque ya no vivimos todos juntos las puertas de nuestras casas siempre están abiertas, y por consiguiente, se cuelan cuando les da la gana.

¿Para qué están los timbres? Para nada.

—¿Dónde está mi sobrina peleona? —pregunta Nathan entrando también en la habitación.

—Se la ha llevado Helena al Olimpo. Lo siento, hermano, te la han robado —dice Carel y le da una palmadita en la espalda.

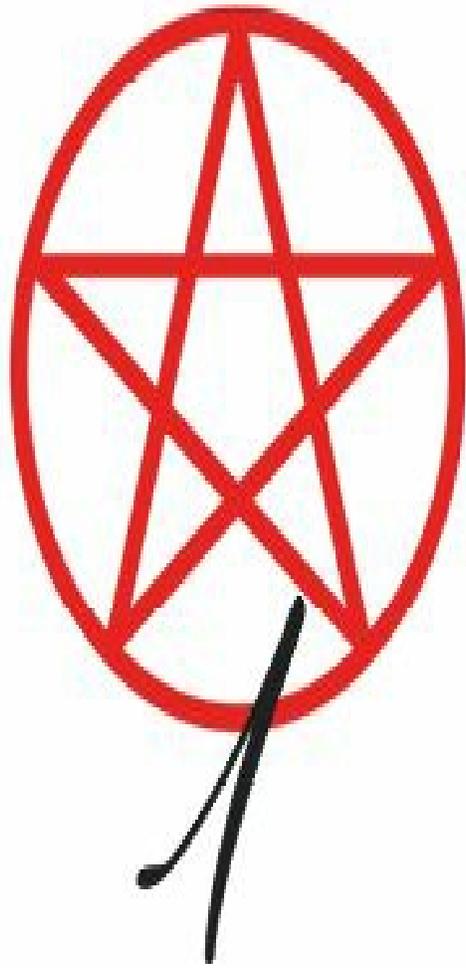
—Bueno chicos, ahora, largo. Necesito intimidad —añado cansada del espectáculo.

—La caníbal intimidad, ¡menuda novedad! Pero cariño, si tú no sabes lo que es eso —se burla Melody.

Los echo a empujones de la habitación y cierro la puerta con pestillo. Obligué a Carel a ponerlo. Ahora ya nadie me va a molestar mientras os cuento mi historia.

No os prometo que sea agradable, quizá tanta maldad os haga odiarme, pero lo necesito.

Necesito contar mi historia después de transformarme en una vampira, cuando estaba sola con Arestos, sin nadie más, convirtiéndome en un monstruo sin ningún tipo de respeto por la humanidad que no se arrepentía de ninguna de sus fechorías.



Año 1200 A.C, aproximadamente...

L

a oscuridad se cernía sobre mí de la misma forma que las fuertes olas hacen naufragar a los navíos.

No recordaba nada. Mis ojos no se abrían y era incapaz de pensar en lo qué pasaba a mí alrededor. La garganta ardía con fuerza, llenándome de angustia, de dolor. Un dolor insoportable que ansiaba que parara cuanto antes porque sentía que iba a enloquecer.

¿Qué estaba pasando?

¿Quién era yo y qué me ocurría?

Solo conocía mi nombre; Olympia.

Tras muchas horas de agonía entre las que me debatía entre la vida y la muerte, mi corazón recuperó su ritmo normal dentro de mi pecho y notaba cómo poco a poco mis extremidades comenzaban a volver en sí.

La confusión me atormentaba. Oía voces a mi alrededor que decían que al despertar las luces me molestarían.

¿Quiénes eran? Podía olerlos.

Sus aromas entraban en mis fosas nasales como si fueran lo único que de verdad me importara. Uno de ellos olía delicioso y el hambre se hizo presa de mí ser. Mi estómago rugía y en mi garganta notaba una extraña sensación, como si algo la desgarrara.

¿Cómo podía atraerme una persona?

No era capaz de entenderlo.

Una mano me agarró del brazo y lo acarició durante los minutos que tardé en conseguir abrir los ojos. Mi vista, poco a poco, comenzaba a enfocar.

No tenía ni idea de dónde estaba. Muros de piedra me rodeaban bajo un techo sostenido por imponentes columnas de estilo Griego y la luz de las antorchas me hizo entrecerrar un poco los ojos. Dolía, aun así, tenía la sensación de tener una visión perfecta. La nitidez de todo lo que se me presentaba era abrumadora. Podía ver la belleza hasta en una mota de polvo y arenilla que volaba libremente por el extraño lugar.

De nuevo aquel hombre acariciando mi muñeca. Desvié la mirada y me encontré con sus ojos verdes que sonreían de una forma que se me antojó misteriosa. Era bastante alto y su mirada me inspiró confianza. Reconocía que él no era quien hacía que mi garganta ardiera de forma frenética. Su olor no era tan atrayente, no era lo que necesitaba en ese instante a pesar de resultar de lo más tentador.

—Bienvenida a tu nueva vida, Olympia.

—¿Quién eres? ¿Qué es todo esto? —Estaba temerosa y confusa. Antes de intentar encontrar la forma de saciar el hambre, necesitaba conocer a quién me rodeaba.

Mi mente no encontraba respuestas para nada de lo que ocurría. Mi voz sonaba temblorosa. No la reconocía.

—Mi nombre es Arestos y voy a enseñarte a manejarte con tu nueva vida.

Arestos me ayudó a levantar del incómodo catre en el que desperté. Observé mis ropas ensangrentadas y con mis manos palpé en busca de heridas.

No tenía nada.

¿De quién era toda esa sangre? ¿Por qué el olor se me antojaba de lo más apetecible? ¿En qué me había convertido?

—No te asustes, querida. Conmigo siempre estarás a salvo.

Un torrente de preguntas se agolpaba en mi cabeza.

Tenía ganas de llorar, gritar, lanzar golpes a destajo, pero me quedé quieta, inmóvil, de pie frente a aquel hombre que me brindaba su confianza. Me hizo creer que me protegería de todo cuanto pasara a mi alrededor, y yo, tonta de mí, le creí al sentirme tan sola y desvalida.

—¿Qué es todo esto? ¿Quién soy? ¿Por qué me arde la garganta? —hablé con inocencia. Mi voz sonaba débil, rasgada...

Mi cuerpo comenzó a temblar presa de la ansiedad. Mi estómago se encogía y vibraba produciendo un terrible dolor en todo mi cuerpo. Un grito ahogado luchó por salir de mi garganta y me agarré la cabeza con fuerza.

Dolía como si miles de dagas se clavaran en mi cerebro. Había imágenes que intentaban penetrar en mi cabeza, distorsionadas y sin ningún sentido para mí. Las manos me sudaban y mis piernas eran como gelatina.

No era dueña de mí misma.

Arestos esperó varios minutos a que me tranquilizara, la transición estaba siendo muy dura, lenta y tortuosa para mi organismo que dejaba de ser humano.

Seguíamos en la misma posición. Sus manos acariciaban mi espalda para transmitirme calma, una calma que era incapaz de alcanzar.

—Ahora eres un vampiro —explicó. Tiñó su voz con un rastro de dulzura.

La palabra era desconocida para mí, no encontraba el significado en mi vacío cerebro.

—Debes alimentarte para vivir. Tu instinto te dirá lo que debes hacer.

No entendía nada. Su mirada se cruzó con brevedad con la del hombre que yacía solitario en una esquina de la amplia habitación.

Algo en él llamó mi atención. Oí el latido de su corazón como si estuviera sobre mi mano. Era frenético, atrayente... podía incluso oír la sangre bombear y olerla.

La olía como si fuera un manjar. Era... apetecible.

Me separé unos metros de Arestos y acorté las distancias con el hombre. Miraba nervioso a su alrededor, buscaba una ayuda por parte de mi salvador que no le iba a proporcionar.

Una extraña sensación en mi boca me hizo pasar la lengua por mis dientes. Los colmillos sobresalían de mis labios como dos armas punzantes con el poder de asesinar.

Mi visión se tornó roja.

A pesar de no saber qué debía hacer con exactitud, el instinto que afloraba de lo más profundo de mi interior me llevó a cometer mi primer asesinato.

El humano intentó huir en cuanto lo apresé contra el muro de piedra. Sollozaba en busca de ayuda y fui incapaz de mostrar un atisbo de compasión. Todo mi cuerpo demandaba su sangre. La vena de su cuello palpitaba delante de mis ojos.

Como si conociera el proceso, le eché el cuello hacía atrás con ayuda de tensar su pelo y acerqué mi rostro a la zona para agarrarlo con fuerza e inmovilizarlo para que dejara de patear como un cobarde.

Tenía hambre.

Hiné los dientes en su yugular y absorbí con avidez el exquisito manjar que me proporcionaba su vida. Poco a poco, el humano dejó de forcejear. El agarre que antes había intentado llevar a cabo en mis brazos se deshizo y sus extremidades cayeron inertes a un lado de su cuerpo.

Estaba muerto.

Yo lo había matado.

La sed aún ensombrecía mis sentidos. Si en ese instante hubiera habido otro humano, sabía que también habría muerto. Sin embargo, no lo había y solo me quedaba volver en mí misma al observar a Arestos, plantado frente a mí con una sonrisa satisfecha en su rostro por lo que acababa de hacer.

—¿Qué he hecho? —dije entre sollozos al darme cuenta de mi nueva realidad. Mi siguiente impulso fue echarme a llorar.

Entre la confusión por no saber quién era y el remordimiento por haber asesinado a sangre fría a una persona, la desolación me embargó por completo.

Me alejé de Arestos. Corrí por aquel desconocido lugar. Tenía la sensación de que las paredes se derrumbarían impidiéndome continuar. Nada me resultaba familiar, pero tampoco era capaz de distinguir los detalles. Mi velocidad era tal que todo parecía un espejismo a mi alrededor.

Encontré lo que parecía una salida y frené al ver el exterior.

Era una noche oscura, casi tétrica. No había estrellas en el firmamento y solo me rodeaban escombros. El lugar del que acababa de huir estaba prácticamente derruido. Tenía pinta de palacio, pero sus muros, antaño firmes y esplendorosos, tenían resquicios de carbón y hollín por las llamas.

No sabía dónde estaba.

Sabía qué era el cielo, las estrellas, los humanos... Mi memoria recordaba cosas insustanciales, pero no había ningún rostro.

Había vuelto a nacer y era un vampiro.

Una asesina.

Hiné las rodillas en la fina arenilla que cubría todo el terreno y me eché a llorar de forma desconsolada. Las lágrimas caían furiosas hasta el suelo y los sollozos desgarraban mi garganta. Tenía las manos ensangrentadas y reseca. Toda yo estaba en ese estado.

¿Qué me había pasado? Me preguntaba una y otra vez.

Arestos se reunió a mi lado y ayudó a levantarme del suelo. Alzó mi rostro con su mano en una caricia y me hizo mirarlo directamente a los ojos.

—Eres débil, Olympia. Si quieres sobrevivir en este mundo, debes fortalecerte —murmuró con seriedad. Había perdido un poco la amabilidad con la que al principio me había recibido—. Ahora eres un vampiro, un ser inmortal con una eterna vida por delante.

Continué atenta a lo que me decía sin dejar a un lado las lágrimas.

—¿Inmortal? ¿Cómo los dioses? —pregunté. ¿Qué sabía yo de dioses?

Me dio la sensación de que la rabia lo invadía cuando pronuncié la palabra dioses. Una mueca extraña se formó en su rostro que lo puso tenso.

—Los dioses nos temen, querida. Nosotros somos seres de la noche. Nuestro único Dios es nuestro creador, Agramón.

—Pero... yo...

—Tú nada. Olvídate de los dioses, ellos no te escuchan. Nos repudian. Debes construir una nueva vida. Yo te he salvado de morir y ahora te voy a enseñar tu nueva forma de ser. Serás mi guerrera, la mejor, mi compañera eterna.

La sinceridad y energía de sus palabras me convencieron para seguirle a pesar de las dudas que habitaban en mi corazón.

En esa primera noche de mi nueva vida aprendí lo necesario para paliar mi ansiedad; no podía salir a la luz del sol, jamás envejecería y mantendría mi joven apariencia de chica de diecinueve años para toda la eternidad, y para sobrevivir, mataría a humanos.

No me gustaba esa parte. Arrebatarse vidas se me antojaba horroroso, me daba ganas de llorar como una idiota.

Arestos era serio, frío y calculador, pero tuvo paciencia a pesar de mis continuas pataletas infantiles. Las primeras semanas me enseñó a cómo matar. Prefiero no pensar en todas las vidas que arrebaté en mis primeros días, pero así fue. Vidas inocentes que cayeron en el olvido por mi

ansiedad.

Lloré mucho, no solo por sentirme culpable, desde que renací como vampiro, miles de sentimientos me ahogaban con fuerza. Sobre todo la sensación de que me faltaba algo, como si una parte de mí hubiera caído en el olvido cuando morí siendo tan solo una humana. Una sensación que me perseguiría durante los próximos tres mil doscientos años.

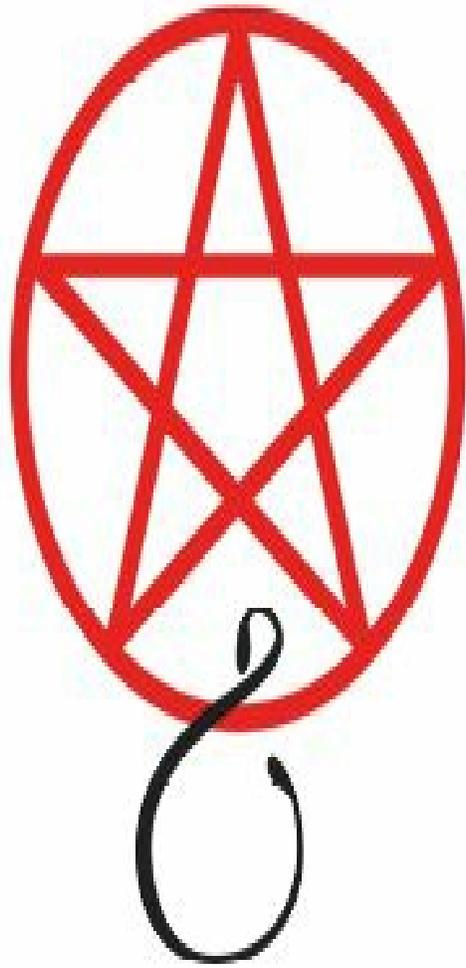
Arestos intentaba ser paciente conmigo, pero a veces, mostraba un carácter irascible que me aterraba. Era muy fuerte y la emprendía a golpes con las cosas cuando me escuchaba llorar por no pagarla conmigo, cosa que cambió a lo largo del tiempo.

Me sentía ridícula.

Cuando salíamos de caza él mataba y no mostraba ningún remordimiento. Era lo que yo debía hacer. Pero la culpabilidad de arrebatarse una vida inocente me carcomía las entrañas.

No fue hasta dos meses después de mi transformación que comencé a acostumbrarme a mi nueva vida.

Una vida que hizo que miles de personas me creyeran un auténtico demonio.



L

os días se sucedían en un continuo vaivén de sentimientos y sensaciones que me descolocaban. Temía volverme loca en cualquier instante y caer a causa del sol en uno de mis arrebatos. Arestos se desesperaba. Lo oía murmurar entre las cuatro paredes en que nos hospedábamos, frustrado por mis pérdidas de cordura. Llegué incluso a pensar que se cebaría a golpes conmigo para espabalarme de una vez, pero se controlaba, por el momento. No sabía sí por pena, o porque en realidad era lógica mi reacción. Al fin y al cabo, el mundo que se presentaba ante mis ojos era algo desconocido para mí.

Nos alojábamos cerca del centro de la civilización Espartana, a escasos metros de donde los habitantes hacían sus vidas y comerciaban ropajes, comida y mercancías para sobrevivir y rehacer sus vidas tras la guerra. Hacía menos de medio año que había terminado.

Arestos me contó que durante diez largos años los humanos habían derramado mucha sangre en nombre de los dioses. Me contó la historia de principio a fin. En Esparta reinaba Menelao junto a su mujer Helena, y un día, llegaron los Troyanos con ganas de mantener la paz entre ambos reinos y los Espartanos los recibieron con los brazos abiertos.

Menelao, confiado con la lealtad de los Troyanos, los hospedó durante más de dos semanas en sus dominios sin ser consciente de que Helena, su mujer, se veía a escondidas con Alejandro Paris, el hermano menor de Héctor, príncipe de Troya. Todo eso conllevó a que durante la partida de los Troyanos a su pueblo, Helena huyera con su amante. Y Menelao, con ganas de venganza, marchó a Micenas en busca de su hermano y rey, Agamenón, para comenzar una larga guerra en contra de Troya que duró la friolera de diez duros años.

Cayeron muchos inocentes, grandes guerreros, mujeres y niños. Todo por una mujer que un rey quería recuperar para llevar a cabo su propia venganza. Héctor cayó, Príamo, rey de Troya, también. Sus muros se vieron sumergidos bajo las llamas que provocaron cientos de griegos de todos los estados, Esparta, Ítaca, Micenas... Todos se aliaron provocando un total Apocalipsis en los inquebrantables muros de la sagrada Ílion.

Nadie se libró de sus consecuencias, ni griegos, ni troyanos. Yo misma había sido víctima de la guerra. Según me contó Arestos, él paseaba por las calles de Esparta buscando refugio tras la guerra y me encontró medio muerta y sola. Nunca supe quién lo había convertido a él, pero tampoco me hizo falta preguntarle. Me salvó y le agradecí cientos de veces que me diera una nueva vida.

Decía que me veía demasiado joven y bella para perecer de forma tan catastrófica. Y como una ilusa, lo creí durante siglos.

Varios escribas humanos anotaban en nuestro libro los negocios que llevábamos a cabo. Arestos consiguió que fuéramos grandes mercaderes en la zona. Por supuesto, nosotros no hacíamos nada. Cientos de esclavos estaban dispuestos a trabajar por un generoso jornal que el vampiro se encargaba de hacerles llegar. Poco a poco, iba amasando una gran fortuna en forma de tierras e intercambio de mercaderías que nos permitían vivir con gran comodidad. Nuestra vivienda era casi como un palacio digno de los altos mandos de las grandes ciudades. Apenas nos mezclábamos con el mundo humano. Solo salíamos a la calle por la noche, para cazar.

—Pronto nos marcharemos a Cnosos. Tengo trabajo que hacer allí —me dijo un día entrando en nuestros aposentos subterráneos. Nuestras alcobas eran el único lugar seguro durante el día.

No le contesté. No hacía falta. Dar mi opinión no servía para nada. Apenas salía de las paredes de nuestra vivienda, me pasaba las horas del día pensando en mi nueva vida, en las vidas que ya llevaba arrebatadas y en encontrar una forma que hiciera que Arestos me viera con otros ojos.

No me despreciaba, pero tampoco me hacía mucho caso. Más bien me ignoraba cuando me apenaba de mí misma. Se negaba a creer que me mostrara tan débil. Parecía tener ganas de que me convirtiera en otra persona. Alguien letal.

Yo quería ser fuerte como él. Tener la misma fuerza y sus mismos ideales. Quería ser valiosa y no un estorbo.

Éramos los únicos vampiros de la zona. No tenía ni idea de si había más, así que debía afrontarlo y comenzar a vivir, encontrar mi lugar en el mundo con su ayuda o por mis propios medios.

*

Años, décadas, siglos... El tiempo pasaba más deprisa de lo que jamás hubiera imaginado. Tener todo el tiempo del mundo puede parecer que haga que todo sea más lento, pero no. Mis primeros cien años de vida pasaron como una ventisca de invierno. Viajamos cientos de veces y finalmente fuimos a parar a Atenas.

Gozábamos de todos los lujos de la época, teníamos contactos por todas partes, e incluso un grupo de vampiros se unió a nuestras filas. Arestos los había creado, como hizo conmigo para poco a poco, crear una comunidad que podría llegar a convertirse en una plaga.

Yo lo observaba desde la distancia. Era muy concienzudo a la hora de elegir a sus presas. Por las noches salíamos en busca de guerreros que se desahogaban de sus tareas acostándose con las meretrices del centro de la ciudad. Cuando terminaban, los perseguía y los llevaba hacia a un callejón para acorralarlos, luchaban y al final, el guerrero siempre caía bajo el embrujo del vampiro.

Me impresionaba la letal forma de Arestos de cobrarse la vida de sus víctimas, pero más me impresionaba cuando era capaz de dejarlos con vida, darles su propia sangre y dejar que renacieran como vampiros.

—Ahora tú, querida —me murmuró mientras agarraba al vampiro en transición para cargarlo en nuestro caballo y volver a nuestro hogar.

Imité todos sus pasos acompañados con mi irresistible sensualidad de mujer. Arestos esperó en el callejón mientras salía en busca de mi víctima. Los callejones estaban abarrotados. Los guerreros yacían a plena vista de todos con sus meretrices y yo busqué a uno que estuviera solo.

Era alto, fornido, vestido con las ropas de guerra. Tenía un cuerpo de lo más atractivo. Me

acerqué a él contoneando las caderas y me comporté como cualquier otra meretriz.

—¿Cómo te llamas? —le dije con tono seductor mientras acariciaba mi cabello recogido por una trenza. Sus ojos oscuros brillaban expectantes. Podía ver bajo los ropajes de su armadura como su miembro se alzaba imponente.

Quería algo de mí que no le iba a dar.

Después de cien años controlaba algo mejor la sed de sangre, por lo menos durante el día. Ya no me apenaba matar a gente. Era mi forma de sobrevivir. La vena palpitante de su cuello despertó mi instinto más primitivo. Me relamí los labios y olisqueé el dulce aroma masculino de mi víctima que tan tentador me parecía.

—Tebias, preciosa.

El humano no era consciente de que de mi boca sobresalían dos afilados colmillos dispuestos a desgarrar su piel sin ningún tipo de dificultad. La oscuridad le impedía verme por completo. Sus manos acariciaban mis caderas sobre la tela de mi blanco peplo, y sus ojos, estaban entretenidos con el canal de mis pechos.

El tirante se deslizó hacia abajo y le dio una vista sugerente de mi cuerpo. Vi como se relamía los labios.

El instinto de un vampiro, además de ser letal, provocaba una fuerte lujuria. Normalmente yacía con mis víctimas para después matarlas, pero ese no era mi objetivo en aquellos instantes. Arestos observaba todo desde el inicio del callejón al que lo arrastré y me evaluaba para ver si era capaz de crear a más de los nuestros.

Tebias me besó en los labios y mordí los suyos probando un poco de su sangre. No se quejó, me dejó que explorase su boca y captara su esencia. Era delicioso y activaba mis instintos depredadores. Al separarnos, coloqué mis manos en su cabeza y la eché hacia atrás para tener un mejor acceso.

—Quiero verte desnuda, pequeña —susurró con voz grave y ojos brillantes de deseo.

—Lo siento, guerrero. Pero esta noche tus sueños no se van a hacer realidad.

Relamí su cuello con mi lengua y ya no lo resistí más.

Mordí, succioné con avidez, tragué su sangre y me alimenté, transformándome una vez más en el monstruo que me empeñaba en no ser, pero que cada vez refulgía al exterior con más potencia. El líquido descendía por mi garganta. Calmaba el ardor eterno que me acompañaba durante todos los instantes del día.

—Para —ordenó Arestos y apoyó su mano en mi hombro.

Lo ignoré. Estaba ciega de placer. En aquel instante ya era imposible que dejara de arrebatarme la vida a aquel guerrero. Era mío. Mi próxima víctima.

—¡Te he dicho que pares, Olympia!

Seguí bebiendo.

Arestos me apartó de un empujón del cuerpo del guerrero y me levanté del suelo fuera de control. Odiaba que me interrumpieran en medio de un festín. Mi descontrol era tal, que era capaz de emprenderla a golpes con cualquiera, incluso con Arestos, quien siempre vencía.

—¿Se puede saber qué haces? —grité presa de la furia, frustrada de que hubiera interrumpido mi comida.

Sabía que mi misión era transformarlo, pero su sabor había cegado todos mis sentidos y la idea de dejarlo seco era de lo más tentadora.

—No debes matarlo.

Ignoré sus palabras y me lancé a por él, furiosa. Arestos esquivó mi placaje y me dio un puñetazo en el estómago que me hizo retorcer de dolor. Sus manos agarraban mis muñecas, intentaba frenarme, lastimándome en el proceso.

Quise llorar, pero las lágrimas no salían. Solo rabia, ira y un profundo odio hacia Arestos que despertó todas mis terminaciones nerviosas. Sin saber cómo lo hice, lo lancé por los aires sin tocarlo al otro lado del callejón.

Se quedó tan sorprendido como yo.

Pensé que esa sorpresa aplacaría su ira, no obstante, la acrecentó. Nada más levantarse corrió hasta mi posición y me dio un puñetazo que me dobló de dolor. Intenté devolverle el golpe y volvió a pararme.

—Sigues siendo débil. Cada día que pasa me pregunto si de verdad eras tú la merecedora de este poder —escupió con saña. Directo a mi punto débil—. Debí dejarte morir.

—No soy débil —gruñí desde el suelo. Arestos me pisaba el estómago e impedía que me levantara.

—La sangre es tu perdición. Debes controlarlo de una jodida vez.

—¡Soy un vampiro! —grité—. Es mi forma de sobrevivir.

—¡No solo se trata de matar! —Me pisó más fuerte y tosí. El sabor de mi propia sangre llenaba mi boca.

Pocas veces desataba su furia contra mí, pero debido a mi implacable sed, esos momentos aumentaban con cada día que pasaba.

La confianza comenzaba a dar mucho asco.

—Tú me has hecho así, no es mi culpa que te arrepientas de haber creado a un monstruo. Te advertí que no quería ser una asesina desde la primera semana que estuve contigo.

Me pateó y pegué un grito. Arestos tenía muchas caras y conmigo siempre sacaba las peores. Me defendí desde el suelo y acerté en patear su pierna.

Había sido una mala idea.

—Me debes pleitesía, Olympia. Yo te lo he dado todo. Te he devuelto la vida.

Abandonó en silencio el callejón durante unos segundos y regresó acompañado de varios de los nuestros.

Les dio la orden de apresarme y me llevaron a rastras hasta nuestro hogar.

No dejé de gritar durante todo el camino y patalear como un intento de deshacerme de sus agarres. Llamaba la atención de las escasas personas que paseaban a esas horas de la noche por las calles. Nadie me ayudó. Al llegar me encerraron como a una vulgar delincuente en las celdas de prisioneros de nuestro hogar subterráneo.

—Unos días encerrada servirán para que pienses en qué has hecho mal —me dijo con tono paternal a través de las rejas.

No contesté de inmediato, mis cuerdas vocales se preparaban para escupir todo el veneno que mi cuerpo guardaba para él.

—El único que hace las cosas mal eres tú. Quieres convertirme en algo que no puedo ser. ¿Por qué sabes una cosa? Yo decido quién quiero ser, Arestos. Y ni tú, ni nadie, jamás podrá cambiarme.

—Eso ya lo veremos.

Aquella fue la primera vez que me encerró como castigo. Mi encierro no había servido más que para que mis pensamientos se sucedieran todavía más deprisa, todos ellos llenos de rencor y odio.

Desde el día de mi transición supe que había algo en mí que no funcionaba bien. Al principio pensé que era propio de los vampiros nuevos, cien años después y con un pequeño ejército de los nuestros, supe que solo me ocurría a mí.

No descansaba bien. Mis noches se convertían en una tortura cuando los dolores de cabeza llegaban directos a apuñalar mi cerebro. Tenía sueños que no lograba descifrar, imágenes inconexas sobre algo que siempre me empeñaba en interpretar.

Pero nunca podía. Oía voces, gritos, pero ninguna figura nítida que me indicara qué era lo que ocurría en ellos.

Desde aquella primera noche había deseado que se pasara, pero conforme los días avanzaban los dolores eran más fuertes y comprendí tras tanto tiempo que siempre me acompañarían. Conseguían desestabilizarme, y poco a poco, en los últimos cien años, sin duda habían sido los causantes de desatar ese monstruo interior que me empeñaba en ocultar.

Arestos tenía razón, era débil. Todos los días se empeñaba en recordármelo. Pasé mucho tiempo evitando asesinar a los humanos. Pasé hambre durante décadas y cuando al fin asumí que matar sería lo único que aseguraría mi supervivencia, él continuó con su desprecio hacia a mí.

A veces quería huir, pero yo misma me lo impedía al pensar que sin él no sobreviviría ni un día. Consiguió meter en mi cabeza la absurda idea de que había gente que nos buscaba, que querían

acabar con nosotros y eso hizo que me quedara con él por no tener la valentía de afrontar el mundo sin ayuda. No tenía a nadie más. Él me había creado, acogido y enseñado, pero era incapaz de evitar que yo sacara mi propia personalidad a pesar de que insistía en transformarme en aquello que él quería.

Los dolores de cabeza no hacían más que acrecentar mi locura, y las interminables noches que pasé en aquella celda, sin nadie con quien hablar y hambrienta, no ayudaron a paliar la sed de sangre.

No sabía cuántos días habían pasado cuando Arestos volvió a por mí. Me sentía sucia y asqueada. Como una pobre vagabunda que se revolvió en su propia mierda.

—Vas a volver conmigo a las alcobas, Olympia. Espero que hayas aprendido.

Estaba encogida, apoyada en la pared de la celda. Me tiraba de los pelos. La cabeza me iba a reventar en cualquier momento. Arestos supo lo que eso significaba y con su máscara de preocupación entró y se sentó a mi lado.

—¿Otra vez los dolores? —Asentí—. ¿Has visto algo? —Negué.

Él conocía sobre la existencia de mis sueños inconexos. Tenía cierta fijación por saber qué pasaba en ellos, pero nunca le di una respuesta concisa. Pensé que lo hacía por pura preocupación, jamás noté que tuviera alguna intención oculta para saberlo. Así que ese punto también hizo que tuviera con él una especie de confianza que no llegaba a tener con nadie.

—Duele demasiado —le dije con voz rota.

—Tranquila, querida. Yo estoy aquí contigo. —Me dio un tierno beso en la mejilla y me ayudó a levantarme.

Volvimos en silencio hasta nuestra casa. Nuestro pequeño ejército también vivía ahí. Arestos los conocía a todos, pero yo no me relacionaba con nadie. Estaba rodeada de gente, pero mi interior se sentía vacío. Me llevó a mi habitación y me tumbó en el camastro. No se separó de mí durante la siguiente hora. Estaba esperando a que el dolor cesara y tenía que reconocer que sus caricias ayudaban.

Cuando se lo proponía, podía ser tierno.

—¿Por qué sigues aquí? —pregunté una vez tuve con la mente despejada. Mi última conversación con él no había sido agradable y yo todavía seguía molesta por el trato que me dio.

—Porque me importas, Olympia. Me preocupo por ti.

—Entonces, ¿por qué me has encerrado? No hice nada malo —le dije haciendo un mohín un tanto infantil. Arestos fijó su mirada en mí, seria, aterradora. No me gustaba cuando adoptaba esa pose de superioridad. Me hacía sentir como un insecto al que de un pisotón podían borrar de la faz de la tierra.

—Me atacaste —respondió.

Como si hubiera sido la primera vez.

Desde que comencé a sacar ese monstruo de mi interior nos habíamos peleado un par de veces. Obviamente yo siempre perdía. Él era un guerrero y yo una simple vampira que se desvivía por la sangre y no tenía ni idea sobre el arte de la lucha. Me quedaba mucho por aprender de esa vida. Él parecía saberlo todo a pesar de que prácticamente habíamos sido transformados al mismo tiempo.

—Sabes que no puedo parar —contesté tras varios segundos. Arestos lanzó un suspiro y yo le seguí.

—Sé que es complicado, pero debes intentarlo. Todavía te queda mucho por aprender.

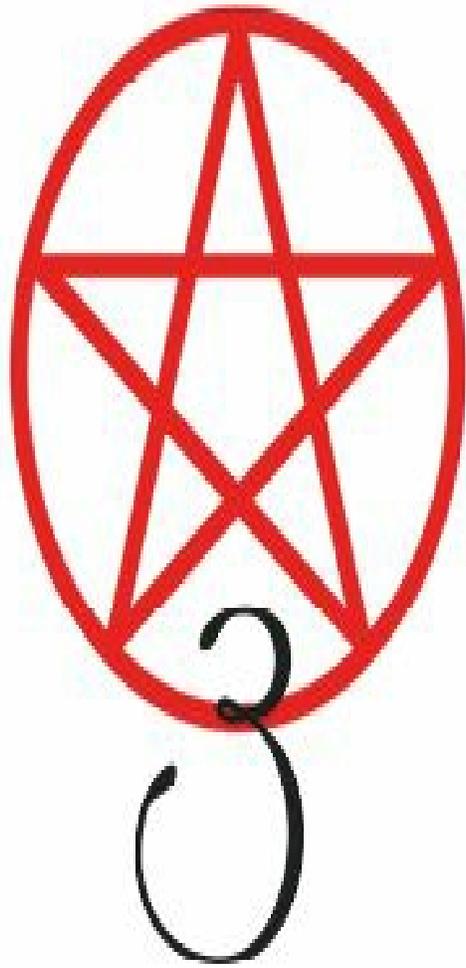
—Eso ya lo sé, pero tú no me enseñas nada. Me enseñaste a seducir a mis víctimas. Si algún día me atacan no sabré defenderme. ¡Me ignoras!

—Llevas a una guerrera en tu interior. Necesitas entrenamiento. —Me miró a los ojos con intensidad y asentí.

Llevaba cien años a la espera de aprender todo aquello, pero el afán de Arestos de crear un ejército para hacer algo que yo desconocía había hecho que apenas me prestara atención.

Siempre estaba sola. Mi única compañía eran las víctimas que yo misma salía a buscar y él cuando le apetecía estar en mi cama. Así era mi vida desde entonces.

—A partir de mañana comenzará tu entrenamiento. Aprenderás a luchar y serás la mejor guerrera que jamás tenga. Te lo prometo.



C

on la promesa latente en labios de Arestos, mi adiestramiento comenzó a la noche siguiente. Antes de aparecer en el lugar de encuentro, salí en busca de sangre fresca y como siempre no me resultó difícil encontrarla. Todavía habitaba en mi interior un resquicio de culpabilidad por arrebatarse vidas. Intentaba dejarlos vivos para transformarlos, pero el excelente sabor de la sangre impedía que ese pensamiento saliera de mi mente mientras succionaba con avidez el succulento manjar que me brindaba poder.

La noche era calurosa en las tierras Atenienses. La luna llena brillaba con todo su esplendor. Apenas había nubes y las estrellas esa noche no se habían dejado mostrar para iluminarnos con su grandeza. Arestos llevaba su ropa de guerrero. Se protegía con una cota de malla y armadura de piel gruesa, yo vestía un simple peplo vaporoso de color blanco roto que se mecía al son de la fina brisa nocturna. No había ropajes de guerra para mujeres que realmente protegieran, solo hombreras del mismo material y un peplo más corto que el habitual que pocas veces había utilizado. Me tendió una espada pesada y se colocó a unos metros de mí.

—Lo primero que debes aprender es a utilizar las armas. Llegará un momento en que ni siquiera te resulten necesarias, pero para comenzar debes aprender los movimientos para la lucha.

Se puso en guardia y me indicó que imitara sus pasos. Lo hice, para después, esquivar su ataque con la espada.

—Buenos reflejos —aplaudió.

Me regocijé unos segundos con el pequeño triunfo y él aprovechó para atacar de nuevo. Me hizo un corte en el brazo del que comenzó a brotar un pequeño reguero de sangre.

—¡Joder! —gruñí.

—Nunca te distraigas. Aunque creas haber vencido debes asegurarte de rematar a tu víctima. Piensa en cómo matas cuando cazas para alimentarte y utiliza esos conocimientos también para la lucha.

Me tomé su comentario como permiso para devolverle el golpe. Lo escuché gruñir cuando hice un corte en su pierna y su ataque se volvió más fiero. Me costaba mantenerlo a una distancia prudencial para que no me diera. Canalizaba mi ira en cada golpe que intentaba y el cuidado con el que había comenzado se volvió en irresponsabilidad. No medía mis pasos, me centraba en golpear como si no hubiera un mañana y no me percataba ni siquiera si Arestos hablaba para corregirme.

Estaba concentrada, desquitaba toda mi furia con cada mandoble. En mi interior guardaba demasiados sentimientos que le escondía a diario. Llevaba años furiosa con el mundo, harta de sentirme una marioneta, asqueada por el vacío que habitaba en mi pecho desde que me transformé. Con un grito de furia clavé la espada en un hombro de Arestos y sin saber cómo, lo lancé a la otra punta del terreno de la misma forma que hice días atrás.

Alcé la vista preocupada al no verlo y noté como algo me traspasaba desde atrás. La punta roma de la espada sobresalía de mi vientre. Grité de dolor y al girar la vista me encontré con Arestos con

rostro indescifrable. Su velocidad me sorprendió. No lo había visto venir.

—¿Qué coño haces? —pregunté mientras tapaba con mis manos el boquete que había abierto en mi estómago.

No iba a morir por ello, sin embargo sí que era la primera vez que Arestos me hacía una herida tan profunda. Dolía, pero era soportable y conseguí dejarlo a un lado y golpearle con el puño en la cara.

Ni se inmutó.

—El dolor forma parte de lo que eres —contestó y escupió sangre en el suelo arenoso.

—Eso no implica que tengas la potestad para desangrarme —le dije enfadada. Pocas veces osaba responderle, pero cuanto más tiempo pasaba a su lado, más envalentonada me sentía—. Duele.

Se acercó a mí y con su mano cogió mi rostro para hacer que lo mirara directamente a los ojos.

—Ahí fuera hay peligros que pueden hacerte algo peor que esto. No puedes confiar en nadie. Esto es solo el principio, Olympia. Sabes luchar aunque tú no lo creas. Piensas demasiado.

—Te he vencido —repliqué de brazos cruzados. Lo había tumbado sin ni siquiera tocarlo. Él sonrió ladeado.

—Tienes un poder que incluso tú misma desconoces. Me has lanzado por los aires sin tocarme. Eso es telequinesia —me explicó. Además de la inmortalidad, acababa de descubrir que algunos vampiros también gozábamos de otro tipo de dones. Aquello provocó en mí un tremendo orgullo por ser una de las elegidas—. Mañana continuaremos. Debes demostrarme qué eres capaz de hacer con ese poder. Cúrate las heridas y descansa, el amanecer está cerca.

Limpié mis heridas con el agua de los pozos. A pesar de que los vampiros gozábamos de una rápida curación, pasó una noche entera hasta que la herida dejó de sangrar. Al anochecer del día siguiente no tenía todas las fuerzas que normalmente me acompañaban. Necesitaba sangre, alimentarme para saciar la sed que ardía en mi garganta y curar mi cuerpo con más rapidez. Podía alimentarme de comida humana, y a pesar de que el sabor era exquisito, no había nada como la sangre para recuperar por completo las fuerzas. Así que salí, y una vez más, asesiné a sangre fría a los pobres humanos que se cruzaron en mi camino.

*

Las semanas y meses pasaron como un suspiro. Todos los días aprendía algo nuevo. La fiereza con la que aprendí a luchar sorprendió a Arestos. A pesar de mis reticencias y berrinches infantiles cuando me hería, había conseguido alcanzar la maestría de todos los movimientos que me enseñaba. Ambos estábamos muy igualados en la lucha, y tras sacar todo el potencial de la telequinesis, incluso me sentía superior a él.

Aquello no gustó demasiado a mi entrenador, su ego se veía perjudicado cuando lo hería sin que él pudiera defenderse y utilizaba esa rabia para tratarme como si fuera un perro. El número de peleas entre ambos había crecido de forma exponencial. Su forma de enseñar había conseguido que un carácter oculto en mi interior emergiera para quedarse.

En menos de un año desde que comencé con la lucha, había cambiado. La poca humanidad que me quedaba había desaparecido por completo. No me importaban las vidas que cada día arrebatava, ni lo que ello implicara. Me alimentaba sin medida de las gentes de Atenas que se atrevían a pasear por las calles en las noches.

Una noche cualquiera tuve la primera discusión fuerte de verdad con Arestos. Nos habíamos pasado parte de la noche luchando. Entrené con el resto de vampiros que había en nuestro hogar y sin pretenderlo acabé con unos cuantos de ellos de tan metida que estaba en mis entrenamientos. Obviamente aquello no fue de su agrado y una vez más intentó hacerme recordar quién mandaba ahí. Yo era una simple aliada de sus filas, que al parecer, podría destruir todos los cimientos que tanto se había empeñado en afianzar en los años que llevábamos siendo inmortales.

—¿Qué diablos haces? —gruñó y me dio una fuerte patada en las costillas que me cortó la respiración. Gemí de dolor y alcé la vista para encararlo.

—Entrenar, ¿no es lo que quieres? —respondí con altivez. Hacía meses que había perdido el miedo a encararlo. Su adiestramiento me había convertido en una verdadera fiera, alguien temible, sin reparos en destrozar.

Me miró sin un ápice de amabilidad y me agarró con fuerza del cuello. Era la única forma en la que de verdad conseguía pararme.

—Eres demasiado osada. No te sobrepases conmigo, Olympia. No olvides que todo lo que sabes es gracias a mí.

Me revolví furiosa entre sus brazos y conseguí deshacerme de su agarre después de darle otra patada.

—Sé valerme por mí misma, no te necesito.

Alzó el rostro de nuevo con la furia ardiendo en su mirada y gruñó exasperado por mi actitud. Intentaba controlar las ganas que tenía de acabar conmigo, pero se contenía a pesar de que yo me empeñara en llevarlo al límite.

Me giré para ignorar su siguiente respuesta y arrastré el cuerpo del vampiro que acababa de matar hasta el lago que había cerca de nuestro hogar.

—Me largo, tengo hambre —musité con desdén.

Mientras caminaba de camino al poblado oí el resoplido de Arestos. Me fui sonriente. Estaba dolorida de las peleas y un poco ensangrentada, pero no me importó ir directa a la taberna sin cambiar mis ropajes. Las peleas eran algo habitual, sin embargo no en mujeres. Estaba abarrotada, campesinos y guerreros bebían sin descanso y sentí varias miradas lascivas a mi alrededor. Ni

siquiera se fijaban en el estado de mis ropas.

Bajo mi falda escondía una bolsa con víveres que intercambiaría para tomar alguna bebida. No existía la moneda. Todavía quedaban unos años para ello, así que los negocios se hacían con víveres, especias y otros enseres de utilidad. Pedí una copa de delicioso vino que se decía que era obra del Dios Dionisio y repetí hasta que mi bolsa se vació por completo.

Estaba borracha. No me atraieron las bebidas alcohólicas hasta que descubrí que su efecto en mi cuerpo era tranquilizador para los dolores de cabeza que me atacaban tras los extraños sueños que tenía desde mi segundo nacimiento. Sin embargo, otras veces me llevaban a hacer cosas dignas de un demonio.

—Hola, preciosa. —Un guerrero vestido con sus ropas de guerra me saludó. Estaba evidentemente ebrio, tanto o más que yo.

Le sonreí seductora y bebí el último trago de mi copa.

—Hola, guerrero.

El hombre se me acercó y pegó su cuerpo con el mío. Su mano fue directamente a mí trasero y yo lo miré sin perder la sonrisa. Era atractivo y fuerte. Un auténtico guerrero ateniense de cabello rubio que había escogido una mala noche para seducirme y que ni siquiera se había fijado en la sangre que cubría mi ropa. Todos allí iban tan o más bebidos que yo.

Paseé mi mano por su pierna y paré en el interior de sus grebas. Estaba duro y preparado para la acción. La gente que nos rodeaba no prestaba atención. Vivíamos en una tierra liberal, donde el sexo se practicaba tanto en la intimidad, como en público. No había pudor alguno. La desnudez de los cuerpos era algo natural y el sexo en público estaba permitido. Los hombres no reprimían sus impulsos, y a pesar de que a las mujeres se les tenía en menor consideración, esa faceta también la tenían permitida.

Dejé la copa vacía a un lado, y todavía sentada en la banqueta de madera, rodeé sus caderas. Él levanto mi falda y sentí su miembro justo en mi entrada.

—Eres una deidad —susurró en mi oído y lo mordió. Sus labios eran suaves, cuidadosos. Me dio un profundo beso en el que nuestras lenguas se unieron y gemí cuando entró en mi interior sin previo aviso.

—Eres un regalo de los dioses —dijo sin dejar de embestir en mi interior, excitado.

Mi cuerpo ardía, estaba caliente por sus toques. No sabía si yo era un regalo de los dioses o más bien una plaga maligna. Lo que sí sabía era que aquel hombre se movía con una intensidad enloquecedora que me hizo gemir hasta rasgarme la garganta.

Su cuerpo estaba sudoroso, me agarré a sus nalgas y clavé mis uñas acompañando mis movimientos a su ritmo. Estaba a punto de llegar. El ajeteo de la taberna se veía ahogado por mis feroces gemidos. Estaba entregada, deseosa de alcanzar el orgasmo con aquel desconocido que no solo me iba a dar placer, también su vida.

—¡Dioses! —gimió y yo lo acompañé.

Acerqué mi rostro hasta su cuello y lo lamí. Estábamos a punto de llegar ambos.

—Dioses no, Olympia —susurré en su oído.

La vena palpitante de su cuello llamó mi atención. Había intentado reprimir el impulso desde el inicio. Estábamos en un sitio público y debía abandonar cualquier pensamiento relacionado con la sangre. Pero no lo conseguí. El latir de su humano corazón bombeaba la sangre con rapidez, mis colmillos se alargaron sin pretenderlo y olisqueé una última vez su dulce cuello. Mi orgasmo estaba cerca. Dio unas últimas embestidas y gruñí de placer, para después afianzar mis colmillos en su cuello.

El guerrero gimió de placer con su orgasmo, pero al sentir mis colmillos en su cuello intentó apartarme y noté como el miedo comenzaba a poseerlo.

No lo conseguí.

Estaba cegada por el sabor de su esencia y ni siquiera me percaté de que la gente a mí alrededor comenzaba a gritar. Habían dejado de divertirse y beber para prestar atención al ser monstruoso en el que me convertía.

Acabé con su vida bebiendo hasta la última gota. El guerrero cayó inerte al suelo y entonces me di cuenta del grupo de espectadores que me rodeaba. Había personas armadas con sus espadas dispuestas a atacar. Levanté la vista y los miré a todos con una sonrisa socarrona.

—¿Tenéis algo que decir? —musité con chulería. En aquellos instantes, la Olympia agradable no existía, solo una incapaz de mostrar un atisbo de bondad.

—Monstruo —dijo uno con una daga en las manos.

Se acercó para atacar y con la telequinesia lo lancé al otro lado de la sala. No me apetecía mancharme las manos ni romperme una uña.

—¿Alguien más? Me he quedado con un poco de hambre y todavía queda noche por delante —sonreí y mostré la extensión de mis ensangrentados colmillos, para después, pasar la lengua por ellos y saborear los restos de la sangre de mi primera víctima.

Ví rostros llenos de pavor. Me imaginé lo que debían pensar de mi apariencia. Mi boca estaba ensangrentada, los colmillos al descubierto, no había ni un ápice de humanidad en mí y mi mirada era letal.

Dos guerreros osaron atacarme y gruñí cuando uno de ellos clavó una daga en mi costado. Me giré para encararlo y aprisioné su cuello con la mano mientras al otro lo apartaba con mi poder.

—No has debido hacer eso, dulce guerrero —susurré en su oído.

—Bruja —musitó a duras penas. Mi agarre cortaba su respiración.

—De las buenas.

Lo bajé al suelo y eché su cabeza hacia atrás. Mis colmillos encontraron la palpitante vena de su cuello y los clavé para hacer lo mismo que con el hombre que me había dado placer aquella noche. Sentía la adrenalina circular por mis venas. El monstruo de mi interior quería más. Muchas personas habían huido de la taberna entre gritos y los pocos que se atrevían a permanecer allí no sabían lo que les esperaba. Por el rabillo del ojo veía que intentaban acercarse con lentitud mientras arrebatava otra vida más, pero nunca se lanzaban a pararme por miedo.

Cayeron cuatro más de la misma forma que los primeros. Los cuerpos sin vida yacían en el suelo. Me sentía satisfecha. Contenta por dejar salir esa parte de mí. Sin un ápice de arrepentimiento. Era en lo que me había convertido, dejaba salir a la fiera, al demonio. Un ser que se ocultaba en mi interior todos los días y clamaba a cada instante poder surgir sin importar que con ello la fachada que Arestos se empeñaba en construir a nuestro alrededor se derrumbara.

Salí de la taberna ensangrentada. La puñalada apenas me dolía, pero todavía sangraba un poco. Solo necesitaba dormir un poco para terminar de recuperarme.

—¿Qué demonios crees que haces?

La voz furiosa de Arestos me pilló por sorpresa. Se ocultaba a un lado de la taberna mientras observaba como los aldeanos huidizos me miraban con pavor y rabia por las muertes. Me giré hacia él y lo observé sin perder la mueca de satisfacción de mi rostro.

—Comer —respondí y relamí la sangre que aún había en mis labios.

Arestos, furioso, corrió a mí posición y me agarró por el cuello y presionó. Su mirada debería haberme dado pavor, pero ya no le temía. Nunca hacía nada, más que ponerme un castigo como si fuera un infante malcriado. Peleábamos de forma constante y si me quisiera haber matado, ya había tenido demasiadas oportunidades para hacerlo.

—Acabas de exponernos a todos. ¡Eres una maldita irresponsable! —me gritó.

Los vampiros de nuestro ejército se arremolinaban a nuestro alrededor. Había humanos armados con antorchas de fuego dispuestos a venir a por mí. Si por Arestos hubiera sido, lo habría permitido. Sin embargo, me sacó de allí a rastras sin soltar mi cuello y me tiró al suelo a la orilla del lago, apartados del tumulto que había decidido huir cuando los vampiros los amenazaron con atacar. Tosí para recuperar la respiración.

Me levanté del suelo y lo miré desafiante. Esquivé su puño que venía directo a mi cara y me alejé unos pasos. La adrenalina todavía circulaba por mi cuerpo. Estaba preparada para cualquier lucha.

—Solo me he alimentado —le dije con inocencia.

Le dediqué una sonrisa siniestra.

—¡En público! —gritó—. Tenemos negocios aquí, la gente me conoce. ¿Qué crees que pasará a partir de ahora? —me contestó entre gruñidos.

Me crucé de brazos y lo miré con indiferencia. No veía nada extraño en lo que había hecho. Él era el conocido, a mí no me conocía nadie porque mis salidas al bullicio de la ciudad eran siempre

para acabar con alguien. Nunca entablaba amistades, nadie conocía a Olympia, la asesina sin escrúpulos de Atenas.

—Vamos Arestos, no seas tan susceptible. Todos los días muere alguien. —Alcé los brazos en gesto cansado y caminé en dirección a nuestro hogar. Él me siguió y me cogió con violencia por el brazo.

—¿No lo entiendes? Tendremos que marcharnos. No estaremos seguros aquí —gruñó.

—Estupendo. Eso es una gran noticia. Comenzaba a aburrirme de estas tierras —contesté con cinismo.

—¿Es que a ti no te importa nada?

—No. Solo beber sangre y follar. ¿Algún problema?

—Más de los que crees —contestó con rostro sombrío.

Faltaba poco para que perdiera la paciencia conmigo. Mi pose altanera no ayudaba a apaciguar su estado de ánimo, solo lo empeoraba y en el fondo lo único que yo podía sentir era diversión.

Me acerqué a él y pegué mi cuerpo al suyo.

—Vamos, Arestos, podrás volver a ser un hombre de bien en cualquier otra parte. Aquí ya no puedes transformar a más. La población hace mucho que sospecha de asesinos que desangran a sus víctimas y que nos son humanos. Llevamos tiempo estancados. Las guerras apenas han pasado por la zona en los últimos tiempos y es muy aburrido para alguien como yo que solo puede salir por la noche no encontrar una buena pelea en la que meterse —susurré en su oído con sensualidad. Noté como daba un respingo. Era incapaz de resistirse a mí poder de atracción.

Mordisqueé su oreja y seguidamente pasé mi lengua por su cuello. Noté como tragaba saliva y poco a poco se relajaba. Sus manos viajaron hasta mis caderas y aproveché para enrollar mis piernas a su alrededor.

—Sigo enfadado contigo, Olympia —me dijo no muy convencido. Notaba a través de la tela como su miembro se alzaba.

—Creo que sé cómo solucionar eso.

Me restregué de forma descarada y puse mis manos en el lugar donde nuestros sexos se unían. Levanté sus finas grebas y me deshice de la molesta tela de mi falda para dejar libre mi entrada.

Me penetró de una estocada, sin previo aviso. Fiero, como cada vez que lo hacíamos. Me cogió del pelo y tiró mi cabeza para atrás con fuerza. Su cabreo se traspasaba a la hora de hacerlo y cualquier cuidado que pudiera tener conmigo desaparecía. Yo le arañaba y él tiraba de mi pelo con cada acometida. En algún punto acabamos sobre el suelo arenoso, muy cerca del lago y aquello ya se había convertido en una fiera batalla sin fin. Los dos gemíamos descontrolados, la arena se pegaba a nuestros cuerpos. Arestos clavó sus colmillos en mi cuello y succionó con avidez, se impregnaba de mi esencia y saboreaba en su paladar mi sangre. Esa noche estaba especialmente fuerte, me había alimentado más de la cuenta, pero al darme cuenta de que su beso mortal no finalizaba, intenté

apartarlo de un empujón que no me sirvió de nada. Con sus manos inmovilizó las mías detrás de mi cabeza y continuó.

—Arestos, ya has bebido suficiente —señalé.

Me ignoró por completo y continuó con su movimiento de caderas. Aunque intentara resistirme estaba al borde del orgasmo y no ayudaba que sus labios estuvieran en mi cuello. El mordisco del vampiro era un potente afrodisiaco. Sabía cómo mantenerme excitada a pesar de que las fuerzas se escaparan de mi cuerpo. Embistió cada vez con más fuerza y solté un gran grito de placer que resonó por toda la planada. Él gimió y llegó a su orgasmo y al fin se separó de mi cuello. Pero para entonces yo apenas podía moverme. Estaba exhausta y algo débil.

—Te has pasado —expuse todavía desde el suelo.

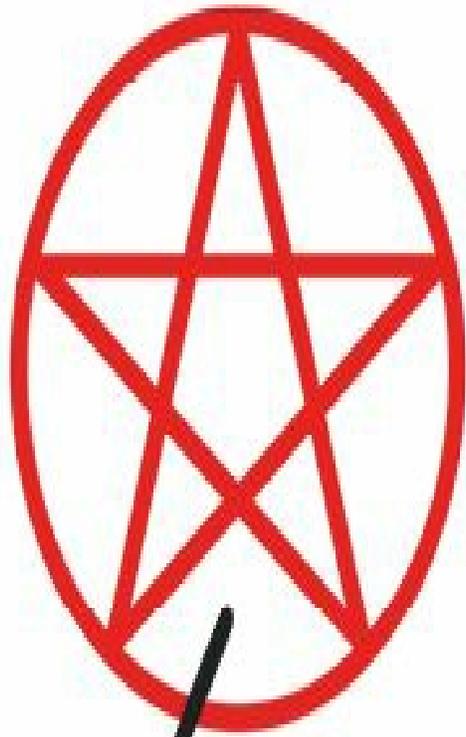
—Te equivocas. Solo he hecho lo mismo que tú. ¿Pero sabes la diferencia? —añadió mientras se recolocaba los ropajes. Estaba a punto de ser testigo de una nueva lección de vida que acabaría por ignorar—. Yo he sabido parar antes de acabar contigo.

Se dio la vuelta y se marchó, dejándome allí tirada como a una sucia ramera.

Me levanté con un gruñido y lo seguí con paso tambaleante hasta nuestro hogar. Deseaba lanzarme a por él, golpear cosas, acabar con la rabia que sentía después de darme cuenta de que me había utilizado una vez más. No necesitaba sus lecciones de moral, aunque lo intentara, no era capaz de controlarme.

Nadie podía. Ni siquiera yo misma tenía el autocontrol suficiente para impedir algunas de mis fechorías.

Necesitaba cambiar de aires, viajar a otro lugar. Sabía que en Atenas habíamos terminado un ciclo. Y por primera vez desde mi segundo nacimiento podría comenzar de cero en otro lugar, solo que acompañada con la misma gente.



4

E

El tiempo pasaba más deprisa de lo que cualquiera podía llegar a imaginar.

Durante los siguientes siete siglos viajamos de un lugar a otro sin encontrar un sitio en el que poder asentarnos. Nuestro ejército cada vez era más numeroso, pero con ello también se conseguía que allá donde fuéramos, la muerte estuviera presente entre sus gentes. No podía decir que yo no era la causante de muchos de nuestros cambios de lugar, porque mentiría, pero los neófitos descontrolados eran un problema creciente.

Conforme pasaban los años y siglos me convertía en alguien más letal. No quedaba nada de la asustada vampira que un día fui. No me importaba nada, ni nadie. Ni siquiera me esforzaba en mantener a Arestos orgulloso de mí. Nuestra relación era tóxica, nos soportábamos por conveniencia. No estábamos atados el uno al otro, pero en el fondo nos necesitábamos y la sola idea de apartarme de él, rompía algo en mi interior que no era capaz de interpretar.

Aunque no lo dijera, yo era su favorita. A pesar de cometer grandes atrocidades seguía con vida. Muchos de los nuestros no habían tenido tanta suerte.

Llevábamos unos meses en Roma. Hacía menos de un siglo que toda la zona se había convertido en república. La monarquía había desaparecido, Roma se dotó con un nuevo sistema de gobierno designado para sustituir el liderazgo de los reyes.

Arestos ya se había hecho con varios terrenos llenos de plantaciones que nos daban una buena vida. La moneda ya comenzaba a ser el elemento principal en los trueques, pero en algunos lugares todavía se comerciaba con otros materiales. El hecho de que hubiera habido tanto cambio político en un periodo reducido empobreció a la población. Las guerras continuaban a la orden del día. Los romanos se enzarzaron en trifulcas con los de mi tierra, Grecia, pero nosotros vivíamos al margen de sus disputas. Éramos vampiros. Seres que no debían existir, abominaciones. Por lo tanto, los problemas mundanos no nos interesaban. Solo Arestos estudiaba las zonas a donde nos mudábamos para encontrar la mejor forma de hacer negocios.

El mundo avanzaba con bastante lentitud. La gente moría de hambre por las calles mientras los senadores dictaban sus leyes para mantener una república eficiente para todos. La diferencia entre las clases sociales formaba parte de nuestra cultura. Nosotros éramos grandes, poderosos. Gente importante en una ciudad que había sido devastada tiempo atrás por la guerra y un Rey asesino que terminó siendo cesado por el senado para poner fin a su tiranía. Teníamos en nuestro hogar a varios esclavos que se encargaban de proporcionarnos todo lo necesario para vivir. Sabían lo que éramos y vivían bajo la amenaza de morir si hablaban más de la cuenta.

—Han habido más bajas —habló Arestos nada más entrar en mis aposentos. Yo estaba tumbada en mi camastro y bebía una copa de vino tinto. El de Roma era una delicia de la que mi paladar disfrutaba prácticamente a todas horas.

—¿Y a mí qué? Sabes que siempre hay alguno que se mete en líos.

—¿Igual que tú? —me reprochó.

Solté un resoplido y lo miré con mis ojos azules de forma intensa y malhumorada.

—Yo si me meto en un lío me aseguro de que sea a lo grande —me burlé haciendo referencia a las más de diez veces que había hecho tal matanza que teníamos que marcharnos de donde estuviéramos con lo puesto.

Nos habían perseguido muchas veces, pero los humanos nunca tenían éxito.

Hasta la aparición de otros vampiros...

—Los nuestros mueren por otros de nuestra raza, ¿y a ti no te importa? —gruñó.

Cada vez se acercaba más a mí. Cada día que pasaba veía en él la falta de paciencia conmigo y las ganas de estrangularme. En esos momentos no me importaba. Mi actitud era de niña malcriada que lo tenía todo y actuaba a placer. No había forma posible de hacer que las lecciones que intentaba darme hicieran mella en mi interior. Al principio lo intenté... hasta que dejé salir a flote el lado al que no le importaba nada más que disfrutar de lo que la vida me había otorgado; el poder de la inmortalidad.

—No. No me importan —contesté.

Era cierto porque no me relacionaba con prácticamente ninguno de ellos. Eran los perritos falderos de Arestos y mi presencia les incomodaba. En el fondo me tenían miedo porque nunca sabían por dónde iba a salir.

Y con razón. Algunas bajas de nuestro pequeño clan se debían a mis arrebatos de locura.

—Eres la encargada de manejarlos. Yo no puedo hacer todo el trabajo.

—Me has encargado una tarea que no me da la gana hacer —anuncié y solté una histriónica carcajada. El alcohol circulaba con libertad por mi organismo y me soltaba la lengua—. Podría hacer perfectamente de líder, pero no me apetece.

—Claro, tú vives para matar y que yo te mantenga.

—Exacto, veo que lo captas.

Me levanté del camastro y me acerqué al alféizar de la ventana. La luna brillaba en todo su apogeo. Era luna llena y esa noche nos afectaba mucho a los vampiros.

No solo hacía que mi humor fuera de perros, también impedía que tuviéramos una noche loca por riesgo a bebés indeseados. Descubrí aquello no porque Arestos me lo contara. Durante años no había habido ningún embarazo en nuestro grupo, ni siquiera creía que fuera posible hasta que hubo dos que se enrollaron una noche de luna llena a media noche y al poco tiempo contemplamos como su vientre crecía.

Debo decir que me impresionó que pudiéramos concebir y a la vez aterró. Así que durante esa noche me prohibía acostarme con nadie a pesar de que para mí, el sexo, era lo principal para vivir la vida.

Cuando iba a beber un trago de lo poco que quedaba en mi copa de madera, Arestos me la

arrebató y el líquido se desparramó por el suelo.

—¿Qué haces? —pregunté con un gruñido y le lancé una mirada malhumorada. Él me imitó.

—Acaba de anochecer, vístete y sal ahí fuera en busca de los que han matado a los nuestros —ordenó.

—¿Por qué no lo haces tú? —manifesté mientras me acercaba a una mesa a recoger la botella de vino y beber directamente de allí.

—Olympia... —gruñó sin contestar a mí pregunta. Era una impertinente y bastante insoportable —. Sal ahora mismo y llévate a unos cuantos demonios. Cubrid la zona, encontradlos y traedlos aquí.

Solté un bufido cansado y me dispuse a replicar. Sin embargo se me quitó la idea de la cabeza. Iba a ser una de esas discusiones en las que yo salía perdiendo. Una práctica habitual entre nosotros.

Se quedó en mis aposentos hasta que se cercioró de que me vestía. En setecientos años las telas habían mejorado y en Roma los sastres habían aceptado hacer ropas de guerra de mujer. Lo cierto era que me encantaban, el cuero curtido era el principal material a pesar de que ya se comenzaban a hacer armaduras más pesadas. No obstante, la ligereza de movimiento que me proporcionaba el cuero hacía que siempre fuera mi favorito. Mi piel no era como la de los humanos. Si a ellos les clavaban una lanza o espada, lo más probable era que murieran, de ahí a que cada vez necesitaran más protección. Conmigo no era tan sencillo. Y tampoco creía que fuera a pasar nada cuando saliera, pocas veces me encontraba con problemas.

El ambiente normalmente se mantenía aburrido.

—Ten cuidado —habló Arestos en cuanto me aventuraba a salir.

—¿Ahora te preocupas? —repliqué.

—Olympia... —Acarició mi mejilla y retiró un mechón de mi pelo—. Siempre me preocupo por ti. Eres lo más valioso que tengo.

Iba a lanzarle una contestación, pero sus labios se unieron a los míos en un beso apasionado. Tenía la fórmula perfecta para hacerme callar, por mucho que lo negara, era incapaz de resistirme a sus encantos. Sabía qué hacer para incendiar mi cuerpo, me conocía incluso mejor de lo que yo lo hacía.

Era mi mentor. Quien poco a poco sacaba a relucir el poder que ocultaba en mi interior. La telequinesia solo había sido el principio, después también me ayudó a saber proyectar un intenso poder de atracción. Tanto él, como yo, éramos una rareza en nuestra raza, no todos nacíamos con un don especial. Sabía que él ocultaba muchos de los suyos, mientras que yo era un libro abierto para él al que todavía le faltaban algunas páginas por descubrir.

Y eso me cabreaba. Pero la sola mención a su poder acababa en pelea. Me ocultaba cosas que yo me empeñaba en pasar por alto porque solo servirían para que el odio hacia él aumentara.

Me marché sin darle una respuesta y me reuní con los guerreros que esperaban mi llegada. Entre ellos se encontraban unos cuantos demonios. Unos seres que se unieron a nuestra lucha algunos siglos

atrás y que según Arestos también seguían a nuestro creador Agramón. Teníamos de nuestro lado también a brujas, que ayudaban con sus hechizos a protegernos. Nunca llegué a descubrir cómo, pero ahí estaban, escondidas en algún lugar desconocido para mí utilizando sus artes oscuras para beneficiarnos en las escasas batallas que librábamos. Uno más de los muchos secretos de Arestos. Resultaba que los seres mitológicos y demoniacos no eran ninguna leyenda. Todos, a nuestra manera, nos alojábamos en el mundo de los humanos con la intención de pasar desapercibidos.

Los demonios tomaban apariencia humana para salir de caza. Eran seres sin escrúpulos, casi menos humanos que yo misma y mucho mejores luchadores que la mayoría de vampiros de nuestras filas. En eso último tenía yo parte de culpa, era la encargada de entrenarlos, pero me daba pereza y no me sentía con ganas suficientes como para hacer de niñera de los neófitos.

—Vamos chicos, busquemos a esos chupasangres —anuncié en voz alta.

Me puse en primera línea flanqueada por dos demonios. No conocía a ninguno por su nombre, eran meras caras que vivían en el mismo lugar que yo, nada más.

Caminamos por las callejuelas de Roma. Estábamos en pleno centro. Debía admitir que las construcciones romanas tenían su encanto. Si hubiera sido humana y una guerrera, quizás hubiera pasado parte de mi vida en guerra con aquellas gentes.

Apenas se avistaba a nadie por las calles. Era pasada la media noche y solo los guerreros y hombres lascivos que iban de burdeles paseaban borrachos en busca de calor humano. Caminamos entre callejones y fui al que Arestos me indicó. Allí habían encontrado los cuerpos de dos vampiros, pero de quién los hubiera matado, no había ni rastro.

—Tú y tú, inspeccionad esa zona —ordené a dos de los que me acompañaban, una mujer y un hombre vampiro.

—Y vosotros conmigo —indiqué a los demonios—. El resto vigilad los alrededores.

Asintieron conformes y me puse en marcha con los demonios. En el suelo había un rastro de sangre, la olí y era de vampiro.

Estaba en el lugar correcto.

La noche era silenciosa y una fina brisa recorría las calles que durante la noche se mantenían frías en primavera. Desde allí logré captar a los pocos minutos sonidos de espadas y gritos que consiguieron alertarme.

—Seguidme —ordené.

Corrí en la dirección del murmullo y me llevó a un callejón oscuro. En él peleaban los dos vampiros con tres más.

Definitivamente no eran de los nuestros. Atacaban a matar y a pesar de que las bestias fuéramos nosotros, no atacábamos a los de nuestra misma especie siempre que no fueran del otro bando.

Esos lo eran.

—¡Eh vosotros! —llamé su atención. Los vampiros se giraron en mi dirección y después de deshacerse de los de mi bando vinieron a por mí y los demonios.

Esquivé un mandoble de su espada y bloqueé el siguiente ataque. Sabían pelear. En la cara del que forcejeaba conmigo logré atisbar la sorpresa que le provocaba que supiera defenderme de la misma forma que ellos.

—Un renegado que sabe luchar, impresionante —comentó con chulería y atacó de nuevo sin éxito.

—Renegada no lo sé, pero que habéis dado con la vampira equivocada, te lo aseguro.

Le di un puñetazo en la cara y lo lancé al otro lado del callejón con la telequinesis.

Los demonios luchaban con el otro vampiro y lo tenían bastante controlado, pero las heridas que él les hacía habían hecho que uno de ellos mostrará su apariencia real. Esa apariencia vomitiva, con piel bulbosa y como si estuviera llena de yagas. Eran feos de cojones, pero al menos servían de algo, no como aquellos a los que yo debería haber entrenado.

El vampiro con el que luchaba se levantó del suelo y vino directo hacia a mí. Clavó la hoja de su espada en mi costado y gruñí de dolor.

—Ahora sí que has despertado a la bestia —articulé con una macabra sonrisa.

Mis colmillos crecieron y los ojos se pusieron de un rojo aterrador. El vampiro no se amedrentó e intentó atacar de nuevo, pero lo esquivé. Con un salto pasé por encima de su cabeza y separé un poco las piernas, para con ellas, posicionarme en sus hombros y apretar con fuerza su cuello.

—¡Maldita ramera! —Intentaba deshacerse del agarre de mis piernas, pero no era capaz de conseguirlo. Tenía más fuerza de la que en un principio imaginó.

Esa era otra de las desventajas de vivir en un mundo en el que se consideraba a la mujer el sexo débil, nadie creía que pudieras hacer algo más que complacer en el hogar y trabajar en los campos y ese vampiro iba a comprobar cuan equivocada estaba la sociedad.

Yo era una guerrera de los pies a la cabeza capaz de vencer a cualquier hombre que osara desafiarme.

—¿Qué se siente al ser vencido por una mujer? ¡Oh gran guerrero que lucha en nombre de los Dioses que creen que somos una abominación!

—No me has vencido todavía —manifestó a duras penas. Cada vez le apretaba más el cuello con las piernas.

Hice un movimiento y ambos caímos al suelo sin cambiar la posición. Él intentó coger su espada para clavármela en la cabeza, pero yo fui más rápida y con mi daga le corté el brazo de un solo corte. La sangre salpicó mi cara y me relamí los labios con una sonrisa. Nuestros herreros eran los mejores a la hora de afilar las armas.

—Debo reconocer que aguantas de forma estoica, guerrero. Tus dioses te recibirán con honores

en los campos elíseos.

—¡Vete al infierno!

—Yo soy el infierno.

Cogí la daga cansada ya de tanto espectáculo y la clavé en su corazón. El vampiro murió de inmediato, aun así me cercioré de ello introduciendo mi mano en su pecho para arrancárselo de cuajo. La sensación de arrebatarse ese órgano de su pecho siempre me había gustado. Era divertido.

Me levanté orgullosa de mí misma y fui en busca de los demonios. La noche todavía no había terminado.

Recogí el cuerpo sin vida del vampiro y lo cargué en mis hombros. Hubiera sido más sencillo dejar allí el cuerpo, pero si lo encontraban se correría la voz y Arestos me señalaría como única culpable en el asunto.

Era normal que apareciera gente muerta por las calles, pero la atrocidad del crimen levantaría las sospechas de las gentes de la ciudad.

—Mi señora, ¿qué hacemos con este? —Los demonios que todavía quedaban vivos sostenían al otro vampiro. A esas alturas pensaba que ya lo habrían matado, pero simplemente lo habían dejado inconsciente.

—¿Matarlo? —contesté con sarcasmo y los ojos muy abiertos.

La inteligencia brillaba por su ausencia.

—Quizás a nuestro señor le guste interrogarle, señora. Puede que así descubramos qué pretenden.

Me quede pensativa unos segundos. Tuve que admitir que el demonio había dicho algo coherente, la pena era que la idea no hubiera sido mía.

—De acuerdo. Buscad al resto y volved al hogar —respondí.

Me acerqué a un pequeño lago y tiré el cuerpo del vampiro muerto. Ese lago desembocaba al mar así que pronto desaparecería de la vista de la gente.

—¿Y usted, mi señora?

—Dile a Arestos que volveré antes del amanecer.

Dejé a los demonios a solas y me marché por otro lado. La lucha activaba la adrenalina de mi cuerpo y eso desencadenaba en un hambre atroz.

Necesitaba seguir matando, sentir la sangre de algún desgraciado viajar por mi garganta para darme fuerza. No creía que a Arestos le hiciera gracia que dejara al grupo a solas, pero mi mente me decía que lo necesitaba. La herida que me había hecho el vampiro había dejado de sangrar, pero aun así me sentía vacía si no mataba a algún humano. La ansiedad me poseía, mi mente se nublaba y solo aparecía un único pensamiento: matar.

Paseé por las calles en busca de alguien que estuviera a solas. No era mi noche de suerte, no

quedaba demasiado para que amaneciera, pero aproveché que había dos humanos borrachos peleándose en un callejón para interrumpirles.

—Disculpen, nobles guerreros, ¿podrían ayudarme? —anuncié con inocencia.

Uno de los humanos me miró de arriba abajo. No era normal que una mujer vistiera con ropas de guerra, sin embargo, pesó más el hecho de mi belleza para ellos y el resquicio de mis pechos que se entreveía en el ajustado corsé. La lascivia se adivinaba en sus caras.

—¿En qué podemos ayudarle, bella damisela? —preguntó uno de ellos. Habían dejado a un lado su reyerta para prestarme solo atención a mí.

—Verán, es que creo que me he perdido —sonreí. Fingí estar borracha y uno de ellos se aventuró a acercarse todavía más a mí.

—Por supuesto, estaré encantado de ayudarla, preciosa. —Acarició mi mejilla con su mano y me dejé acariciar con una mirada sensual. Lo tenía en la palma de mi mano. El otro nos miraba con celos, deseoso también de ponerme las manos encima.

Hombres... No importaba de qué época fueran, siempre se dejaban llevar por lo que había entre sus piernas.

—Aunque quizás, antes de volver puede que tenga tiempo para recompensar vuestra amabilidad —musité con voz sensual.

Acerqué mis manos a la armadura del guerrero y quité los seguros que la retenían en su cuerpo. Sus grebas cayeron al suelo y su miembro erecto quedó a la vista. El otro hombre se las quitó él mismo y se puso a mis espaldas. Estaba en medio de ambos y los acaricié a la vez mientras uno con su mano cubría mi sexo y acariciaba mi clítoris y el otro se entretenía con mis pechos todavía cubiertos por mis ropajes.

El que tenía delante bajó mis grebas, me subí a horcajadas sobre él rodeándole por las caderas e introdujo su verga en mi interior. El otro se posicionó detrás y ambos comenzaron a bombear a un ritmo delicioso.

Gemí de placer, sin pensar en la luna llena que podría hacer que me quedara encinta. Solo me dejaba llevar. La media noche había pasado hacía mucho rato y ni siquiera tenía pensado dejarles finalizar.

—¡Por los dioses, eres preciosa! —susurró uno de ellos. Lo acallé alcanzando sus labios y mordí sutilmente la zona.

Su sangre prometía ser deliciosa.

Estábamos en medio de una callejuela, en cualquier momento podía pasar alguien y pillarnos de forma indecorosa allí, pero a ninguno nos importó. Era noche cerrada y a esas horas la gente dormía. Solo los vampiros solíamos patrullar la noche y los borrachos. El resto se resguardaba en el calor de sus casas a la espera de un nuevo día de arduo trabajo para sobrevivir entre la pobreza.

Los humanos me embestían con fuerza y provocaban en mi cuerpo intensos ramalazos de placer

que salían en forma de gemidos ensordecedores. Disfrutaba del momento, llena por completo. Todo mi cuerpo era atendido por aquellos dos hombres que no esperaban cuál iba a ser su final. Mi orgasmo estaba muy cerca, las ansias por succionar la latente vena de sus cuellos también. El humano que estaba delante echó la cabeza hacia atrás y gimió de placer junto a mí mientras yo alcanzaba mi orgasmo. Le di el beso de la muerte y succioné la vena de su cuello con fruición. El otro estaba a punto de terminar y continuaba sosteniéndome, así que desenredé las piernas de las caderas del que yacía sin vida y me giré con los labios ensangrentados a por el otro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó echando un vistazo al cuerpo sin vida del guerrero que yacía en el suelo.

Su erección bajó de inmediato.

—Se ha reunido con sus dioses. Ahora, querido, ha llegado tu turno.

Lo forcé para que mostrara la vena de su cuello y le mordí con rapidez. El efecto paralizante y afrodisíaco que proporcionaban mis colmillos lo dejó estático, dándome la oportunidad de disfrutar con lentitud del intenso sabor de su sangre. Mi garganta lo saboreaba, mi cuerpo se llenaba de vida mientras que el humano la perdía.

Cayó inerte junto a su compañero y relamí mis labios con los restos de su sangre.

—Gracias por vuestra ayuda, nobles guerreros —me burlé y salí de inmediato del callejón.

En realidad debería haberme desecho de los cuerpos, pero estaba extasiada y satisfecha y no me apetecía cargar con el peso de dos humanos muertos.

Caminé por las calles de vuelta a mi hogar y nada más atravesé el portón, Arestos me esperaba con expresión malhumorada.

—¿Por qué no has vuelto con el resto?

—Tenía asuntos pendientes —contesté desviando la mirada a una mota de suciedad en mis uñas.

Se acercó a mí y con gesto posesivo me olfateó como si fuera un perro.

—Has estado follándote a humanos, en luna llena.

—Lo que te decía, asuntos pendientes —respondí sin amilanarme.

Arestos se agarró el puente de la nariz y soltó un gruñido.

—Debías volver con el resto. Tu misión es guiarlos. No puedes obrar a tu libre albedrío cuando te apetezca, hay cosas más importantes que tu propia satisfacción —me reprochó.

—No creo que haya nada más importante que yo misma, Arestos. Tú me lo enseñaste.

—Tienes razón, pero cuando nuestra propia seguridad está en juego, hay que priorizar otras cosas. —Acarició mi mejilla y fingió una mirada apenada—. Nos persiguen. Tenemos en las mazmorras a un vampiro que no suelta ninguna palabra, así que desciende y sácale la respuesta.

—¿Puedo torturarlo?

Se me iluminó la mirada. La idea de divertirme un poco más se me hacía de lo más tentadora.

—Puedes hacer lo que quieras mientras saques información.

—Perfecto —sonreí con maldad y Arestos me acompañó. Para eso tipo de cosas sí que me permitía ser la sádica que en realidad nunca dejaba de ser.

Saqué la daga que escondía en mis sandalias y bajé dando saltos infantiles hasta las mazmorras. A un lado se encontraba mi habitación. Teníamos salas subterráneas para descansar durante el día y no quemarnos por la falta de algo con que cubrir bien los ventanales.

Pocas veces se presentaba una oportunidad como aquella. Si había algo que me satisficiera más que beber sangre, era torturar a alguien hasta pedir clemencia. Era mi pasatiempo favorito. Un pasatiempo que Arestos se había encargado de enseñarme de todas las formas posibles.

Tras cambiarme de ropa y vestirme con una vaporosa túnica de tela suave y blanquecina, traspasé la puerta en la que el vampiro se encontraba y eché a los dos demonios que lo custodiaban. Permanecía maniatado con grilletes de acero. Su rostro estaba ensangrentado. Parecía cansado de la pelea con sus enemigos.

Me acerqué a él con inocencia, con una postura fingida de mujer sumisa que iba allí para ayudar a un pobre hombre necesitado. Escondí a un lado la daga para que no la viera y con la mano alcé su rostro.

—¡Oh, pobre guerrero! —declaré con fingida lástima—. ¿Por qué te retienen?

Tenía un ojo hinchado y apenas era capaz de abrir el otro. Probablemente se acordara de mí de cuándo comencé a luchar con su compañero, pero si era así, no lo mostró.

En ningún momento contestó.

—No temas, no voy a lastimarte. ¿Necesitas sangre? —Rasgué mi muñeca con los colmillos y dejé que la sangre goteara hasta el suelo. El vampiro miró como el líquido caía con el deseo grabado en sus ojos. Estaba hambriento por la debilidad de su cuerpo.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Solo deseo alimentarte.

Acerqué mi muñeca a sus labios y el vampiro bebió con cautela. Gemí al notar sus colmillos en mi herida y me fijé en la protuberancia que pretendía liberarse de sus ropajes.

—Te gusta, ¿eh? —sonreí y él se separó de mi muñeca.

Acerqué mi rostro al suyo y lamí una gota de mi sangre de sus labios. El vampiro me prestaba total atención incapaz de resistirse a mi mirada.

—¿Cómo te llamas, vampiro?

—César.

—Precioso nombre, César. —Susurré su nombre de forma seductora. Proyectaba todo mi poder

de atracción en él. Resultaba efectivo—. Y dime, César, ¿qué empresa te ha llevado a asesinar a los de tu raza? —pregunté sin cambiar el tono de voz.

—No los considero de mi raza. Son asesinos. La humanidad debe tener alguien que la proteja.

Fruncí el ceño bajo su atenta mirada. Aquello era ridículo.

—Somos vampiros, nos alimentamos de los humanos. Protegerlos es una idiotez. Son nuestra principal fuente de alimento.

—Nosotros somos rarezas que los dioses han permitido que vivamos, lo menos que podemos hacer es mantener el orden y no asesinar a sangre fría a la población. Ellos merecen una vida fuera de la oscuridad que nos envuelve.

Solté una fuerte carcajada ante la ocurrencia.

—Querido César, matar a sangre fría está en nuestras venas. Lo único que hacéis los que intentáis evitarlo es ir contra natura.

—No somos monstruos. Yo todavía tengo humanidad —respondió.

—Pues déjame decirte... —comencé y saqué la mano que todavía escondía a mis espaldas con la daga— que yo he perdido toda mi humanidad. —Le clavé el filo de la daga en el estómago y la hundí un poco mientras lo rajaba con una lentitud abrumadora—. Te aseguro que es más divertido.

—¡Maldita zorra! Eres un monstruo.

—Tienes razón, pero tú eres idiota al intentar mantener a raya el tuyo. Nunca podréis acabar con nosotros. Seguid intentando que la humanidad viva sin ser asesinada por vampiros y demonios, ya nos encargaremos nosotros de acabar con todos los que todavía creéis en los dioses. Ellos hacen cosas que únicamente se preocupan por ellos mismos.

Continué jugueteando con la daga por su cuerpo y gruño de dolor.

Me cabreaba la idea de que seres de mi propia raza luchara en nombre de los dioses. Esos mismos que se mantenían a salvo en el Olimpo, ajenos a cualquier guerra humana, plaga o catástrofe. Ellos simplemente se dedicaban a mirar desde sus tronos como la gente se destruía. Eran egoístas que solo pensaban en su propia supervivencia, y la del resto, era un mero problema del que les gustaba desentenderse.

Había guerras inútiles todos los días. ¿Por qué no bajaban de su reino para impedir las si tanto querían mantener viva a la humanidad?

¿Ayudar a la humanidad? ¿Para eso habíamos quedado los vampiros?

Ni de broma. La humanidad, desde que yo tenía uso de razón, se había buscado en múltiples ocasiones su propio destino. Si ellos no ponían cartas en el asunto para mantener el equilibrio de la bondad, yo no lo iba a hacer por ellos.

—Si todos pensáramos como vosotros, el mundo no avanzaría. Sois la basura de nuestra raza.

Reí de forma escandalosa.

—Eres muy gracioso, César —me burlé y saqué la daga para comenzar a rajarle su cuerpo por otra parte—. Me caes bien, y te aseguro que no es algo que me ocurra muy a menudo.

—¡Zorra!

—Esa boquita —expuse en tono ofendido. Puse la daga en su boca y le hice un corte profundo en la mejilla. Me acerqué a su rostro y de un lametón retiré un chorro del líquido que lo recorría—. Tu sangre es deliciosa. Me da pena desperdiciarla.

—¿Por qué no me matas ya?

—¿Tienes prisa? —pregunté mirándolo directamente a los ojos. El guerrero no parecía asustado, ni siquiera se quejaba y eso me molestaba.

Quizá no estaba empleándome a fondo.

Hundí la mano en su estómago y le agarré el órgano con fuerza. La sangre cubría mi mano y parte de mi brazo, el olor era exquisito. Fue el primer grito de dolor de verdad que le había escuchado en el rato que llevaba ahí.

—¿Te duele?

Comenzó a blasfemar en romano y me hizo reír mucho. Debía ser muy duro para un hombre fuerte y valiente como él, un guerrero romano transformado en vampiro, que una simple joven que no aparentaba más de diecinueve años consiguiera someterlo de aquella forma. Hundí todavía más mi mano y me abrí paso entre sus órganos para llegar a su corazón.

Notaba el latido en mi mano. César gruñía para aguantar el dolor que la inspección interna le provocaba. Perdía sangre a borbotones. La debilidad se percibía en su rostro que a cada instante era más pálido.

Acerqué mi cuerpo a él sin salir de su interior y eché la cabeza hacia a un lado. César levantó la vista y se quedó durante unos segundos observando la latente vena de mi cuello.

—¿Tienes sed? —pregunté y le di un estrujón a su corazón. Gimió—. Bebe, querido. Tienes mi permiso —sonreí.

—Prefiero morir a probar de nuevo tu sangre. Es puro veneno.

—¿De verdad? ¿Tan pronto? —añadí obviando su insulto—. ¿No te gustaría disfrutar del cuerpo de una mujer por última vez?

Saqué la mano de su interior y la deslicé hasta llegar a la uve que formaban sus caderas para acariciar su miembro sobre el cuero de la armadura.

A pesar de la tortura, estaba erecto.

—¡Mátame! —exigió con un grito.

—¿Por qué debería, César? Me divierto mucho contigo.

Lo desnudé de cintura para abajo y comencé a acariciar su miembro. Veía en la cara del vampiro los sentimientos encontrados. Estaba abatido, se sentía avergonzado por ser débil ante una mujer como yo.

—¿Qué demonios haces, Olympia?

La entrada de Arestos en la sala no me hizo cambiar la posición. Giré mi cabeza y lo miré.

Para variar, no parecía contento.

—Torturar a nuestro invitado —contesté con una sonrisa socarrona.

—Te pedí que lo interrogaras, no que le dieras placer.

—Cállate, mis técnicas son infalibles. ¿Verdad que sí? —pregunté a mi invitado. Gruñó de rabia.

—¡Termina ya! —gritó Arestos con enfado.

César rió y lo taladré con la mirada.

—Tú también te dejas dominar —se burló.

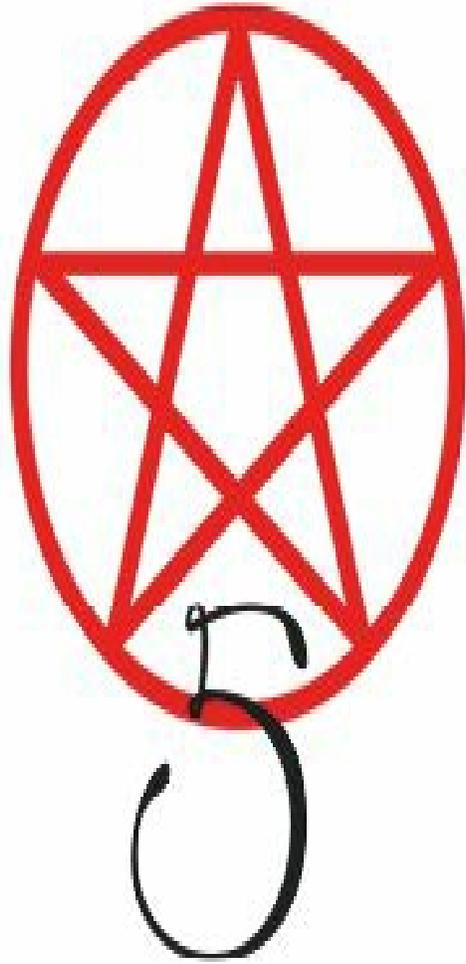
Lancé un resoplido y solté el miembro de mi invitado. Volví a hundir mi mano por la herida de su estómago y agarré su corazón, para seguidamente arrancárselo y tirarlo a los pies de Arestos.

—¿Contento? —anuncié sin perder de vista el cuerpo inerte del vampiro.

—No. Ahora dime qué has descubierto —volvió a ordenar.

Su humor empeoraba el mío.

—No te preocupes, solo quieren exterminarnos a todos y mantener a salvo a la humanidad. Me voy a descansar, que tengas un buen día —manifesté con sarcasmo y me largue de allí para descansar.



L

as sombras se cernían sobre mí durante el día. Mi cabeza iba a estallar. Era incapaz de dormir de forma apacible, mi corazón se encogía cada vez que aparecían aquellas imágenes inconexas en mis sueños.

Todo estaba borroso, las figuras irreconocibles a veces no tenían voz y otras solo escuchaba gritos agónicos. Otras era capaz de descifrar sus gestos, de sentir algo parecido a calor en mi corazón. Un calor que me daba la sensación de sentirme querida, aceptada, con mis defectos incluidos. De vez en cuando escuchaba sus dulces voces pero sin entender una sola palabra. Aquella vez había sido una de ellas. Solo notaba unos sentimientos que no tenían cabida en mi vida.

Tras varios siglos con los mismos sueños, había comprendido que se trataba de una pareja, lo que nunca llegaba a entender era por qué los veía y por qué, al despertar, sentía como si en mi pecho se instalará un vacío que me destrozaba por dentro. Como si lo que ocurría en los sueños deseara que apareciera en mi vida.

Me desperté sobresaltada y sudorosa. Arestos estaba a mi lado, sin perder de vista ni uno de mis gestos.

—¿Has vuelto a soñar? —preguntó con curiosidad. Conocía mis reacciones a los sueños, los despertares sudorosos e incluso los gritos que salían de mi garganta cuando se transformaban en pesadillas.

—Sí.

—¿Qué has visto? —añadió mientras acariciaba mi mejilla con suavidad. Intentaba tranquilizarme.

—La pareja... el amor. Todo es muy borroso, solo sé que no lo soporto. Me duele en el alma presenciar esas imágenes. Me rompen el corazón —admití con pena.

¿Qué sabía yo del amor? ¿Y por qué me dolía tanto sentirlo?

Odiaba esos segundos en los que mostraba debilidad tras los sueños. Me hacían sentir perdida, fuera de lugar. Sacaban un lado que en los últimos siglos había eliminado de mi vida. La compasión, la humanidad... todo lo bueno que una vez tuve.

—Ha pasado mucho tiempo desde el primero, pero continúan afectándome.

—Algún día descubriremos qué quieren decir, querida. Por ahora solo te queda intentar descifrarlos.

Siempre me daba la misma respuesta. No llegaba a entender su intenso interés por que lo descubriera. Yo simplemente me lo tomaba como algo normal, sueños sobre algo que sabía que nunca tendría porque mi vida era demasiado oscura para poder amar.

Habían pasado mil quinientos años desde que me transformé en vampiro. El mundo seguía su curso y nosotros habíamos cambiado de lugar durante todos esos siglos como nómadas. Jamás llegábamos a alcanzar la estabilidad en un sitio. Tras recorrer todos los lugares de lo que más

adelante sería Europa, volvimos a Roma.

La república había dado paso al Imperio Romano. El antiguo emperador Diocleciano vio que un solo emperador no era suficiente para tratar todos los temas, así que dividió sus terrenos. Día tras día se iniciaban y finalizaban guerras. Los dictadores emperadores romanos tenían a sus huestes siempre listas para dominar las tierras que rodeaban el Mar Mediterráneo. Un siglo atrás el Imperio Romano estuvo a punto de caer en el olvido, pero se recuperó de las pérdidas y tras la llegada de Constantino, Roma quedó relegada a un segundo plano, ahora la capital de Italia era Constantinopla. Las creencias religiosas también habían cambiado, el culto más practicado por sus gentes era el cristianismo y el número de personas que creía en más dioses menguaba a diario. El mundo cambiaba a pasos agigantados con avances en prácticamente todos los ámbitos.

La suerte de que la guerra y las enfermedades continuaran nos daba más libertad para alimentarnos. El mundo de la noche también había crecido muchísimo, nuestro ejército comprendía miles de demonios y vampiros dispuestos a arrebatarnos vidas y luchar contra los de nuestra raza que se empeñaban en acabar con nuestro linaje de maldad. Yo misma me encargaba de entrenarlos, pasados los años comprendí que el peligro era serio y junto a Arestos lideré a nuestras huestes para destruir a todos aquellos que se negaban a llevar a cabo el cometido de nuestro demonio creador, Agramón.

Nuestro hogar se encontraba a las afueras de Roma, a una hora a caballo hasta el centro, donde el imponente Coliseo romano se alzaba como recuerdo de las atrocidades que los emperadores obraban en su interior. Era precioso. Una maravilla arquitectónica que no tenía duda de que fuera conservada en el futuro.

—Mi señor, tiene visita.

Un vampiro de la casa entró en mis aposentos sin ni siquiera llamar. Arestos alzó la vista y le lanzó un asentimiento.

—¿Quién te espera? —pregunté con curiosidad.

—Nadie importante. Ahora levántate y márchate a patrullar —contestó sin mostrar ningún sentimiento en su rostro.

Supe que mentía, pero era inútil discutir para que me contara sus secretos. Recibía visitas constantemente y tenía reuniones sobre las que no me contaba nada. A veces sentía que era un mero bulto. Él decía que era su tesoro, la guerrera más apta y más preciada de todo el grupo y de las pocas supervivientes desde que comenzaron nuestras reyertas. Gozaba de grandes comodidades y de más atenciones que ninguno, pero en el fondo era un peón más y era algo que no quería reconocer.

Me vestí con mis habituales ropajes de cuero. Cada vez me gustaban más. Tenía unos pantalones muy ajustados hechos a medida y la parte superior era encorsetada y con escote. No encajaba en las ropas de aquella sociedad, pero cuando salía al caer la noche por la ciudad, los humanos que sobrevivían a mis garras ya se habían acostumbrado porque era una asidua visitante de las tabernas y burdeles de la ciudad.

Obviamente corrían rumores de que existían seres que no pertenecían al mundo de los humanos,

desde los albores de los tiempos había ocurrido. Incluso una vez, antes de que se diera a conocer el cristianismo, hubo en un lugar —no logro recordar cuál—, que los humanos se aventuraron a intentar matarnos.

Efectivamente no lo consiguieron, por lo menos conmigo. Recuerdo que algún neófito cayó, pero no fue nada importante.

Bajé la gran escalinata que llevaba a la entrada principal. Nuestro hogar estaba lleno. Muchos de los que había entre nosotros ni siquiera eran luchadores, pero tenían un refugio que utilizaban para dejar salir su lado más pornográfico. Las cosas ya no eran tan libertinas como tiempo atrás en las calles, seguía existiendo el exhibicionismo, pero ahora de forma más comedida, ya que, podían llegar a ejecutarte por ello. Aun así no me libraba de encontrar día sí día también, a gente montándose encima de mis muebles.

—¿No tenéis nada mejor que hacer? —pregunté con el ceño fruncido.

—Lo sentimos, mi señora. Ya nos vamos —me dijo un vampiro que yacía con otra vampira. El rubor de sus mejillas me hizo reír. Me encantaba cortarles el royo.

Cogí las armas que descansaban en una mesa justo a la salida y escondí mis preciadas dagas de acero afilado por los mejores herreros en mis sandalias. Decidí marcharme sola, pero primero ordené a unos cuantos vampiros y demonios que yo misma había entrenado que patrullaran por otras partes de la ciudad.

—¿Por qué demonios tengo que obedecer a Arestos? —hablé en voz alta—. Aquí nunca ocurre nada y cuando ocurre todo es demasiado sencillo. Soy demasiado buena para perder una batalla, aunque a veces me hieran. Son gajes del oficio.

Pasar tanto tiempo sola, sin más contacto físico que el que me proporcionaba Arestos, estaba volviéndome cada día más loca. Mi aburrimiento con el paso de los siglos se acrecentaba, mi único y verdadero entretenimiento era matar. Pretendía comportarme como una líder, pero ni siquiera tenía confianza con los míos. No compartía nada con ellos, ni siquiera conversaciones insustanciales. Solo una vez trabé conversación con un vampiro y acabó muerto.

Yo estaba borracha en casa y tenía ganas de darme un buen festín y echar un buen polvo. Un vampiro, que creo que llevaba con nosotros unas semanas, parecía desesperado, así que jugué con mi poder de atracción y lo atraje hasta mi cama.

La noche fue la bomba, disfruté como me gustaba hacerlo. Ambos acabamos en la cama, ensangrentados y satisfechos del otro, pero apareció Arestos y con un halo de furia a su alrededor le partió el cuello.

No olvidaré jamás aquella conversación.

—*¿Se puede saber qué haces, Olympia?* —me gruñó una vez el vampiro estuvo muerto.

Yo estaba demasiado borracha como para contestar algo coherente.

—Eres demasiado tentadora, no debes sacarlos de su misión.

—La misión de este vampiro era echarme un buen polvo —respondí con una seca carcajada—. Vamos, Arestos, no te enfades. —Me acerqué a él con un puchero infantil en mi rostro—. No puedo depender siempre de ti, mi cuerpo tiene... necesidades y tú estabas demasiado ocupado.

—Ocupado controlando que las cosas vayan según lo previsto. Ayer nos atacaron, ¿crees que todo es una broma?

—Te preocupas demasiado, eres agotador —bufé separándome unos centímetros—. No van a poder con nosotros aunque sepan dónde estamos. Algunos caerán porque son idiotas, pero los que de verdad sabemos defendernos seguiremos aquí durante mucho tiempo.

—Eso es si tú no te metes en líos —contestó.

Siempre derivaba todo a lo mismo. Yo.

Me crucé de brazos y lo encaré.

—¿Por qué siempre me echas cosas en cara? Hago más que nadie de los que hay aquí.

—No lo suficiente. Eres una inmadura, irresponsable e insensata. Tienes mil quinientos años y aún no sabes nada de la vida. Tú única preocupación es masacrar a la humanidad.

—¡Soy un vampiro, necesito comer! —grité.

—¡Pero eres incapaz de ser sigilosa!

—No necesito ser sigilosa. Los humanos se matan entre ellos y dejan los cuerpos en medio de la calle. ¿Por qué debería preocuparme?

—¡Porque podrían matarte! —continuó a voz de grito.

—Como si fueran a conseguirlo —reí.

Arestos, furioso, cogió mi cuello con fuerza e hizo presión. Cortaba mi respiración, pero aún así no me amilané ante su ataque. Estaba acostumbrada a sus ataques de ira, a que me golpeará y yo le devolviera el golpe. Éramos dos leones marcando territorio entre peleas que nunca se solucionaban.

—No eres invencible, Olympia. Al igual que tú terminas con la vida de muchos, ellos pueden hacerte lo mismo. Que tengas dones y seas una excelente guerrera desde los albores de los tiempos no significa absolutamente nada —escupió con rabia—. No olvides que siempre habrá alguien superior a ti, y ese alguien soy yo. Yo te creé y yo puedo destruirte.

Le di una patada con toda la furia que comenzaba a crecer en mi interior y conseguí que me soltara.

—Pues hazlo, Arestos. Destrúyeme, termina con esta agonía de vida, que tú, mi señor —ironicé—, me has proporcionado. Yo no pedí ser un vampiro. ¡Tú me transformaste! Así que ahora atente a las consecuencias. Tú creaste a este monstruo y nunca vas a poder doblegarlo.

Pasados unos días nuestra relación volvió a la normalidad y como siempre, todas aquellas peleas quedaban relegadas a un segundo plano, en el olvido, ocultas hasta que llegaba el momento en que volveríamos a echarnos todo en cara.

No sabía si amar a una persona era algo parecido a lo que yo tenía con Arestos, en realidad lo dudaba. Nuestra relación no tenía nada de sana, era tóxica. Ambos nos intoxicábamos mutuamente de maldad, empañando los sentimientos que ocultábamos hasta el punto de tener una relación de odio y amor que poco a poco nos destruía.

Continué con mi patrulla por la ciudad y al no encontrar ni un movimiento sospechoso decidí que ya iba siendo hora de volver a centrarme en mí misma.

Conocía todas las tabernas de mala muerte de la ciudad y en todas me tenían en gran estima. Siempre les llenaba de dinero los bolsillos, mi acuciante necesidad con la bebida para paliar la ansiedad que intentaba sobrellevar, era el aliciente perfecto para que los taberneros se enorgullecieran de que visitara sus lugares.

—Buenas noches, mi querida Olympia —saludo Efrén, el dueño de la taberna.

—Buenas noches, querido. Ponme lo de siempre, bien cargadito —sonreí socarrona. El tabernero me sirvió mi primera copa y dejé sobre la mesa una buena cantidad de dinero que me permitiría emborracharme a gusto.

Los humanos se divertían, las meretrices complacían a los hombres en público. El lugar siempre estaba abarrotado. Unos músicos amenizaban el lugar con cánticos alegres.

Un succulento humano que no llegaría a la treintena se acercó a la mesa en la que me sentaba a solas mientras observaba a los humanos que me rodeaban.

—Hola, bella dama, ¿me permitiría sentarme con usted?

—Es probable, pero tutéame, por favor —sonreí socarrona.

—De acuerdo, preciosa. Soy Máximo —se presentó e inclinó la cabeza.

—Olympia.

—¿Griega? —preguntó y asentí—. Hablas muy bien el romano —añadió.

—Llevo muchos años aquí.

—Pareces muy joven.

—No tanto —reí de forma inocente.

Máximo no perdía detalle. Mi atuendo un tanto particular a comparación con los vestidos de las mesoneras y meretrices llamaba la atención. El escote todavía no era algo que se hiciera tan a fondo en los ropajes, había mucho pudor en las mujeres a la hora de enseñar partes de su cuerpo, y el mío enmarcaba mis pechos a la perfección. Era una excelente forma de que los hombres se mantuvieran

bien atentos a mis movimientos.

Lo cierto era que esa noche no tenía pensado alimentarme, solo quería beber y pasar un buen rato.

—¿Cómo llegaste hasta nuestras bellas tierras? —se interesó una media hora después. Llevaba ya varias copas encima y tenía la lengua suelta.

—Tuve que huir de mi anterior hogar. Soy una chica peligrosa —murmuré con voz pastosa. Máximo rió creyendo que bromeaba.

—Estaría encantado de conocer cuán peligrosa eres —musitó en tono seductor.

Le sonreí ladina y bebí otro trago de lo que quedaba de mi copa.

—Sería mucho mejor para ti no conocerlo, te lo aseguro.

—Con ese rostro de chica buena, dudo que seas un peligro —continuó con el juego. Solté una fuerte carcajada y él me imitó.

Si el supiera que era capaz de desangrarlo con mi boca, arrancarle el corazón con mis manos y desgarrarlo con mi daga, no sería tan inconsciente como para decir aquellas cosas.

—Las apariencias engañan —sonreí mostrando mis dientes sin llegar a enseñar los colmillos.

Pasaron los minutos y ambos continuábamos con la charla. No quedaría demasiado para el amanecer pero no tenía ganas de marcharme todavía. Hasta que un vampiro de nuestro grupo entró en el lugar y llamó mi atención.

Lo reconocí de inmediato, era de aquellos que siempre se mantenía cerca de Arestos, llevaba poco tiempo en nuestro hogar.

—Mi señora, el señor la busca —comunicó interrumpiendo a Máximo el chiste que me contaba.

Me giré en su dirección y lo taladré con la mirada.

—Dile a Arestos que iré cuando a mí me parezca —contesté y me giré de nuevo a mirar a Máximo, que observaba al vampiro con cautela.

—Mi señora, debo insistir.

—¿No ha escuchado a la dama? —declaró mi nuevo conocido.

Sonreí sin poder evitarlo. Me defendía. Era lógico, vivíamos en una sociedad muy machista y que una mujer supiera defenderse ni siquiera era una opción. Para ellos, una mujer solo podía ocuparse de la casa, de hacer feliz al esposo y criar a los hijos.

Opté por hacer mi papel de damisela indefensa, quería ver hasta qué punto llegaba el vampiro.

—No estaba hablando con usted —añadió el vampiro malhumorado. Máximo se levantó y lo encaró.

Yo me quedé sentada como espectadora del encontronazo. Era lo más parecido al entretenimiento que tenía en mucho tiempo. Ni siquiera la música que amenizaba el local despertaba la emoción en

mi interior.

—Estas interrumpiendo una amena velada. La señorita te ha dicho que irá cuando le parezca.

Esas palabras fueron el detonante para que el vampiro perdiera su inexistente paciencia. Era de los nuevos, no sabía su nombre a pesar de haberlo visto durante los últimos meses en nuestra casa, así que su autocontrol era mínimo, casi tanto como el mío. Cogió a Máximo por la cabeza y lo estampó contra la mesa, llevándose por el camino nuestras copas.

—Me habéis manchado mi ropa —les dije con los ojos muy abiertos y una sonrisa.

La música de la taberna se silenció. Todos los presentes presenciaban como Máximo se alzaba aturdido por el golpe e intentaba atacar al vampiro, quien le devolvió el gesto mostrando sus colmillos.

Los gritos no se hicieron esperar. Observé con calma como el vampiro se dejaba llevar por sus instintos y atacaba a todo el que se le ponía por delante. Desgarraba, mordía y partía cuellos sin descanso. El sonido de huesos al romperse y el olor de la sangre llenaba mis fosas nasales. No podía dejar de reír como una maldita psicótica. El suelo comenzaba a llenarse de cuerpos inertes y los pocos que quedaban vivos pedían socorro y rezaban plegarias inútiles. Lo único que lamenté fue la pérdida innecesaria de Efrén el tabernero. Me levanté de mi sitio para continuar observando el espectáculo y me metí dentro de la barra para servirme otra bebida.

—Muy bien, chico. Así es como se monta un buen escándalo. Tengo un buen sucesor —reí mientras pegaba un trago.

El vampiro, al terminar con aquellos osados que se habían quedado en el interior de la taberna, fijó su mirada en mí. Sabía que se avecinaba un ataque hacia mí. Lo veía en sus ojos, inyectados en sangre. Fieros y aterradores. Una sombra de lo que yo llegaba a ser cuando me descontrolaba.

—Ni se te ocurra, vampiro —le comuniqué sin echarme a un lado. El vampiro saltó en un intento de llegar hasta a mí y lo lancé al otro lado de la taberna sin tocarlo.

Salí de la barra y me aproximé a él.

—Por hoy ya has derramado demasiada sangre. A tu señor, ese que te ha enviado a buscarme a mí, no le gustará lo que has hecho. —Su cara al mencionar a Arestos cambió por completo. Parecía que el terror hubiera substituido a la sed de sangre. Ya era más de lo que conseguían conmigo. El arrepentimiento se reflejaba en su mirada.

Lo cogí por la fina camisa de algodón que llevaba y lo arrastré fuera de la taberna.

—Espérame aquí.

Volví a entrar y me dediqué a tirar todo el alcohol de las botellas por el suelo y encima de los cuerpos mientras daba pequeños sorbos para aprovecharlo, para después, coger las antorchas de las paredes y lanzarlas.

El fuego nació de inmediato. Las llamas comenzaban a lamer cada recoveco del lugar con su furia y el calor comenzó a llegar hasta mi cuerpo. Salí antes de que me alcanzaran y me reuní con el

vampiro.

—Andando —exigí.

Mientras caminaba directa hasta nuestro hogar, alguien me empujó y caí. Mi atacante me inmovilizó contra el suelo y cuando intenté contraatacar me di cuenta de quién era.

—¿Qué cojones haces? —gruñí y taladré a Arestos con la mirada.

El susodicho no cambió ni un ápice la mueca de rabia de su rostro. Apretaba mis muñecas sobre mi cabeza y me impedía cualquier movimiento.

—¿Qué demonios has hecho tú?! —gruñó.

—Yo no he hecho nada.

—Claro, tú nunca haces nada. Te largas a beber dejando a solas al grupo e incendias la taberna. Eso es no hacer nada —murmuró con sarcasmo—. ¿A cuántos has matado?

—A ninguno. Y ahora suéltame, joder —gruñí.

—¿Deja de mentir! —Retiró sus manos de las mías y me agarró del pelo con brusquedad para levantarme.

El vampiro que había hecho la matanza miraba todo desde unos metros atrás, sin los cojones suficientes para decir la verdad.

—No te estoy mintiendo. —Tiró más fuerte—. ¡Me haces daño!

—Es lo único que te mereces, Olympia. Dolor, el mismo que tú causas allá por donde arrasas.

Estuve a punto de soltar lágrimas por la impotencia, pero las retuve. No iba a darle tal satisfacción de verme dolida. Le di una patada en la pierna y ambos caímos al suelo. Dejó de agarrar mi cabello y me levanté para ir a por el vampiro.

—¿Adónde te crees que vas? —gritó y se lanzó a agarrar mi brazo.

—A cargarme a este. Él es quien ha hecho esto, no yo —dije señalando el fuego que se veía a la lejanía.

—Tiene tu sello, Olympia, no me vas a engañar más.

Reí de forma histriónica y conseguí soltarme de nuevo. Me acerqué al cobarde vampiro y le hice un placaje que lo tumbó. Noté que Arestos se acercaba a mí así que, antes de que tuviera tiempo de separarme de él, lo lancé lo más lejos que pude con la telequinesia.

El vampiro tembló bajo mi agarre. La furia ardía en mi interior, más fiera que nunca.

—¿Di la verdad! —exigí.

—Yo no he hecho nada —sollozó cada vez más nervioso.

Lo agarré con fuerza para que no escapara, y de alguna forma que ni siquiera logro entender en la actualidad, algo ocurrió en mi cerebro. Fue como si pudiera ver en el interior del vampiro, percibí el

miedo en su mirada y sentí como un poder desconocido hasta entonces surgía de mi interior. Algo me decía que podía matarlo sin mancharme las manos. Mis colmillos estaban en su máxima extensión, mis ojos rojos como el fuego, pero no tenía pensado succionar de su vena. Fijé la mirada en sus ojos y vi el interior de su cerebro, todo lo que era. Deseé que dejara de funcionar y sin dejar de mirarlo, fui capaz de notar el momento preciso en que su cerebro y su corazón dejaron de latir.

Estaba muerto.

—¿Qué demonios? —oí que decía alguien en la lejanía.

Arestos había visto todo desde una distancia prudencial. Ese nuevo poder había resquebrajado algo en mí haciendo aparecer una furia todavía más malévola que la que ya tenía de por sí. Me levanté con los ojos inyectados en sangre, presa de la ansiedad y me lancé a atacarlo con ganas de continuar con la lucha.

No había tenido suficiente.

—Olympia, detente.

No lo escuché. Continué caminando hasta a él con paso decidido y mirada retorcida. Si hubiera tenido un espejo delante, hubiera temido mi propia apariencia. Logré ver un atisbo de terror en él durante unos segundos, hasta que cambió su mirada por una de rabia.

Me gritaba, decía que parara, pero yo estaba fuera de mí misma. Mi cuerpo caminaba sin darle órdenes, solo buscaba matar y la persona que tenía más cerca era Arestos.

Grité y enseñé los colmillos. Plaqué a Arestos, lo tumbé en el suelo con un fuerte golpe y lo agarré de la cabeza para dejar a la vista la palpitante vena. Mordí su cuello sin ningún tipo de cuidado y succioné. Su sangre me daba poder. Él intentaba deshacerse de mi agarre. Durante unos segundos fui yo la que dominaba la situación y terminó justo en el momento en que noté una daga clavarse en mi pecho muy cerca de mi corazón.

—¡Apártate de mí! —gritó, pero no lo hice.

Aun con el filo de su daga clavado en mi interior las ganas de atacar no desaparecían. Lo agarré del pelo y él me pateó con la rodilla y tumbó justo a su lado. Me inmovilizó de la misma forma que yo había hecho, pero aun así intenté morderlo.

Quería matarlo. Quería acabar con su vida como había hecho con el vampiro, pero aparte de las ganas de matar, no tenía fuerzas para utilizar mi nuevo don. Estaba mentalmente agotada, mi cerebro no parecía estar en sincronía con mi cuerpo. Era como si no fuera yo.

Al verse amenazado de nuevo, Arestos comenzó a darme una serie de puñaladas. Oía mis gritos de dolor y los suyos de rabia. La sangre abandonaba mi cuerpo y las fuerzas se me escapaban de entre las manos. Era incapaz de defenderme.

En algún punto, entre puñalada y puñalada, perdí la consciencia con una última imagen en mi mente; la de las estrellas brillantes en el cielo.

Desperté en un lugar oscuro. Me dolía todo el cuerpo y me sentía demasiado débil como para levantarme. Mi cabeza iba a estallar en cualquier momento. Apenas recordaba cómo había llegado a esa situación. Lo último que recordaba de lo ocurrido era una rabia desconocida en mi interior que hizo que acabara con el vampiro sin ni siquiera utilizar las manos. Él había sido el causante de que Arestos se enfadara conmigo de forma injusta, ya que yo no había matado a nadie en la taberna.

Todavía no sabía cómo lo había hecho, ni siquiera creía que hubiera sido algo real. Me incorporé con un gruñido de dolor, me fijé en mi cuerpo todavía con la ropa con la que había salido el día en que aquello pasó y estaba destrozada. Tenía una decena de agujeros por todas partes y coincidían con las marcas de unas puñaladas que se repartían a lo largo de mi estómago. Al verlas recordé que fue Arestos quién me las hizo. Me apuñaló con saña para que no acabara con él, y si lo pensaba fríamente, si no me hubiera herido quizás hubiera conseguido matarlo.

—¡Joder! —gruñí al intentar levantarme. Me dolía demasiado y no ayudaba que en mi cabeza pareciera que había alguien apuñalándome el cerebro.

Tenía resaca.

—Vaya, pero si has despertado.

En ese instante me di cuenta de dónde me encontraba. Estaba retenida en una de las mazmorras de nuestro hogar. Allá donde migráramos siempre se construían esas salas, donde interrogábamos a vampiros y encerrábamos a humanos para nuestra acuciante necesidad de alimentarnos.

—¿Qué mierda hago aquí? —Intenté sonar borde, pero estaba tan débil que sonó como un susurro.

—Es una simple medida de seguridad, hasta que compruebe que no te has vuelto completamente loca —contestó al otro lado de las verjas metálicas.

Me costaba incluso mantenerme erguida, pero conseguí levantarme y acercarme al enrejado. Arestos me miraba con gesto indiferente, como si encerrarme no supusiera nada para él. Su actitud distante me resultó desoladora, pero no pensaba dejar que viera el pesar que la situación me provocaba.

—Estoy sedienta —musité con voz pastosa.

—Te aguantas. Ya bebiste suficiente de la gente de la taberna.

—Te repito que no fui yo —contesté sin ganas.

—¿No fuiste tú la que incendió el lugar?

—Sí, pero...

—Pero nada —me cortó—. Hiciste algo mal y debes reconocerlo. ¿Tan difícil es para ti hacerte responsable de tus actos? No eres una neófita, Olympia. Eres la segunda vampira más antigua de

todos los que están aquí, tu época de desgarrar tiene que caer en el olvido. No puedo tapar todas tus travesuras. Eres una niña —escupió con saña. Volvía a tratarme como a una niña. Sus ojos no mostraban ni un resquicio de compasión. Eran fríos—. Debes madurar, estoy cansado de repetir una y otra vez lo mismo. ¡Tienes mil quinientos años! —me recordó. Como si el paso de los años para mí no existiera—. Si por mí fuera yo mismo té habría desgarrado cuando me atacaste.

—Me parece que lo hiciste —ironicé echando un vistazo a mi cuerpo agujereado.

—No me diste otra opción. ¿Qué demonios hiciste? ¿Cómo mataste a Marco? —preguntó. Supuse que el tal Marco era el vampiro.

—No tengo ni la más remota idea. Solo sé que lo maté con la mirada. Punto y final —contesté con desdén.

Con paso tambaleante me dirigí al fondo de mi celda y me senté en el duro suelo. No tenía fuerzas para mantenerme en pie. Necesitaba sangre y dudaba que Arestos me la proporcionara. Podía incluso oler su sangre y la del resto de vampiros de nuestro hogar. O mejor dicho, su hogar. No había nada mío. Él era el dueño y señor de todo. Yo era la intrusa que le hacía el trabajo sucio y lo decepcionaba prácticamente todos los días.

Al ver que no era un peligro para él, decidió entrar en la celda. Se mantenía a unos pasos de distancia, en pie, sin quitarme sus ojos de encima.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó dando por hecho que había sido yo de nuevo.

Solté un resoplido y lo miré cansada.

—¿Cuántas veces tengo que repetirme que yo no fui?

—No importa cuántas veces lo hagas, llevaba tu sello.

—¿Por qué murieron una treintena de personas? ¿Por qué era un lugar al que yo voy siempre? ¿Por qué soy la única vampira que mata a todo el mundo? ¿Por qué lo incendié como hice en Tebas y murieron todos como en Esparta? —pregunté de forma retórica—. Da igual que intente justificarme, tú ya has sacado tus propias conclusiones. Me importa una mierda tu falta de confianza. El día que sea yo quién vuelva a hacer algo así, te enterarás. Seré yo misma la que te restriegue los cadáveres por la cara.

Se agachó hasta mi posición y me dio un bofetón. Su rostro mostraba la ira que intentaba retener para no pasarse conmigo una vez más.

—Estoy muy harto de ti, Olympia. Muy harto.

—Es recíproco. A lo mejor un día te despiertas y yo ya no estoy.

—No aguantarías ni un solo día sin mí —respondió con tono lúgubre, aun así era incapaz de esconder el malestar que eso le provocaba. No quería que me fuera.

—¿De verdad lo crees? No me pongas a prueba, Arestos, puedes salir muy mal parado en el intento.

Mi comentario le hizo reír.

—¿Qué ibas a hacer tú sin mí? Mi querida Olympia, debes admitir que yo soy quien te mantiene bajo control. —Reí sin poderlo evitar, pero eso no hizo que callara—. Yo he hecho de ti lo que eres y juntos somos un equipo. ¿Crees que tú sola podrías acabar con todos los peligros que nos acechan? Esos vampiros irían a por ti, te matarían por ser lo que eres, una guerrera milenaria, una asesina sin escrúpulos.

—Puedo matarlos a todos como hice ayer con el vampiro, solo mirándolos —comenté y eso llamó su atención. Desde que había llegado noté que quería saber más sobre eso—. He descubierto que tengo un nuevo don. Y déjame que te diga, mi querido Arestos —musité con retintín—, que tú no has sido quien me lo ha enseñado. Yo misma he sabido utilizarlo.

—Pero no manejarlo —contraatacó—. ¿Quieres que te recuerde por qué estás aquí encerrada?

—Porque se te pusieron los huevos de corbata e hiciste de mi cuerpo un colador —contesté con sorna.

—Porque no lo controlas. ¡Te volviste loca! —En eso debía darle la razón. No lograba comprender qué me había pasado. Debió darse cuenta por mi mirada que yo misma opinaba lo mismo, así que cambió su tono a uno más suave, ese que empleaba siempre que quería llevarme a su terreno. Y yo era tan estúpida y manejable que lo conseguía—. No te juzgo, Olympia. A veces el poder enloquece y tú guardas en tu interior más del que piensas. Has tardado mil quinientos años en sacar a relucir algo que incluso a ti misma te asusta. Y me necesitas para poder controlarlo.

—No sé qué me pasó. Fue como si algo en mi interior estallara. La rabia hizo que te atacara. Quería continuar matando —admití—. Ese vampiro fue un cobarde que mintió. Él fue quien se descontroló en la taberna y yo fui la que quemó las pruebas. Esa es la verdad.

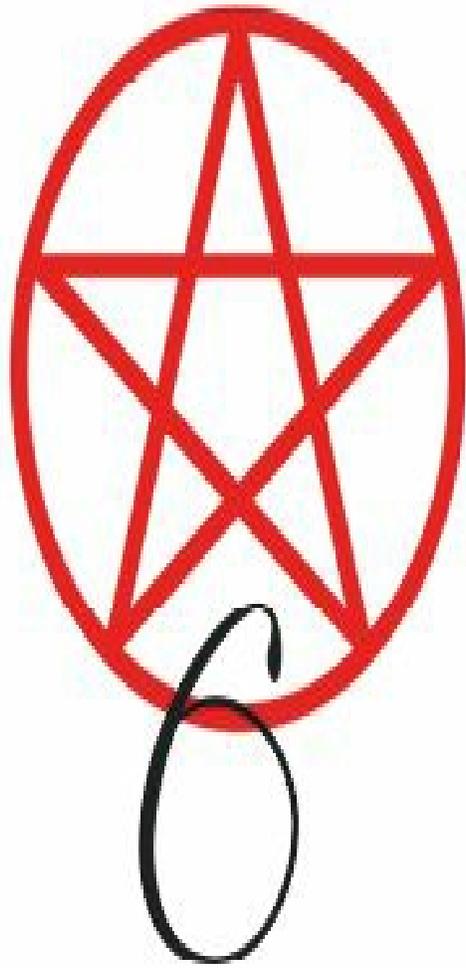
Arestos me miró con el ceño fruncido. Su cabello rubio tapaba la mitad de su frente y parte de su cara. Sus ojos castaños no creían en lo que decía, pero tampoco importó. Estaba acostumbrada a que no creyera nada de lo que salía de mi boca.

—¿Podías pararlo? —preguntó en referencia al vampiro. Asentí. Desde el principio podía haberlo impedido, pero me divertí con la situación y lo cierto era que no me arrepentía de ello—. Entonces tú también eres culpable. Has vuelto a ponernos en el ojo del huracán. Tenemos vampiros por todas las regiones de Italia y los que nos persiguen también. Esto es una caza sin fin, llamar la atención nos pone en el ojo del huracán.

Suspiré y me limité a mantenerme en silencio. Arestos se quedó unos minutos sin decir nada hasta que decidió marcharse.

No me había liberado porque sabía que no estaba arrepentida de mis actos. Era su pequeño castigo que una vez más no haría su efecto. Seguía encerrada y sin fuerzas. Me dejé caer contra el húmedo suelo y cerré los ojos. Necesitaba un descanso.

Y sangre, mucha sangre.



E

stuve encerrada varios días en la celda de nuestro hogar de Roma. Arestos decidió que necesitaba ese tiempo para recapacitar sobre mis actos, sin embargo lo utilicé para pensar en mil formas para matarlo sin perder en el intento.

Estaba muy molesta, hastiada de ser la niña incorregible con un padre sobre protector que me daba una educación de lo más neandertal. Estuve una semana sin sangre, las múltiples heridas se abrían con cada uno de mis movimientos y perdía la conciencia más veces de las que podía llegar a contar.

Un día Arestos volvió y me encontró desmayada. Me llevó a mis aposentos y cuando desperté lo encontré de frente. Parecía de buen humor, a diferencia del mío. Llevaba días sin poder esconder los colmillos y se clavaban en mi labio inferior, tenía hambre. Tanta que en ese instante me planteé la idea de llevar a cabo un intento de los mil planeados en contra de Arestos para derrotarlo.

Pero me resistí.

—Bebe —declaró acercando su cuello a mis labios.

No me lo pensé dos veces y mordí. El sabor de su sangre despertó mis dormidas terminaciones nerviosas. Sentía como si volviera a la vida después de un periodo letárgico que me había parecido eterno. Sus manos me abrazaban. Noté suaves caricias por mi cuerpo y supe que no solo buscaba alimentarme. Me buscaba a mí en todo su esplendor y yo no tenía pensado negarme. También tenía necesidad de él tras tantos días apartada de todo contacto físico.

A pesar de que deseaba seguir bebiendo, me separé de la latente vena de su cuello y lo besé. Echaba de menos sus labios, la furia con la que me besaba y sus crudas caricias que calentaban todo mi cuerpo.

—Te he echado de menos, Olympia —susurró en mi oído y lamió mi cuello.

Me desnudó con rapidez y yo hice lo mismo. Nuestros cuerpos entraron en contacto y un súbito calor recorrió toda mi columna vertebral hasta propagarse en todo mi organismo. Sus manos se afianzaron en mi trasero y con una sonrisa socarrona se lanzó a mordisquear mis pezones. Gemí de placer. Tiré un poco de su pelo y gruñó al sentir como mis uñas se clavaban en su espalda.

—¡Dioses! —gemí en cuanto introdujo dos de sus dedos en mi interior y comenzó un lento y sensual bombeo,

—Dioses no, Arestos. Tú único Dios.

Reí por su ocurrencia y lo arañé de nuevo. Soltó un pequeño quejido divertido y me alzó en volandas. Acabamos pegados contra la pared. Mis piernas rodeaban sus caderas y su verga rozaba mi sexo, erecta y preparada para darme el placer que tanta falta me hacía.

—Yo soy tu único dueño, Olympia. ¿Lo sabes verdad? —Asentí presa de la lujuria.

—Y tú eres mío, Arestos. Esta polla es solo mía.

La hundió en mi interior y ambos gemimos de placer.

—Espero que tú comprendas que toda tú también me pertenece. No me gusta compartirte. —Dio una fuerte estocada, gemí de deseo y arqueé la espalda..

—Mmm... Que posesivo —sonreí y me embistió todavía más fuerte.

Los golpes en la pared cada vez eran más fuertes, el placer crecía por momentos. Me olvidé de que todavía estaba bastante herida y disfruté del momento que me brindaba. Odiaba a Arestos, pero a la vez no quería deshacerme de él. La intensidad de nuestra relación era enloquecedora. En la cama —o contra la pared— éramos uno. Sabíamos compenetrarnos a la perfección. Tras tantos siglos sabíamos casi todo el uno del otro en el plano sexual. Respondíamos a las caricias incluso cuando lo único que sentíamos era odio.

Notaba su miembro en lo más profundo, mi bajo vientre comenzó a vibrar y contraerse. Estaba a punto de llegar al sùmmum del placer con sus acometidas. Preparé mis pulmones y solté un grito ensordecedor que debían de haber escuchado en toda la ciudad. El orgasmo arrasó todo a su paso y se acrecentó cuando Arestos me mordió y succionó mi sangre por la vena de mi cuello.

—¡Oh, sí! —gemí todavía excitada. Se separó de mis labios y me besó dejando un rastro de mi sangre en la boca.

Continuaba en mi interior. Notaba como su orgasmo se acercaba. Echó la cabeza hacia atrás y aproveché para succionar su yugular. Llevaba días siendo presa de una insaciable sed, su sangre no sería suficiente, pero conseguiría aplacar a la bestia hasta que llegara la hora de salir a alimentarme. Su sabor era exquisito, era la segunda vez que lo mordía en ese día y disfruté tanto que un nuevo orgasmo me asoló acompañándolo a él en su liberación. Respiré ahogadamente, extasiada y él salió de mi interior y se separó para colocar bien sus ropajes.

Siempre era así, follábamos y se apartaba para vestirse y luego largarse. No había nada de romántico en nuestra relación.

Me acerqué al lugar en el que tenía toda mi ropa guardada y me decidí por un fino vestido. Ponerme los ropajes de guerrera seguramente haría que Arestos se preguntara qué pretendía hacer a continuación.

Matar. Solo que no se lo diría, debía ser cauta para no recibir otro castigo en una oscura celda sin víctimas con las que divertirme.

*

Tras el incidente de la taberna una noche recibimos un ataque. Nuestra casa se destruyó y las únicas pertenencias que fuimos capaces de recuperar fueron las monedas que Arestos tenía escondidas en puntos clave para emergencias como aquellas. Muchos cayeron en manos de los vampiros que nosotros perseguíamos y a la vez repelíamos para evitar que nuestro ejército menguara. De un millar sobrevivieron un par de centenares.

Tuvimos que huir de Roma con lo puesto y durante más de seis siglos no establecimos un nuevo hogar.

Salimos de nuestra conocida Italia para aventurarnos por tierras inglesas. La paz se había interrumpido a principios del siglo XI. Aprovechando la crisis política que vivía Inglaterra por entonces y los errores del anterior monarca, los daneses invadieron nuevamente el país y los anglosajones se vieron forzados a reconocer como rey al monarca danés Sven Forkbears . Su hijo Canuto fue el encargado de gobernar. Su reinado estaba siendo beneficioso para las tierras inglesas, era piadoso y el favoritismo que le daba a la iglesia y la mediación entre ingleses y daneses, hizo del país uno de los más civilizados.

Northumbria era precioso. La civilización avanzaba a pasos agigantados. Todavía recuerdo la época en la que ni siquiera existía la moneda y los comercios eran una sombra inexistente, comparado con lo que comenzaba a haber en la tierra. Los ropajes habían mejorado, seguía habiendo guerras, enfermedades y muchas cosas que destruían poco a poco a la humanidad, pero los civiles cada día tenían lugares más seguros para resguardarse y la época en que conquistar era lo único a lo que se dedicaban los hombres, ya fueran sajones, griegos o vikingos, habían quedado en un segundo plano con la intención de llevar a los reinos a algo más que las guerras.

Las casas eran de piedra resistente y algunas construidas con madera. Los castillos estaban fortificados. Nosotros, como siempre, nos instalamos a las afueras del centro neurálgico y durante un tiempo vivimos en pequeñas casas separadas, pero lo suficientemente cerca para juntarnos ante cualquier peligro.

Fue una época difícil, apenas tenía espacio personal y eso sacaba lo peor de mí. Maté a unos cuantos de los nuestros, Arestos se cabreó y yo ignoré una vez más su insistente afán por hacer de mí alguien responsable.

Tras más de dos mil años, ya debería haberse hecho a la idea de que era imposible. Mi carácter irascible urgía de un milagro para controlarlo.

Cuando por fin terminaron de construir nuestro hogar, me enamoré de las paredes de la extensa mansión. Era perfecta. Un lujo en medio de un mundo donde la pobreza era lo que más abundaba. A pesar de estar a las afueras, muchos aldeanos se acercaban en busca de víveres, sin embargo la mitad de ellos pasaban a formar parte de nuestras filas, o de nuestra comida...

Yo apenas había cambiado en todo ese tiempo, ni en apariencia, ni en carácter. Desde que descubrí mi nuevo don para matar con la mirada lo había utilizado unas cuantas veces, y nunca conllevaba nada bueno. Arestos perdía el control conmigo. Las peleas aumentaban de forma exponencial y mis ganas de acabar con él crecían con cada día que pasaba.

¿Por qué no lo hacía?

Porque me aterraba la idea de quedarme sola. Era el único contacto que tenía, seguía sin ser amiga de nadie. Las vampiresas me miraban con celos e inquina, los vampiros me temían porque sabían que me descontrolaba con mucha facilidad. Y los demonios me respetaban y no eran seres con los que entablar amistad. Eran sádicos y de pocas palabras. Sin embargo, cuando salía de caza eran

los mejores compañeros.

En definitiva, sin Arestos, estaría completamente sola y la idea no me gustaba en absoluto.

Me desperté recién entrada la noche en mi cama. El día anterior lo pasé divertida en algún lugar que no logro recordar. Llevábamos asentados en la zona unas tres décadas —el tiempo dejaba de ser preciso cuando se era inmortal—, y me encantaba pasear a solas por las calles de Northumbria.

Inglaterra ofrecía mucho. Sus costumbres cristianas era lo que menos apreciaba, con la aparición de aquel libro llamado la Biblia, un conjunto de escritos hechos por judíos y cristianos, las restricciones aumentaban en todos los ámbitos. Los creyentes eran rectos, el machismo imperaba incluso más que en la época en que yo nací. Era repulsivo. Además en las escrituras de su supuesto Dios se condenaba a muerte a los seres como los brujos —en los cuales creían—, y a todos aquellos que no tuvieran sus mismas creencias. Todo lo que se saliera de su estricto dogma era herejía y en ocasiones se condenaba con la muerte. Tenía cierta sospecha de que en algún momento de su mortal vida, harían alguna locura relacionada con el tema. Temían al demonio, lo que no se esperaban era que a los alrededores de sus insulsas casas se escondieran más de un millar y que miles más se esparcieran por cada rincón del mundo. Cada día nos multiplicábamos.

Me vestí con ropajes de cuero. Mi estilo con el paso de los años se mantenía. Mis calzas podrían considerarse ropajes de hombre pudiente, pero yo las llevaba a pesar de que las mujeres debían llevar vestidos largos e ir más tapadas que una monja. Y como atuendo superior, una camisa apretada de piel animal que marcaba mis curvas a la perfección y realzaba mis pechos. El resto de vampiresas vestían de la época, yo me hacía mis propios trajes, la ropa medieval solo me la ponía en ocasiones especiales.

Tener toda una vida por delante hacía que pudiera aprender todo tipo de oficios y en la costura, aunque no era lo que mejor se me daba, me defendía. También había aprendido mucho sobre las artes de curar con remedios naturales. Después de incontables heridas era lo más fiable para recuperarme cuanto antes.

—Buenas noches, querida. ¿Cómo está tu cabeza? —preguntó Arestos con una sonrisa socarrona.

—Dolorida.

—Eso te pasa por embriagarte —contestó—. Anoche estabas especialmente fogosa —me guiñó un ojo socarrón y tuve que reconocer que aquella reacción me sorprendió.

Ese día estaba especialmente locuaz. Parecía tener buen humor, cosa poco vista en los últimos tiempos. Los aires de la Inglaterra normanda habían hecho cambiar su actitud. Italia, y sobre todo Grecia, había sido nuestro hogar, pero tantos siglos yendo de un mismo lugar a otro comenzaban a aburrir. La variedad había sido buena para todos, además intentábamos no llamar demasiado la atención para que los vampiros del otro bando no nos descubrieran.

—Ni me hables. Creo que no me acuerdo de nada —expresé con voz pastosa.

—Pues levanta y vístete como una dama de la época. Vamos a la ciudad.

—¿Para qué? —Lo que menos me apetecía era ponerme uno de esos vestidos que lo tapaban todo y cubrirme mi largo cabello rubio con un feo sombrero. No me gustaba la moda medieval. Era aburrida y lo menos sexy que había visto jamás. Prefería los ropajes de las meretrices, con ellos enseñaba mi escote y eran mucho más seductores que algo que cubría mi cuello hasta el punto de ahogarme.

—Cosas de negocios. Los condes de Northumbria nos esperan en una cena —contestó risueño y mostró sus colmillos—. Ah, se me olvidaba. No la lées, esto es importante.

—Sí, papá —me burlé.

Arestos se marchó negando con la cabeza y yo me puse a rebuscar entre toda mi ropa algo decente para ponerme. La idea de ir al palacete del conde como si fuera una humana me parecía descabellada. No sabía para qué quería Arestos que lo hiciera, ni qué clase de negocios se iban a tratar. Supuse que se trataba de una forma de aparentar. Los grandes comerciantes y hombres de alta alcurnia siempre tenían a una mujer que los acompañara para hacer de bulto.

Iba a ser una mujer florero.

No me equivoqué.

Llegamos al palacete en nuestra carroza de caballos. Arestos se había pasado todo el camino con el ceño fruncido. Parecía una meretriz, pero ningún otro vestido me convenció para la ocasión.

—Me vas a dejar en ridículo. Pareces una burda zorra.

—¿No te gusta cómo sobresalen mis pechos? —bromeé poniendo morritos.

Arestos me taladró con la mirada.

—No te preocupes, me comportaré como una perfecta dama cristiana ante los Condes. Dios estará en mi conversación en todo momento y le agradeceré los alimentos que nos brindará durante esta maravillosa y exclusiva velada —me burlé.

—Espero que esos alimentos de los que hablas no sean los del servicio de su hogar —me dijo arqueando una ceja.

¡Cómo me conocía!

—Hombre, un aperitivo no estaría nada mal.

—Olympia, no hagas que me arrepienta de haberte traído —me reprochó—. Y tápate un poco con esto. —Me tendió una capa que coloqué sobre mis hombros y me la puse sin abrochar. Me miró el escote y gruñó.

Al final tuve que abrocharlo.

—Todavía no sé para qué demonios quieres que yo esté aquí. ¡Y rodeada de humanos! —grité—. Si ocurre algo no me culpes, sabes a la perfección lo difícil que es para mí.

—Pues deberás aguantar tus ansias. Será una pequeña prueba.

—Estoy hasta el coño de tus pruebas —gruñí. Allí el único que nos podía escuchar era el vampiro que conducía la carroza—. No soy una niña, Arestos. Puedo controlarme perfectamente... —Me cortó su carcajada.

—¿Alguna vez en tu existencia has resistido la tentación de la sangre? —preguntó. Intenté pensar en algún momento de mi vida en la que me hubiera resistido y no se me ocurría nada. Mas que la vez que cargué con las culpas de una serie de asesinatos que hizo otro vampiro. Pero tampoco contaba porque acabé con él y después intenté matar a Arestos—. Me lo imaginaba. Pues hoy deberás hacerlo y durante la noche solo hablarás cuando se dirijan a ti. No opinarás nada, hablarás con propiedad y te mantendrás a cada instante pegada a mí trasero.

—Mmm... te va lo duro.

—¡Olympia! —me reprendió.

No pude evitar mantener la sonrisa de mi rostro. Hacerle rabiar era un pasatiempo que aprovechaba cada vez que estaba junto a él. Me moví en mi asiento y me coloqué a horcajadas sobre él levantando la falda de mi provocador vestido.

—No te pongas así. Seré buena, te lo prometo —susurré en su oído y lamí la curva de su cuello. Con mis colmillos rocé la zona y estuve tentada de morder, pero él me alejó con sus brazos y me obligó a que lo mirara.

—Esto no es un juego. Pretendo afianzar nuestra posición en la zona. Tengo la intención de quedarme por Inglaterra durante muchos siglos.

—¿No volveremos a Grecia? —pregunté. Aunque no tenía mucho apego por ningún lugar en concreto, sentía curiosidad por saber cómo estaba mi tierra en aquellos tiempos.

Llegaban rumores de que allí también habían llegado los cristianos y las guerras habían destruido todo lo que en el pasado conseguimos. Los Dioses habían perdido sus tronos en el mundo de los humanos, quedaban pocos que creyeran en ellos. El Dios cristiano lo acaparaba todo. Una secta que se contagiaba en cada lugar al que llegaba.

—No. Es momento de establecer esto como nuestro verdadero hogar, ya sea en Northumbria, Gales o cualquier otra ciudad de la zona. Ahora en Grecia no pintamos nada. Solo hay pobreza, incluso más que aquí. Es mejor este lugar. ¿A caso no te gustan los lujos de los que te brindo?

—Por supuesto que sí. Tengo todo lo que necesito y mucho más de lo que tienen incluso los Reyes o Condes. Nuestra fortuna siempre asciende y comprar cosas es un entretenimiento excelente para alguien inmortal —reconocí—. Pero Grecia es el lugar en el que nací como humana. No sé, Arestos, siento que forma parte de mí.

—¿Desde cuándo sientes apego por algo? —preguntó con sorpresa.

—Tengo sentimientos aunque tú te empeñes en obviarlos —bufé.

—Pues olvídate de esas cosas. Con toda una vida por delante en lo que menos debes pensar es en

tu pasado. Además, viendo cómo eres no creo que como humana fueras mucho mejor.

Gruñí y me senté de nuevo, a solas frente a él. No tenía ni idea de cómo fui como humana. Mi vida pasada quedó relegada al olvido el día en que me transformé en inmortal. Sin embargo, había muchas ocasiones en las que me imaginaba de otra forma y no tenía manera de descubrir si lo que sentía en mi interior fue real en algún punto de mi vida.

Llevábamos una hora de camino y lo más probable era que llegáramos tarde. Alcé la tela que cubría la pequeña ventanilla y miré al exterior. Estaba oscuro, el suelo estaba mojado por la lluvia que había caído durante todo el día. La noche parecía apacible y corría una fría brisa que golpeó en mis mejillas.

Me puse a pensar en las palabras de Arestos.

¿De verdad creía que como humana era igual de letal? Jamás lo sabría. Sin embargo era cierto que tenía sentimientos. No solo era una sádica que deseaba acabar con toda la humanidad. Me comportaba así porque era lo único que conocía. Era mi modo de sobrevivir. La fórmula perfecta para que el resto me tuviera respeto. Ya no recordaba lo que era tener algo de humano. Arestos me enseñó a mantener esa parte a raya, a luchar por mi vida. A ser una vampira letal capaz de postrar a sus pies a cualquiera. Pero aun así, de vez en cuando fantaseaba con una vida que parecía improbable.

Pensaba en qué se sentiría al tener a alguien que de verdad me quisiera. Arestos decía quererme, pero su forma de demostrarlo era fría y a veces agresiva. Desconocía lo que era el verdadero cariño. La soledad era mi mejor compañera, pero a veces ansiaba algo más. Una historia de amor, alguien que de verdad me aprobara y aceptara mis defectos —que eran muchos—.

Nunca había sido una mujer fácil de tratar y el paso de los años solo hacía que empeorarlo. Notaba cuando Arestos tenía ganas de deshacerse de mí, pero nunca lo hacía. Aguantaba a mi lado y soportaba mis ataques de locura.

Deseaba descubrir el por qué.

—Hemos llegado —anunció sacándome de mis pensamientos.

Asentí y me levanté en cuanto nuestro cochero particular abrió la puerta. Descendí apartando la mano que me ofrecía como ayuda y esperé hasta que Arestos me siguió.

—No te separes de mí y habla con educación —me recordó. No me molesté en contestar.

Caminamos por la callejuela hasta llegar a un gran portón de madera maciza que se alzó con un gran estruendo en cuanto llegamos. Al fondo se adivinaba una imponente edificación. Era un enorme palacete, casi del mismo tamaño que nuestro propio hogar. En la entrada nos esperaba un hombre que nos pidió identificarnos y cuando Arestos se presentó con su nombre y el mío, nos dejaron entrar.

Tras pasamos las puertas y ya se olía el olor de la comida. El lugar era lujoso. Había cosas importadas de todas partes, mucha cultura Danesa y colores cálidos y vistosos.

Arestos me recordó por enésima vez que mantuviera mi boca cerrada y esperamos hasta que el

Conde, un hombre de no más de treinta años, con cabello castaño y frondoso, nos recibió y saludó con una cálida sonrisa.

—Gracias por su invitación, Conde —agradeció Arestos con una pequeña reverencia.

—Es todo un placer, Arestos. Bienvenida a mi humilde morada, señora.

—Olympia —hablé por primera vez y Arestos me taladró con la mirada—. Señor Conde. —Hice una reverencia con la cabeza gacha, escondiendo la carcajada que pugnaba por traicionar mi porte señorial.

—Siempre es un placer conocer a una belleza como usted, Olympia. —Fingí sonrojarme y acompañamos al conde hasta una enorme sala.

Allí se reunían una veintena de personas.

—Estás tentando a la suerte —susurré entre dientes para que solo se enterara Arestos—. Aquí huele demasiado bien, y no me refiero a la comida.

—Pues tendrás que aguantar. No la fastidies. Si ves que vas a caer en la tentación de matar, pregunta por la letrina y lárgate hasta que consigas la calma.

El Conde nos indicó el lugar que debíamos ocupar y antes de sentarnos nos presentó a todas esas personas. A los dos segundos olvidé el nombre de todos. Mi cometido era estarme callada así que no iba a necesitar aprenderlos, y si me mencionaban, con dirigirme a ellos con señor o señora, bastaba.

No pasé por alto las miradas. Las mujeres de aquellos hombres que parecían tener tanto poder me miraban con inquina. La mayoría eran mayores que yo en edad humana, yo solo tenía diecinueve años cuando me transformé, así que las miradas, educadas pero indiscretas, no tardaron en llegar. Olía la envidia. Esas mujeres eran bastante mayores y envidiaban la juventud de la que yo gozaba.

La cena transcurrió tranquila. Los hombres hablaban y las mujeres también. Yo me limité a comer y beber una copa tras otra de vino, por lo que me gané varias miradas reprobatorias por parte de Arestos. Acabar ebria en un lugar como aquel era una pésima idea y más cuando se era mujer. El resto de damas apenas bebía.

Cuando retiraron la comida comenzó la reunión de verdad. Arestos me avisó de que se marchaba a una de las enormes salas de la mansión a hablar de negocios con el Conde y el resto de mercaderes que habían acudido a la cita. Las mujeres hicieron su grupito y yo me quedé mirando a la nada con otra copa entre mis manos.

Pasaron los minutos y yo cada vez me aburría más. Escuché sus conversaciones para entretenerme, hablaban de moda, joyas, dinero y tener hijos, hasta que el tema de conversación fui yo.

—¿Habéis visto sus ropajes? Parecen de una burda meretriz —murmuró una de las mujeres. Era la mujer del Conde.

El resto contestaron con risitas hasta que una habló:

—No debería provocar tanto. He visto a mi Charles lanzarle miradas lascivas. No debería estar

aquí.

En eso yo misma debía darle la razón.

—Frederic también se la ha quedado mirando. ¿Visteis cómo comía? No tiene ningún tipo de modales.

—Y esos pelos. Debería recogerse los. Toda mujer de bien lo hacemos. ¡Es una falta de respeto a Dios, nuestro señor!

—Sospecho que el señor Arestos para no venir solo ha pagado a una mujer de la calle.

Las mujeres comenzaron a reír y yo me levanté de mi sitio para encarar a aquellas que no dejaban de criticarme sin ni siquiera conocerme.

—Discúlpenme, nobles damas —comencé con retintín—. Déjenme que les aclare unos puntos. No soy una prostituta y mis ropajes son de las mejores telas del país. Simplemente vuestra moda es aburrida y demasiado recatada para mi gusto. Pero no se preocupen, ustedes sigan criticando mi forma de ser mientras me marcho a la letrina a recolocar mis ropajes de zorra para que sus esposos centren su atención en mis senos.

La Condesa lanzó un grito y me llamó descarada. Me fui bastante cabreada en busca de un lugar en el que tranquilizarme para que Arestos no tuviera ninguna queja sobre mí. Desde que las oí hablar de mí de aquella manera, solo pensaba en chupar su sangre y la ansiedad crecía conforme caminaba por la vasta extensión del palacete.

Salí a las afueras y vi cómo los ganaderos se encargaban de los animales a esas horas de la noche. No aguantaba más. La sed me apesaba y sin pensar en las consecuencias esperé a que una ganadera entrara en el lugar de las gallinas y la sorprendí cuando dio la vuelta para continuar con su trabajo.

—Disculpe, mi señora. ¿Puedo ayudarla en algo? —me preguntó.

—Oh, por supuesto que sí —contesté con una sonrisa que mostraba la extensión de mis colmillos.

A la mujer ni siquiera le dio tiempo a gritar. La cogí por el cuello y desgarré con mis colmillos la latente vena de su cuello. Succioné deleitándome del sabor de su sangre y cuando terminé la tiré sobre la paja de alrededor de las gallinas sin cuidado alguno. No me molesté en esconder el cuerpo sin vida.

Me re Coloqué el vestido y sequé la sangre de mi boca con un retazo de la tela. La mancha se veía, pero no me importaba volver de esa guisa al interior de la mansión. Sonreí satisfecha y algo más calmada y volví al corral de mujeres crítonas en el gran salón. Me miraban con más inquina que al principio. Sus susurros cada vez eran más bajos. Yo no pertenecía a ese ambiente.

A los pocos minutos volvieron los hombres y Arestos me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué cojones has hecho? —me preguntó al oído con un gruñido.

—Nada. Ignorar las conversaciones de las señoras de la casa que se han pasado la velada

criticándome —dije más alto de lo que pretendía. Al menos nadie se había enterado.

—Tienes sangre en tu vestido.

—Me ha bajado la menstruación.

—Olympia... —volvió a gruñir.

La intensa conversación se interrumpió cuando el Conde alzó su copa y propuso un brindis.

—Por un futuro prometedor. Gracias señores por asistir a esta velada. —Alcé mi copa llena de vino y me la bebí de un trago.

Las mujeres volvieron a mirarme. Ellas eran tan recatadas que no habían probado el alcohol en toda la noche. Yo había acaparado todo el que podía y aunque no estaba ebria, tenía el puntillo.

Me serví otra bajo la atenta mirada de todos y me la bebí sin abrir la boca. Al menos eso se me estaba dando bien. Arestos debería estar orgulloso por mi silencio.

Sin embargo supe que mi regocijo iba a durar poco en el momento en que una sirvienta entró con el rostro pálido como la leche y le comunicó al oído al Conde que había encontrado el cuerpo sin vida de una mujer de su hogar.

Arestos clavó sus uñas en mi brazo con mucha fuerza y escondí una mueca de dolor.

—Tendrán que disculparme, señores, por acabar la velada de esta forma tan abrupta. Pero hay un tema que requiere de toda mi atención —comunicó el Conde compungido por la noticia.

—¿Hay algo en lo que podamos ayudarle, señor? —añadió Arestos con una amabilidad inusual.

¡Qué gran actor era cuando quería!

—No, señor Arestos. Gracias por su ofrecimiento —se disculpó—. Así que si me disculpan, mi señora os acompañará a la puerta. Ha sido un placer hacer negocios con ustedes.

Me levanté como impulsada por un resorte y sin que nadie me diera permiso avancé en dirección a la salida. Arestos me agarró del brazo y me obligó a mantenerme a su lado. Al salir y despedirnos de la idiota señora de la casa, me metió de malas maneras en nuestro carruaje y con ayuda de su enorme enfado me rompió la mano.

Grité de dolor. El sonido del hueso al quebrarse todavía resonaba en mis oídos.

—¿Qué cojones haces? —gruñí dolorida. La mano se curaría en unos días pero eso no evitaba que doliera.

—Te dije que te comportaras y a la primera de cambio vas y matas a una mujer. ¡En la casa del Conde! —gritó con todas sus fuerzas. Suerte que la carroza ya había comenzado a circular.

—Y me comporté. Hasta que ese nido de víboras se puso a hablar de mí —añadí furiosa.

—Suerte que nadie te ha visto. Si así hubiera sido te prometo que te hubieras arrepentido durante toda tu jodida existencia —anunció señalándome con el dedo índice—. Esta noche he cerrado negocios para expandir nuestra fortuna por todo el territorio anglosajón.

—Me importan una mierda tus negocios. Acabas de romperme la jodida mano, gilipollas —gruñí de nuevo—. Como bien dices nadie me ha visto. Tu reputación de hombre de bien sigue intacta. No como la mía, ya que me han tratado de prostituta esas malditas recatadas.

—¡Es que lo pareces! Deberías haberte puesto otra cosa.

—Ni loca. Yo pareceré una zorra, pero al menos tengo estilo —sonreí con descaro orgullosa de mi vestimenta.

Arestos no contestó, simplemente me golpeó en la cara con el puño y yo lo lancé de nuevo a su sitio con la telequinesia. Intentó volver a atacarme, pero me dio tiempo a inmovilizarlo.

Una furia que ya comenzaba a resultarme conocida apareció dando paso a mi lado más macabro. Lo miré fijamente a los ojos y durante un instante vi cierto temor en su mirada. Solo deseaba acabar con él, era una necesidad, lo único importante en mi vida en aquel instante. Sus manos se aferraron a mi cuello, pero yo continuaba ahí, inamovible.

Sin embargo, no funcionó. No logré acceder a su cerebro como había conseguido hacer con otros antes. Parecía haber una barrera infranqueable. Él era más poderoso que yo.

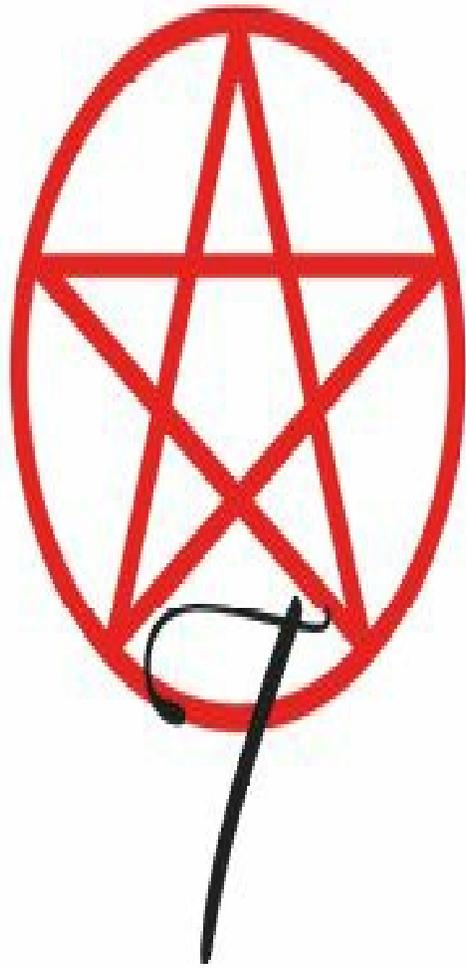
Me separé de él agotada por el intento y ninguno tuvo el valor para continuar con nuestra pequeña lucha. Arestos parecía cansado de mí.

El resto del camino lo pasamos en silencio. Ninguno comentó el incidente. Me sentía demasiado débil como para replicar de nuevo. Había intentado algo que quizá me acarrearía la muerte. Arestos era permisivo conmigo, pero yo me había excedido demasiado.

Una vez más había perdido el control.

Al salir del carro el sol comenzaba a clarear por el horizonte y nos resguardamos en el interior de nuestro hogar, comprobamos que todas las ventanas estuvieran bien cubiertas y me marché a mi habitación a pensar en todo y nada a la vez.

No sabía durante cuánto tiempo más iba a aguantar, lo que sí sabía era que mi paciencia cada día era menor. Y Arestos, acababa de ser consciente de ello.



A

la semana de aquel pequeño incidente, una vez más, hizo como si no pasara nada. Sus negocios salieron adelante y se convirtió en uno de los hombres más poderosos de Northumbria. Apenas nadie lo conocía en persona, utilizaba a esclavos humanos pagándoles un buen jornal para que hicieran todo lo oportuno durante el día. Yo me desentendía por completo. Me centré en lo que mejor sabía hacer: luchar. Entrenaba cada día con los vampiros y demonios que se unían a nuestras filas. La lucha me proporcionaba un subidón de adrenalina que me ayudaba a desahogar toda la ira oculta en mi interior.

Pateé con fuerza al demonio con el que luchaba y de lo débil que estaba volvió a su forma original. Esa tan vomitiva, con llagas en su cuerpo que no le conferían ningún atractivo. Su piel bulbosa desprendía un líquido pegajoso y el hedor inundaba mis fosas nasales.

—Das mucho asco —le dije rematando el golpe con un codazo en su mandíbula y cayó al suelo—. Siguió.

Una vampira que creo que se llamaba Isabelle, dio un paso adelante y comenzó a moverse de un lado a otro. Su posición era de ataque. Esperé erguida a que se aventurara a atacar y en cuanto lo hizo bloqueé su ataque con un seco golpe en su cuello que la tiró al suelo.

Soltó una maldición y se levantó de inmediato dispuesta a no rendirse. Su ímpetu por ser la primera en atacar la llevó a cometer otro error. Su cabeza iba por delante de su cuerpo, enseñando los colmillos y alcé mi pierna para darle una patada en la cabeza.

—¿Tanto os cuesta pensar un poco antes de atacar? —pregunté a todos y a nadie en concreto.

Así era todos los días. Su furia, sus ganas de atacar, hacían que se precipitaran en sus actos. Yo esperaba a sabiendas que ellos serían los primeros en abalanzarse, era la mejor forma de predecir qué paso sería el próximo que asestarían.

Eran tan predecibles que resultaba aburrido, pero meter unas cuantas palizas al día me resultaba reconfortante.

—Ahora vosotros. ¡A luchar! —anuncié a todos.

Se pusieron por parejas y yo me quedé a una distancia prudencial. Corregía a aquellos que erraban con sus golpes y golpeaba a aquellos que no servían ni para fingir que sabían luchar. Estaban todos muy verdes. Los que de verdad conocían el arte de atacar estaban siempre cerca de Arestos. Había algunos vampiros que tenían un milenio de edad y eran los más capacitados. Todos los nuevos apenas sabían nada, así que mi tarea se complicaba cada vez que Arestos me reprendía por lo inútiles que eran.

—¿Cómo van? —Arestos había salido de la comodidad del interior de la mansión para preguntar lo mismo que todos los días.

—Algunos son patéticos. Esos de ahí son los únicos que saben defenderse de forma respetable. —Señalé a un grupo de diez que parecía saber lo que hacían.

—Deben trabajar más. Debemos defendernos bien ante un ataque.

—Aquí hay poco movimiento. Tú mismo has dicho que estas tierras son nuestras.

—Sí, pero al igual que ocurre con las guerras de los humanos, en la nuestra también pueden llegar a invadirnos —añadió con seriedad.

—Que lo intenten si se atreven. Mis dagas están preparadas para rebanar cabezas de vampiros que se comportan como humanos —sonreí y Arestos me imitó.

—Me gusta tu entusiasmo, querida. Eres la mejor que hay por aquí —me alabó y se lanzó a besar mis labios con pasión—. Cuando termines te espero en mi alcoba. No hace falta que vengas vestida.

Me dio un azote en el trasero y se marchó.

Solté un largo suspiro. Ya debería estar acostumbrada a esos cambios tan bruscos en su personalidad, pero tras tantísimos años todavía me resultaba imposible.

Un día nos tirábamos de los pelos y literalmente nos metíamos una paliza, y al otro, actuábamos como si nada de aquello jamás hubiera ocurrido.

Nunca supe cómo sentirme al respecto. No era persona de darle demasiadas vueltas a las cosas. Mi carácter era irascible y Arestos tenía personalidad múltiple. Ambos chocábamos y con ello se regía nuestra eterna vida.

Realmente yo era tan masoquista que necesitaba esas peleas para sentirme viva. A veces era agotador, pero otras, excitante.

—Vamos, ¡luchad como verdaderos guerreros! —grité a la manada de vampiros. Había algunos inconscientes en el suelo y estuve tentada de pisotearlos como entretenimiento.

Estuve allí una media hora más, supervisaba los movimientos, corregía y daba golpes a aquellos que no obedecían. Decidí dejarlos a solas y les dije que continuaran hasta el amanecer. Debíamos prepararnos ante cualquier ataque.

Entré por la puerta de nuestra no tan humilde mansión y por el camino fui quitándome los ropajes. Algunos se me quedaron mirando y yo les sonreí lasciva. Entré hasta los aposentos de Arestos y me quedé en la puerta.

—Tan espectacular como siempre —dijo con voz lasciva y una sonrisa.

Se quitó los ropajes con asombrosa rapidez y me empujó contra la pared. Agarró con fiereza mis nalgas y me agarré a su espalda para impulsarme y rodearlo con mis piernas.

—Echaba de menos tu cuerpo.

—Si no fueras tan estúpido gozarías más de él. —Clavé mis uñas y lo arañé provocándole un gemido.

—A veces un hombre debe resistir la tentación. Nunca hay que dejar que una subordinada tenga el control. —Me penetró con fuerza y mi espalda se pegó del todo a la fría pared.

Gemí con fuerza.

—¿Ahora soy tu subordinada? ¿Ya no soy la mejor de todos los que hay aquí? —pregunté con el ceño fruncido sin dejar de gemir por sus insistentes embestidas.

—Lo eres. Pero que lo seas no te hace alguien superior, eres como todos y si desobedeces, o intentas matarme —murmuró haciendo referencia al día en que me rompió la mano y en el que después intenté matarlo con ese don tan letal que me enloquecía—, recibirás castigo.

Acometió con fuerza y volví a gemir. Sus movimientos eran lentos, pero certeros.

—Si los castigos fueran así —gemí y él mordió con sus colmillos uno de mis pechos—, sería mala todo el tiempo —sonreí ladina.

—No te emociones, querida. Esto no es un castigo.

Me cogió en volandas y me tumbó sobre la cama. Sin salir de mí interior me giró y puso a cuatro patas. Sus embestidas cada vez eran más certeras. Ambos gemíamos al unísono y la temperatura de nuestros cuerpos alcanzaba la ebullición. Arestos me agarró del pelo y tiro de él, haciendo que mi espalda se irguiera y mi cabeza prácticamente rozara su pecho. Me mordió en la yugular y succionó la sangre. Consiguió que mi primer orgasmo llegara por sorpresa y me hiciera gritar de placer. Se alimentó por completo sin dejar su loco vaivén y estimuló mi clítoris con su mano llevándome hasta las nubes.

El ritmo cada vez era más frenético, sus movimientos indicaban que llegaba el fin. Intenté girarme para alimentarme, pero lo impidió con un seco azote en mi trasero que me prendió una vez más.

Se corrió en mi interior con un fuerte gemido e inmediatamente salió.

Me puse en pie para mirarlo y con la intención de arrojarme entre sus brazos para beber lo miré ladina. Pero su rostro mostraba indiferencia.

—Ahora déjame a solas, querida. Tengo recados que no pueden esperar.

—Quiero alimentarme —exigí con el ceño fruncido.

—Pues de mí no va a ser posible en este día.

Gruñí furiosa por su desplante y me paré desnuda frente a su puerta.

—Estoy cansada, Arestos. No soy una puta de la que puedas disponer siempre que tu polla lo necesite —escupí con saña. Me miró sin cambiar su mueca y contestó:

—¿De verdad? ¿Es que a caso esperas algo más de mí? ¿Una relación?

—No espero nada de eso, pero sí tu sangre. La necesito.

—Querida... —habló caminando hasta a mí. Levantó su mano y acarició mi pecho desnudo, aquel que había mordido y por el que todavía salía un hilillo de sangre.

—De querida nada. Lo único que pido es recibir lo mismo que doy. —Comenzó a reír a carcajadas.

—Cuando hagas bien tu trabajo, tendrás tu recompensa. Aquí tienes tu castigo.

—Muy bien, querido —dije con retintín—. Me voy a masacrar a unos cuantos humanos. No me lo tengas en cuenta, alimentarme también forma parte de mi trabajo.

Me giré dispuesta a marcharme, pero me paró de inmediato estampando mi cabeza contra la pared.

—No hagas estupideces, Olympia. No quiero que por tu culpa tengamos que marcharnos tan pronto. Todavía queda mucho que hacer aquí —claudicó sin un ápice de humor.

Me aparté de él aturdida por el golpe y le eché una mirada furibunda.

—No se preocupe, ¡oh mi gran señor, Arestos! No voy a echar su reputación por los suelos.

Y dicho aquello, me largué.

Me puse las primeras ropas que encontré, salí furiosa de nuestra mansión y me dirigí a las cuadras. Podría ordenar a alguno que me llevara en un carro, sin embargo necesitaba sentir el viento golpear mi rostro para tranquilizarme.

De esa guisa la promesa de no montar un escándalo la veía del todo improbable. Arestos me había satisfecho a medias con el sexo y eso me cabreaba. Sí, había tenido dos orgasmos, pero necesitaba ese tercero que el sabor de su ardiente sangre me proporcionaba.

Para un vampiro era la vida entera. En toda mi existencia era lo único que necesitaba. Sangre, cuanto más mejor. Arestos me había enseñado bien cómo actuar y a veces notaba que se arrepentía de aquellas enseñanzas. Me había convertido en imparable.

Subí a lomos de mi caballo, un precioso ejemplar de color canela con la crin dorada. Cabalgué como una verdadera amazona y me fui en dirección al centro de la ciudad. No tenía demasiado tiempo, sin embargo llevaba monedas por si el amanecer se me echaba encima y debía pasar el día en una posada.

Fui a una que ya conocía de otras veces. George me recibió con una cortés reverencia y le pagué por adelantado varias copas. Los hombres que trasnochaban me miraban como si fuera un bicho extraño. Las mujeres no solían pasar por aquellos sitios a beber como los hombres. Que yo hiciera eso era una rareza y por ello me miraban de forma descarada. Allí se juntaba lo peor de la sociedad inglesa, los marginados y delincuentes.

Oteé a todos los que había a mi alrededor y me fijé en que un hombre se me quedaba mirando. De inmediato me percaté de que no era humano. Bebí de un trago mi copa e indique a George que me sirviera otra. Seguidamente el vampiro se levantó de su sitio y se acercó a mí con curiosidad.

—¿Me permite sentarme? —preguntó como todo un caballero. Asentí un tanto recelosa.

No sabía si era de mi bando o del otro. Miré por si a caso a mi alrededor y no había nadie con él. Iba solo.

—Eres una vampira —afirmó con cierto atisbo de sorpresa.

—Y tú un vampiro —contesté—. ¿Qué te trae por aquí?

—Puede que lo mismo que a ti.

Sonrió y mostró sus colmillos. Sus ojos estaban dilatados y me dio la sensación de que estaba tan hambriento como yo. Sin embargo me preguntaba por qué no se había lanzado a por alguien de la posada.

—Deberíamos hablar en privado —murmuré arqueando una ceja de forma seductora.

Me gustaba desgarrar humanos, pero la sangre de vampiro era infinitamente mejor en cuanto a poder. Llamé a George desde mi sitio y le pedí una llave de una de sus habitaciones. La trajo a los pocos segundos y le indiqué al vampiro que me siguiera. Juntos entramos en la habitación y nos quedamos unos minutos en silencio.

—Mi nombre es Edmund —se presentó.

—Olympia.

Edmund se acercó a mí de forma peligrosa y me agarró por las caderas.

—¿Qué es exactamente eso que ibas buscando? —susurré en su oído de forma seductora y lamí el lóbulo de su oreja. Pude notar como daba un respingo.

Edmund tenía un porte atractivo. Su edad era mayor a la mía en cuanto a la humana y su masculinidad se olía por cada rincón. Era alto, rubio y de tez blanquecina. Bajo sus ropajes de algodón se adivinaba un cuerpo bien formado y con músculos que me llevarían a la perdición.

Era incapaz de resistirme a un plato tan succulento.

—A una beldad como tú capaz de darme lo que quiero.

—¿Y qué quieres? —Deslicé mi mano desde su cuello hasta la cuerda que sujetaba su pantalón y acaricié por encima el bulto que se adivinaba bajo la tela.

—Sangre —admitió devolviéndome el gesto al acariciar mis nalgas con sus fuertes manos.

—Ahí había humanos de los que beber. ¿No te apetecía matarlos? Yo solo soy una simple mujer, ellos eran muchos.

A pesar de que la temperatura de mi cuerpo comenzaba a subir, quería saber con qué clase de vampiro estaba a punto de acostarme.

—No me agrada la idea de matar de esa forma —me susurró.

Esa era la información que buscaba. No me había resultado complicado, el vampiro estaba embelesado con mi fuerte poder de atracción.

—Ajá... eso te honra. Eres todo un caballero.

Lo besé en los labios como parte del papel que interpretaba y lo tumbé sobre el camastro de mi improvisada habitación.

Edmund me desnudó con prisa y yo me encargué de llenar su boca con mi lengua. Hasta que decidí descender por su cuello e hiqué mis colmillos presa de la sed.

Edmund gimió en respuesta y me agarró de las nalgas. Esperaba el momento en el que yo me separara para ser él quien probara mi sangre. Sin embargo, no contó con que con toda mi fuerza lo inmovilizara y succionara de su vena hasta dejarlo seco bajo mi agarre.

Luchó con todas sus fuerzas. Recibí arañazos por su parte, pero no fue capaz de impedir que la debilidad lo poseyera.

—Lo siento, Edmund. Pero yo sí mato a mis víctimas. No me gusta dejar cabos sueltos. Muchas gracias por la comida. —Con un rápido movimiento de mis manos, le partí el cuello y me aseguré de su muerte al introducir la mano en su caja torácica y aplastarle el corazón. Sonreí y me aparté del cuerpo inerte que yacía desmadejado en el camastro.

La pequeña habitación de la posada tenía una ventana. Me asomé y todavía era de noche. No había nadie por la callejuela así que cogí el cuerpo del vampiro muerto, salté y corrí en busca de un lugar en el que esconderlo sin ni siquiera recolocar mis ropas.

Cerca de allí había una fosa común donde se tiraban los cuerpos de aquellos que morían sin tener familia. Lo tiré como si fuera uno más y corrí de vuelta a la posada antes de que el sol venciera un día más a la luna y lo iluminara todo con su peligrosa luz capaz de acabar con mi vida.

Dormí un tanto nerviosa por si caía la manta que había colocado para impedir la entrada de la luz. En cuanto anocheció cogí mi caballo y volví a la mansión. Arestos al enterarse de mi llegada llegó furioso a mi habitación y comenzó con el interrogatorio exhaustivo.

—¿Dónde has pasado la noche?

Se acercó a mí hasta rozarme con su aliento y noté como me olía. No había perdido la costumbre de actuar como un perro cada vez que me escapaba de casa.

—En la posada de George —dije con indiferencia.

—¿A quién te has tirado? Hueles... hueles a vampiro.

Me sorprendí de la precisión de su olfato, pero no me amilané ante el tono de reproche de su voz. Peiné mi pelo con las manos y lo miré fijamente.

—No me he tirado a nadie, pero he chupado la sangre hasta que ha muerto de un vampiro que no mata —sonreí satisfecha.

Arestos frunció el ceño no muy convencido.

—No te preocupes, no me la ha metido, pero sí me ha dado lo que tú no me diste. Así que no me lo tengas en cuenta.

—Te has puesto en peligro de forma inútil. Deberías haberte quedado, apenas quedaban un par de horas para el amanecer.

¡Cómo si a él le preocupara mi integridad física!

—No ha pasado nada y además he conseguido aquello que tú te negaste a darme.

Soltó un gruñido. No estaba contento, pero me importaba un bledo. Continué con mis cosas y al final decidió marcharse. Ni siquiera preguntó si le había sacado algún tipo de información. Los celos lo consumían y muchas veces me preguntaba el por qué.

Como él había repetido hasta la saciedad, no éramos una pareja. Simplemente nos revolcábamos juntos y soportábamos por conveniencia. Él tenía la manía de mantenerme cerca y vigilada, cosa que nunca había llegado a entender, ya que solo me limitaba a mí, el resto tenía libertad para hacer lo que quisieran. Simplemente se les decía que no hicieran una matanza y escondieran sus crímenes.

Su actitud me daba qué pensar la mayoría de las ocasiones. Fantaseaba con que sentía algo por mí, pero ese sentimiento se evaporaba cada vez que discutíamos.

Sí, tras tantos años había llegado a odiarlo, pero a la vez no. Mis sentimientos se enfrentaban continuamente y a veces no sabía cómo sobrellevarlo.

El día llegó de la nada. Me había pasado la noche metida en la mansión, paseaba de un lado a otro a esperas de encontrar algo con lo que entretenerme. Pero el amanecer estaba ahí y lo mejor que podía hacer era descansar.

Fue una de esas noches que me mantuvieron inquieta. Los sueños empañaron cualquier otro pensamiento y me sumieron en la desdicha.

Esa vez era una pesadilla.

No lograba entender a las personas que conversaban, pero sí era capaz de sentir la agonía. Conforme pasaban los años aparecían más escenas. Los gritos eran el único sonido, parecían de una mujer, pero se distorsionaba con algo todavía más macabro.

La escena me aterraba. Mi corazón se encogía como si todo aquello que no lograba entender me perteneciera.

Sufría.

Me desperté mucho antes del anochecer y seque las lágrimas que recorrían mi rostro de forma traicionera.

Yo nunca lloraba. Solo lo hacía cuando esa amalgama de sentimientos atravesaba mi pecho durante ese estado de semiinconsciencia.

Una vez más, no había logrado sacar nada en claro del sueño.

Lograba descifrar a dos hombres y una mujer, pero luego todo se emborronaba y lo único que escuchaba eran gritos. Ni siquiera era capaz de localizar la escena. Sin embargo, tan solo eran sueños. No debería darle tanta importancia si no fuera porque un fuerte dolor de cabeza me acompañaba desde mi despertar.

Bajé hasta la cocina principal de la mansión. Dos esclavos humanos preparaban comida para la horda de vampiros y demonios que allí nos rezagábamos. No hablaban con nosotros, apenas

pestañeaban y nos temían. Había habido pérdidas por muchos que no habían conseguido controlarse al olor de su sangre. A mí me costaba mucho resistirme.

Cogí una botella de vino y me fui al gran salón. Me tumbé en el diván y comencé a beber directamente de la botella. Al no haber anochecido, el salón estaba desierto. En la mansión vivían unas cien personas que se repartían en grupos en las más de cuarenta habitaciones y en otros hogares construidos en los alrededores de las tierras. Los únicos que no compartíamos alcoba con nadie éramos Arestos y yo.

—Qué pronto te has levantado hoy —habló Arestos y miró la botella vacía de vino.

—He tenido una pesadilla.

Le hice un lado en el diván y se tumbó conmigo mientras acariciaba mi cabello con suavidad.

—Has vuelto a ver a esa pareja —afirmó. Conocía demasiado bien mis muecas y la de ese día era de tristeza.

—Y a un tercero. Creo haber visto una pelea, pero los gritos agónicos, el dolor y la pena nunca me permiten descifrar nada más —expliqué—. ¿Por qué crees que los tengo?

—No lo sé, querida. Pero pueden estar diciéndote algo —sopesó con un halo de misterio.

—¿Qué me estoy volviendo loca?

—No creo que nunca hayas estado muy bien. Sí que estás loca, pero no por tus sueños. Forma parte de ti.

—Gracias por ser tan observador —ironicé y él sonrió—. Pero aun así no entiendo porqué me azotan estos fuertes dolores de cabeza. Solo se calman cuando bebo.

—Y cuando bebes acabas por descontrolarte —finalizó él.

No podía negarlo, la mayor parte del tiempo así era.

Nos quedamos unos minutos en silencio. Me relajaban sus caricias y cerré los ojos durante unos instantes que resultaron haber sido una hora. Me había quedado completamente dormida. Al despertar, Arestos continuaba a mi lado en la misma posición.

—Hace mucho que no salimos juntos de caza. ¿Te apetece una buena cena?

Me giré para buscar en su mirada algo que dijera que bromeaba. Hacía siglos que no íbamos juntos a por unas cuantas víctimas con las que alimentarnos. En el fondo lo echaba de menos.

—Sería todo un placer, como en los viejos tiempos —sonreí.

Arestos me dijo que me preparara, así que fui a mis aposentos a por mis dagas, que até en un cinturón sobre los pantalones que utilizaba para las luchas, y me reuní con él en la puerta de la mansión.

Salimos juntos y nos adentramos en la espesura de los bosques que rodeaban nuestro hogar. A pie teníamos más de media hora caminando hasta el centro de la ciudad, sin embargo, muchas veces,

había gente que se adentraba en aquellos lares y esos iban a ser exactamente nuestras víctimas.

Escuchamos ruido a unos metros de allí. Una pareja de campesinos paseaba de la mano. Se les veía felices.

—Creo que ellos serán una buena cena —murmuró Arestos lanzándome una sonrisa.

—¿Quién empieza? —pregunté ansiosa por lanzarme a la sangre.

—Te doy a ti ese placer. Me gustaría ver tu lado más sádico.

Sonreí satisfecha por su respuesta y me adelanté hasta la posición de la pareja. Ninguno se percató de mi presencia, estaban acaramelados. Probablemente disfrutaban de su amor a escondidas de los ojos de los cristianos más estrictos que quizá no verían con buen ojo su relación.

Cuando se besaban, aparté a la mujer con un golpe de telequinesia y la tiré en brazos de Arestos, que la inmovilizó. El hombre todavía no había reaccionado a lo ocurrido.

—Buenas noches, buen hombre. Sería tan amable de ayudar a esta pobre damisela —dramaticé con una sonrisa en la que mostraba mis colmillos.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó con el terror grabado a fuego en sus ojos.

Miraba de hito en hito adónde había ido a parar su amante apresada por los fuertes brazos de Arestos.

—Solo quiero un poco de su atención.

Utilicé todo mi poder de atracción y me acerqué a él con una seducción que lo doblegó. Sus ojos no me perdían de vista, el terror había dado paso a la excitación. Miraba mi cuerpo con lascivia y aproveché para agarrarlo por su entrepierna y acariciarle la zona.

—¿Quieres que atienda esta parte? —susurré en su oído. El hombre asintió—. De acuerdo, veamos qué puedo hacer.

Me puse de rodillas sin dejar ni un solo momento de mirarlo a los ojos. El hombre respiraba de forma errática y tragaba saliva más veces de las que necesitaba. Bajé sus pantalones con extrema lentitud y ante mi cara se mostraba su erecto miembro. Lo acaricié con suavidad.

—¡Maldita zorra! —chillaba su amante. Me giré un segundo y presencié como Arestos le tapaba la boca para que callara. Su mirada me instaba a continuar.

—¿Tu amante te hace estas cosas? —El hombre negó. Cogió aire y lo expulsó con fuerza. Estaba duro—. ¿Y esto?

Cambié de inmediato mi mirada seductora por una llena de maldad y saqué del cinto que rodeaba mis caderas una de mis dagas. El hombre la miró con preocupación. En ese instante hubiera tenido la opción de huir, pero el masaje que le hacía mi mano era tan placentero para él que la parte racional de su cerebro estaba desconectada. Así que sin pensarlo dos veces, cogí la daga y le corté su miembro.

Al instante comenzó a gritar. Tiré a un lado su desgarrada verga y me acerqué a él con extrema lentitud para observar con atención como el líquido rojizo se deslizaba entre sus piernas. El olor de su sangre me transformaba, las ganas de succionar crecían por momentos.

En su intento de huida tropezó con la raíz de un árbol y cayó al suelo. Sus gritos debían oírse por todo el bosque. Intentaba parar la hemorragia con sus manos pero estaba perdido. Cuando lo alcancé le pisé el escroto.

—Dios no ve con buenos ojos lo que ibas a hacer, solo te voy a librar de una larga penitencia en el infierno. —Me agaché hasta que mis rodillas tocaron el suelo y esperé su respuesta.

—Eres un monstruo —dijo entre quejidos de dolor.

—Los humanos sois muy poco originales. Es cierto, lo soy, pero hay cosas peores en la vida, ¿verdad? En este instante lo único que conseguirá liberarte es la muerte. Un hombre sin polla deja de serlo y se convierte en objeto de burla para el resto —me regocijé. El humano intentó resistirse y le hice un corte con la daga—. No te resistas, será mucho peor.

Contenta con sus gritos continué infligiéndole heridas. Me satisfacía hacerle sangrar, me encantaba sentir su sufrimiento. Despertaba un lado tan oscuro que era imposible de parar. Hacer sufrir a mis víctimas me daba la vida, no me arrepentía.

Cuando temí que el hombre acabara desangrado y me dejara sin cena, me lancé a su yugular y succioné lo que le quedaba de sangre.

Estaba deliciosa.

Mis ropajes habían quedado manchados como muestra de mi atrocidad. Me giré con los labios ensangrentados en dirección a Arestos y sonreí.

—Ahora te toca a ti —lo animé.

Él fue más rápido. Mi espectáculo le provocó hambre y se lanzó directamente a la yugular de la mujer. La tiró al suelo junto a su amado y se acercó a mí con los labios ensangrentados.

Nos besamos. La sangre de nuestras víctimas se entremezclaba en nuestras bocas y aquello me provocó un gemido de placer.

—Has estado sublime —me alabó.

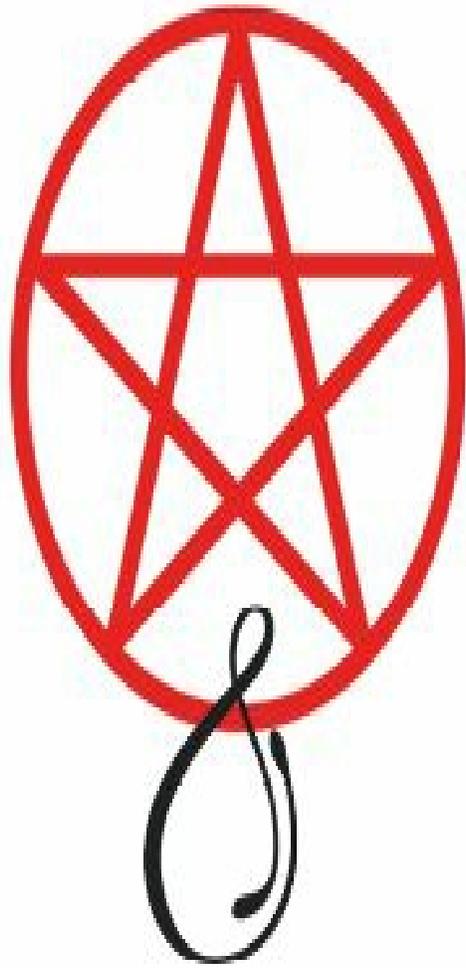
—Tuve al mejor mentor.

—Te enseñé demasiado bien. Espero que con nuestros enemigos utilices tus dotes de torturadora. No sabes cuánto me excita. —Lamió el lóbulo de mi oreja y dio un pequeño mordisco en mi cuello.

—Las utilizo siempre, no te preocupes.

Tenía las armas que quería para manipular a la gente cuando quisiera. Incluso a veces creía ser capaz de manipular a Arestos. Sin embargo era un sueño efímero. Con el paso de los siglos cada vez lo tenía más claro.

Él me controlaba a mí, y si no salía de su embrujo, jamás podría escapar de sus garras.



L

La peste asolaba las calles de París y la gente caía muerta en medio del suelo con los cuerpos ennegrecidos y podridos por la descomposición. Arestos pretendía mantenerme encerrada en nuestro escondite para tenerme controlada de forma constante mientras él se encargaba de los negocios antes de volver a nuestro hogar en Inglaterra. Apenas hacía un par de meses que habíamos llegado a una zona inundada por la muerte. No comprendía cómo podía encontrar en aquello un negocio. Sin embargo, estaba hambrienta y necesitaba respirar el aire putrefacto que viciaba las calles para no enloquecer un poco más.<

La noche oscura se cernía sobre mí. Tras una larga discusión con Arestos, en la que ambos acabamos agrediéndonos una vez más, me escapé de los confines de nuestro hogar provisional cabreada con todo.

Sus intentos por controlarme cada vez eran más intensos y me sacaba de mis casillas. Él fue quién me hizo tal y como soy, él desechó de mi cuerpo toda la humanidad que una vez pude tener. No entendía por qué se empeñaba en hacerme parecer civilizada, cuando por su puñetera culpa no lo era. No entendía por qué pretendía cambiarme, o por qué quería tenerme constantemente controlada. Siempre sentía que había algo que mi mente no lograba captar. No era todo lo sincero que debía ser.

Desconocía muchas de sus intenciones, y a pesar de ser su segunda al mando en toda la guerrilla que había montado durante siglos, la información primordial nunca llegaba a mis oídos y me apartaba cuando le daba la gana.

Corrí como alma que lleva el diablo y cogí entre mis manos la vaporosa falda de algodón de mi vestido con acabados en oro y brillantes. Mis ropajes eran de los más caros de la época, importados desde Egipto, el lugar con las telas de mayor calidad y mejores diseños.

La lluvia cubría los suelos de barro junto a la mierda que los cuerpos en pleno proceso de descomposición dejaban a su paso. Los humanos no se atrevían a salir de sus casas, muchos contagiados con la Peste Negra, y muchos otros, temerosos de contraerla.

¡Pobres infelices!

La furia hervía en mi interior con insistencia y necesitaba sacarla por alguna parte. Durante mi caminata encontré una Taberna con las luces encendidas y ruido en su interior, y no lo pensé, entré en busca del entretenimiento que necesitaba para paliar mi ansiedad y desechar de mi mente las ganas que tenía de huir de esa casa y de Arestos. Era algo que no cambiaba con los años, adoraba refugiarme en aquellos locales de mala muerte llenos de lo peor de la sociedad. Eran los únicos en los que podía relacionarme y encontrar algo de diversión sin tener que rendir cuentas a mi odiado creador.

Una veintena de humanos se divertían ajenos a mi estado irascible. Era incapaz de esconder los colmillos, pero sus borracheras les impedían fijarse en semejante anomalía. Las copas vacías eran su única preocupación.

—Eh, preciosa. ¡Ven aquí a hacerme compañía! —me gritó un hombre ebrio que tiró lo poco que quedaba de su copa al sucio suelo de madera.

—Solo si me invitas a una copa —le sonreí con coquetería.

El hombre aceptó sin pensarlo. Tras años de práctica, mi don para atraer a los hombres era infalible. Solo con un movimiento y una sonrisa quedaban embrujados por mi encanto y caían en mis redes sin pensarlo un solo segundo.

Aunque mi único objetivo era saciar mi sed, no descartaba el gozar de un poco de diversión. Arestos era un aburrido y apenas me dejaba salir de casa, solo me buscaba para que le calentara la cama, haciéndome a veces sentir como una verdadera ramera.

Ansiaba mucho más de lo que tenía. Mi punto de locura me pedía de vez en cuando diversión desenfrenada. Tenía todo lo que un humano necesitaba para vivir, pero desde tiempos remotos, siempre me faltó algo. En mi pecho, oculto bajo toda la maldad que me caracterizaba entonces, había un hueco que nadie era capaz de llenar. Sacar mi lado malo era la única forma que tenía de soportar ese vacío. Hacer maldades me daba la vida, me divertía y aunque estuviera mal, lo disfrutaba como una niña pequeña a la que le dan su primer juguete. Las broncas llegaban cuando aparecía por nuestro refugio y Arestos desquitaba sus frustraciones conmigo, algo que hacíamos de forma recíproca.

El resto de vampiros con los que convivía eran prescindibles en mi vida, meros bultos que no aportaban nada, solo molestias. Además de matar humanos, a veces también acababa con alguno de los nuestros que se metía demasiado en mi vida.

—Tus ropajes son muy caros, damisela. ¿Qué te trae por este tugurio? —preguntó el hombre sacándome de mis oscuros pensamientos. Al principio me costó un poco entenderlo, ya que su vocalización comenzaba a titubear debido al exceso de alcohol y el francés no era un idioma que dominara con maestría en esos tiempos.

No era atractivo. Olía a vertedero y su pelo brillaba por su ausencia. Los dientes estaban ennegrecidos, como los de un pirata que pasa la vida en la mar sin más higiene que la que le proporcionaba el agua salada, pero al menos, me invitó a varias copas que durante unos segundos apagaron mi necesidad.

El alcohol existía desde tiempos remotos y yo lo utilizaba de forma descontrolada para controlarme, pero a veces el resultado era el contrario. Cuando los dolores de cabeza, las voces y los sueños se introducían en mi mente para atormentarme, era la única vía de escape que conocía para no volverme loca, a pesar de que nunca he estado muy cuerda.

El ruido de la taberna ahogaba las palabras de mi acompañante. Me pasé la media hora que estuve bebiendo con él sin prestarle atención. Mi mente había dejado de funcionar, cuando, al fondo de la taberna comenzó una pelea. Una joven le partió en la cabeza una jarra de cerveza a un borracho al que le abrió una fea brecha en la cabeza.

Esa fue mi perdición...

En cuanto el olor de la sangre llegó hasta mis fosas nasales, mi monstruo particular me poseyó sin darme opción a echarlo antes de montar el espectáculo, además, no quería hacerlo. Justo se presentaba ante mí la oportunidad de llevar a cabo aquello que había ido a buscar y tenía como

excusa que la sangre despertaba mi instinto.

Me levanté de mi sitio dejando al hombre hablar solo y me acerqué hacia el lugar de la trifulca con paso decidido. La gente del lugar dejó de mirar la pelea para centrarse en mí.

Supongo que debía horrorizarlos mi imagen porque los gritos no se hicieron esperar y alguno tuvo la inteligencia suficiente para huir, al resto, no les dejé. Bloqueé la puerta posicionándome en frente y sonreí a toda aquella gente que me miraba aterrada. Sabía que mis ojos habían dejado de ser azules para convertirse en el mismo rojo de la sangre que estaba a punto de beber. Los colmillos estaban extendidos en su máxima longitud, peligrosos y exhibiéndose ante los humanos.

Hombres y mujeres por igual temblaban de miedo haciendo que sus venas palpitaran con fuerza y el olor de su deliciosa sangre me fuera cada vez más tentador.

—¡Es un vampiro! —gritó con fuerza el tabernero tras su barra.

Quizá pensaba que se salvaría con la protección de la madera. Pobre infeliz...

Sonreí una vez más y mostré mis colmillos.

Por el mundo de los humanos llevaba siglos corriendo el rumor de que existíamos. Y no se equivocaban. Éramos peligrosos y nadie estaba a salvo de caer en nuestras manos, a pesar de que un grupo cada vez más numeroso se dedicaba a destruirnos aun siendo de nuestra misma raza.

Uno de los humanos, el único valiente con el que me encontré aquella noche, tuvo la osadía de sacar un arma de fuego y dispararme en el pecho en un vano intento de frenar mi osadía.

¡Bendito invento esas armas! Las adoraba, coleccionaba unas cuantas en mi alcoba, pero no tanto cuando las utilizaban contra mí. Hacía tan solo un par de años que habían llegado a Europa y tan solo unos cuantos privilegiados las tenían en su poder. Sobre todo soldados y gente rica.

—Has fallado, el corazón está al otro lado —murmuré con la oscuridad oculta en el tono de mi voz y saqué con los dedos la bala que hacía que mi pecho ardiera.

—¡Es una abominación!

—Prendedle fuego.

—¡Dios nos salve! —comenzaron a gritar los humanos haciéndome reír.

¿Podían ser más patéticos?

Si algo había aprendido durante el paso de los siglos era que los humanos eran idiotas.

Había más de veinte personas allí aposentadas en la taberna y solo una tuvo la capacidad mental de dispararme, el resto ni se inmutó, solo me miraban, observaban temerosos y esperaban con cautela el momento en que me lanzara a por ellos. Sabían que su fin estaba cerca, pero ninguno ponía medios por delante para impedírmelo.

Entre todos podrían incluso haberme dejado muy malherida, pero el miedo los paralizaba.

Qué curioso era el miedo...

Me lancé a por el primero que se puso a mi alcance y apenas tuve tiempo de saborear su sangre. La ansiedad se apoderó de mí y succioné su vena con premura, sin pararme siquiera a disfrutar de su sabor. Pensaba pegarme un buen festín y lo que menos quería era interrupciones, las cuales no tardaron en llegar.

De nuevo el guerrillero armado me disparó. Aunque sus balas no me matarían, debía reconocer que dolían y eso solo hacía que acrecentar mi furia.

Tiré el primer cuerpo inerte al suelo y lo encaré, su arma volvía a apuntarme, directa a la cabeza.

—Tus intentos por pararme son en vano, caballero. Eres un chico muy malo. —Lo señalé con diversión oscura—. ¡No puedes pararme! ¡Nadie puede! —grité enloquecida. Cuando el monstruo salía, era una verdadera sádica psicótica, justo el lado que Arestos tanto odiaba de mí y que cada vez sacaba con más asiduidad.

Con ayuda de mi don de la telequinesia, manipulé su arma para que lo apuntara directamente a la cabeza y accioné el gatillo antes de darle tiempo a reaccionar.

Los humanos volvieron a gritar horrorizados.

Estaba cansada de presenciar ese espectáculo. El único al que se le podía llamar valiente había quedado reducido a un montón de sangre y sesos esparcidos que habían ido a parar a las caras y faldas de los borrachos y ramerías del lugar.

Solté una carcajada satisfecha sin perder de vista mi obra de arte y me preparé para un nuevo ataque. Mi rostro se contrajo por la necesidad, mis pasos lentos y comedidos, me llevaban directos hasta mi próxima víctima. Era una pantera en busca de su presa en medio de una muchedumbre que podría atacar.

Algunos reaccionaron intentando pararme y salieron mal parados en el intento.

El tabernero salió de la barra armado con un cuchillo que clavó en mi costado mientras absorbía la sangre de una mujer, y me giré para coger su mano y retorcerla hasta que el sonido del hueso al romperse llegó a mis oídos. Su gruñido de dolor me hizo sonreír de nuevo. No podía parar de hacerlo. El sufrimiento de los demás me complacía de una manera que aún en el presente no soy capaz de explicar.

Amenazada por todos los que me rodeaban, eché la cabeza del tabernero hacia atrás y con todas las ganas que me poseían lo mordí en la yugular. Lo desangré en cuestión de segundos y lo tiré junto al resto de cuerpos que ya se amontonaba en el suelo.

Hacía siglos que no obraba de aquella forma. Me recordó a mi primera matanza en Tebas, demasiado parecida a esta y a la vez tan diferente, ya que yo había cambiado.

Había pasado demasiado tiempo desde entonces, pero no había sido la peor de mis fechorías. Tenía un extenso repertorio a pesar de repetir algunas acciones. Era lógico que ocurriera cuando frecuentar tabernas era uno de mis pasatiempos.

No quedó ninguno. Una vez más, había caído en el descontrol que mi dependencia por la sangre

me provocaba y sin sentir ni el más mínimo remordimiento.

Aquella gente inocente había muerto en mis manos. No pensaba ni en si tenían familia, o hijos, era plenamente egoísta y había acabado con sus vidas en una noche oscura y tétrica que ellos utilizaban para divertirse en los tiempos que corrían, con la intención de creer que ellos no correrían la misma suerte de aquellos que morían por la peste.

Salí ensangrentada de la taberna, sonriente y saciada. Sabía que debía limpiar el desastre ocasionado, pero una vez más, era mi forma de burlarme de las órdenes de Arestos de quedarme en casa como una niña buena.

¡Qué le dieran! Estaba aburrida, asqueada de sentirme vilipendiada por él.

Quería demostrar que no me mangoneaba, que no tenía el control de mi vida y que yo misma hacía y deshacía a mi antojo.

Mi absoluta felicidad fue efímera. Al caminar unos metros en dirección a mi escondite, Arestos ya me esperaba a las puertas, como siempre secundado por dos vampiros más, para sentirse el rey del lugar.

—Joder —gruñí por lo bajo al verlo.

—Olympia... —murmuró con voz sombría.

Esa era la prueba que necesitaba para saber que conocía a la perfección lo que acababa de hacer. Además, mi vestido ensangrentado y rasgado por algunas zonas, le daba una pista de lo más certera.

—¿Qué? —lo desafié mirándolo con inquina.

Con paso lento se acercó hasta mí y me cogió con furia del brazo para arrinconarme contra una dura pared de piedra. Sus manos me apresaban impidiéndome cualquier movimiento para partirle la cara.

—Me has desobedecido. Una vez más. —Su oscura voz conseguía ponerme los pelos de punta. Si yo tenía un carácter fuerte, él a veces me superaba con su mal humor. Podía ser terrorífico cuando quería y su cara conseguía darme pavor. Sin embargo, ya estaba acostumbrada a sus broncas y riñas como si fuera una niña pequeña malcriada.

En el fondo así era. Una malcriada descontrolada que nadie tenía el poder de domar. Orgullosa, letal, malvada... Una asesina sin escrúpulos que llevaba dos mil años haciendo daño a todo el que se le ponía por delante.

—Tenía hambre —contesté sin más. Dio un fuerte golpe en la pared arrancando varias piedras de ella y gruñó como un auténtico demonio. Sus manos se aferraron a mi cuello y comenzó a hacer presión.

Me ahogaba y castigaba por hacer algo que se suponía que un vampiro hacía; matar para alimentarse. Con la única diferencia que todos mis crímenes contenían cierto toque dramático.

El aire dejó de entrar en los pulmones y mi vista comenzó a nublarse amenazando con dejarme al

borde de la inconsciencia. Y con las pocas fuerzas que me quedaban, levanté una pierna y le di una patada en todo el centro de su virilidad. Arestos me soltó de inmediato y me dio el tiempo necesario para recuperar la respiración, aunque esta tardó un rato en normalizarse.

—¡Maldita zorra! —me insultó. Una vez más comenzaba nuestro ataque.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa? —contesté y le grité furiosa.

Ya recuperada del todo me lancé a atacarlo. Le di un fuerte puñetazo en la cara y él me lo devolvió en forma de patada en el estómago. Introdujo los dedos en la herida de bala de mi pecho y grité de dolor. El muy cabrón me torturaba por lo que acababa de hacer. Su castigo no tenía fin y oírme gritar lo satisfacía de una forma que no lograba comprender.

En momentos así me hacía pensar que yo para él era una mierda, un lastre en su eterna vida. Todos los sentimientos que creía tener por él desaparecían dejando tan solo el camino de la rabia, la ira y las ganas de matarlo una vez más.

Pero nunca funcionaba. Por mucho que intentaba utilizar con él mi don más temible, no lo conseguía. Era incapaz de destruir sus barreras, de desconectar su cerebro y matarlo para que mi existencia fuera distinta. En el fondo, sentía un cariño especial por ese vampiro.

—No puedes matarme, Olympia. Tus intentos son en vano y lo sabes a la perfección —amenazó con voz oscura y me empujó de nuevo. La piedra de la pared se clavó en mi espalda y noté como la sangre resbalaba de una nueva herida.

—Te aseguro, Arestos, que algún día seré yo la que ponga fin a tu vida y no podrás impedírmelo —gruñí furiosa y conseguí que él se cabreara todavía más y otro puñetazo me alcanzara en la cara.

Se lo devolví cansada de sufrir su humillación. Nuestras peleas activaban la adrenalina, recorría mi cuerpo sin descanso y despertaba toda la oscuridad que intentaba retener para mantenerme serena.

Lo golpeé, le partí el labio e incluso lo apuñalé con la daga que llevaba atada al cinturón, pero tras media hora en ese estado, una vez más, me venció... y me dejó inconsciente.

Desperté en un lugar oscuro. Sabía que eran las mazmorras de nuestro refugio en París. No era la primera vez que Arestos me hacía algo así. Como castigo, me tenía amarrada con cadenas para impedir mi escape, incomunicada. En aquellos tiempos ya había demasiadas armas capaces de retenerme con más éxito. Cadenas más fuertes, utensilios de tortura de acero. El mundo avanzaba, no como yo, que continuaba cometiendo una y otra vez los mismos errores que me llevaban justo a ese punto.

¿Cuánto tiempo llevaba allí?

No era capaz de recordarlo.

La puerta del fondo se abrió dando paso a Arestos. Su rostro serio me hizo saber que seguía enfadado conmigo. Estaba acostumbrada, utilizaba mi larga existencia para molestarlo y cabrearlo. Después de dosmil quinientos años, no tenía nada mejor que hacer. La eternidad era aburrida, y

aunque podría decirse que estaba loca, en realidad me gustaban las peleas, los castigos y sobre todo, las reconciliaciones.

—¿Ya estás más calmada?

—No. Estoy muy cabreada contigo —contesté sin amilanarme.

—Sabes que odio castigarte de esta forma, pero no puedes desobedecerme cada vez que te apetezca. Los rumores sobre nosotros crecen en la sociedad y las cazas de brujas están a la orden del día. Lo hago por tu bien. Eres mi mejor guerrera, mi bien máspreciado y perderte sería algo que no lograría superar jamás.

Intentaba encontrar algo en su promesa que me indicara que mentía, pero su poder de convicción era tal, que siempre que soltaba ese tipo de palabras le creía e incluso conseguía que mi rostro mostrara algo de arrepentimiento, aunque este no durara.

—Aprecio que quieras mantenerme a salvo, pero sabes que soy una gran guerrera y que puedo con todo. Odio que me mantengas apartada. La eternidad no está hecha para que parezca una cárcel, quiero disfrutar, vivir...

—Te entiendo, cariño. —Acarició mi rostro con dulzura y dejó un suave beso en mis labios—. Pero debes entenderme también a mí. Vamos a tener que marcharnos por tu culpa y todavía no he terminado mis negocios. Ahora todo quedará en manos del humano que se deje obligar. París se ha despertado con el miedo grabado en sus habitantes y buscan al culpable de los asesinatos. Fuiste descuidada. Tenías la oportunidad de haber matado a esa gente y hacer ver que habían muerto por la peste.

—Tenía hambre y me aburría —contesté como si esa fuera la mejor excusa de todas las que podría haber utilizado.

Estaba consiguiendo hasta que me sintiera mal por mis actos. Una vez más...

Los impulsos me poseían sin descanso y no medía las consecuencias. Arestos tenía razón con que había tenido tiempo suficiente para aprender a controlarme, y realmente no lo había hecho porque no quería. No obstante, él también debía reconocer que fue el principal instigador de mi sed de sangre, quien la creó y moldeó a su antojo hasta que no fue capaz de controlarla.

—Eso no es excusa, y lo sabes. Pero voy a perdonártelo una vez más. —Soltó los amarres que me detenían y me agarró ante mi total grado de inestabilidad. Tras tantas horas sin poder moverme, las piernas me fallaban un poco.

Volvió a besarme, esa vez con dulzura y acarició el pómulo donde la noche anterior me dio un fuerte puñetazo que aún dolía. Seguía enfadada con él. Nuestra relación era de lo más ponzoñosa. En el fondo no nos soportábamos, pero la eternidad era demasiado larga como para pasarla a solas. Me agarró por las caderas acercándome por completo a su cuerpo y su miembro cubierto por la fina tela de su pantalón de algodón rozó mi sexo.

Podía parecer una locura que tuviera ganas de arrebatarme toda la ropa en aquellos instantes, pero

tras atiborrarme de sangre la noche anterior con todos aquellos humanos, tenía los sentimientos a flor de piel y necesitaba desahogarme de una forma más placentera y carnal.

Me subí a horcajadas sobre él y con paso firme me guió hasta la salida de las mazmorras. Sus aposentos principales estaban a unos metros y pasamos junto a varios de los nuestros que nos observaron con respeto. Allí todos compartíamos espacio. El único lugar prohibido era la alcoba de Arestos.

Me tumbó en su gran cama y me desnudó de inmediato y la ropa cayó con un seco golpe a un lado.

—Esto se nos va de las manos —me dijo y chasqueó los labios.

—¿Por qué? —pregunté mientras le arrancaba los ropajes de su cuerpo. Retiré sus calzas para dejar su miembro a mi alcance.

Puede que para él terminar en la cama fuera un error que nos fastidiara a ambos, pero seguía respondiendo a mi cuerpo como el primer día.

—Debería haberte matado hace demasiado. Solo haces que traerme problemas —gruñó y gimió a partes iguales. Lo distraje con mi boca al jugar con su miembro.

—¿Y por qué no los has hecho? —Lamí con fiereza su zona y lo agarré de las nalgas. Cualquier cosa que quisiera decir sobre mi forma de ser, no sería todo lo implacable que querría. Aquella distracción me funcionaba a la perfección para mantenerlo a raya.

Era consciente de que él era experto en manipularme, pero con el paso de los años había aprendido a hacerlo con él. Mis encantos eran la mejor forma de parar sus verdaderas intenciones, como matarme. Pero también había aprendido que era incapaz de hacerlo. Había tenido muchísimas ocasiones en dos mil quinientos años, si aún no lo había hecho, jamás lo haría. Ese era mi único seguro de vida, lo suficiente para continuar con mis ganas de hacer lo que me diera la gana. Encontraba demasiado excitante la tarea de desafiarlo de forma continua. Los ratos de paz eran apenas existentes, me gustaba más la guerra, sobre todo cuando terminaba de la forma en la que estábamos en aquellos instantes, en el camastro y retozando como animales.

Mi lengua continuaba de forma implacable sobre su miembro. Lo saqué de mi boca tras relamerlo una y otra vez y él aprovechó para alzarme en volandas y llevarme hasta una de las paredes. Se metió en mi interior de una fuerte estocada y arañó mis nalgas con pasión.

—No creas que vencerás siempre, querida. Algún día yo seré el ganador.

Me besó con furia y mordió mi labio con fuerza. El sabor de mi propia sangre inundó nuestras bocas. Los gemidos salían descontrolados, arrancaba gritos de mi garganta con cada fuerte investida que hacía que mi espalda chocara contra la pared. Clavé mis uñas en sus hombros y me deleité del sonido de sus gruñidos de dolor.

Arestos no tenía compasión conmigo, tanto en su día a día, como en el sexo, era una persona agresiva. Acabábamos llenos de heridas y a ninguno nos importaba. El olor de la sangre se mezclaba con el del sexo y el sudor. Nuestra piel brillaba por el esfuerzo y la sed comenzaba a nacer en mí

como culmen para el clímax.

Acababa de salir de la celda en la que me había retenido y el hambre me azotaba a pesar de haber acabado con una decena de personas. El sexo controlaba aquellas ansias, pero junto al gran orgasmo que llegó con sus implacables investidas, mis colmillos se alargaron para hundirse en su yugular. Succioné entre gemidos mientras él continuaba su rudo baile. El sabor y poder que me proporcionaba activaba todo mi cuerpo. Placer, dolor, todo reunido en un solo momento que me llevaba al más absoluto éxtasis. Sus manos se afianzaron en mi trasero y con un gruñido se corrió en mi interior, para después, alejar mis labios de su yugular y ser él quien se alimentara de lo que todavía me quedara de sangre.

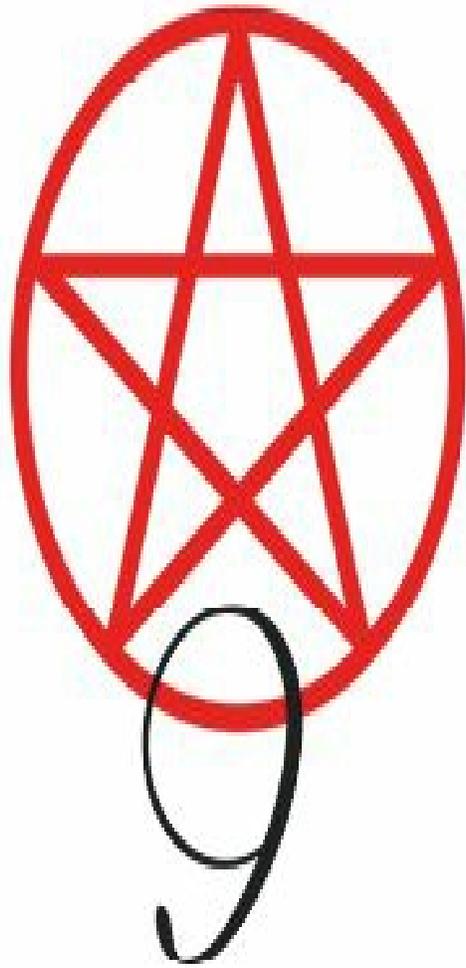
—Recoge todas tus cosas, debemos marcharnos de París antes de que vengan a por nosotros.

Y con aquellas palabras se marchó de la alcoba.

Ni una caricia.

Ni una palabra alentadora.

Solo desdén.



E

El tiempo pasaba y al final lo que se suponía que serían unos días después de mi terrible descuido en la taberna, se convirtió en una estancia de décadas en París.

Estaba enclaustrada a diario, Arestos no me dejaba salir y eso que me había controlado más de lo normal. Desde lo ocurrido tantos años atrás en aquella desgraciada taberna, mis salidas nocturnas se habían reducido prácticamente a la nada, y ello conllevaba, que mis fechorías ocurrieran en mi hogar.

Arestos me había reprendido por cargarme a todos los criados de la casa y echar los cuerpos a la calle para que el resto de la ciudad de París los viera y pensaran que también habían muerto presas de la peste que cada vez se cobraba menos víctimas. Tenía hambre, no lo podía evitar. Mi acuciante necesidad por la sangre me volvía una adicta y no me privaba de tal placer de ninguna de las maneras.

Él me golpeó con todas sus fuerzas, me rompió un brazo y también fui agredida por otro de los vampiros que lo secundaban para frenar mi locura. La rabia era lo único que conocía. No había ni compasión, ni decencia. Solo un profundo odio dirigido a la persona que me había dado aquella vida.

Con una mirada penetrante fija directamente en el vampiro que ayudaba a Arestos, me inmiscuí en su cerebro, cortando así el riego sanguíneo que lo mató al instante de un fallo cerebral.

Utilizar ese poder me dejaba muy débil, pero todavía podía con otro más y tenía muy claro con quién iba a utilizarlo.

Ya estaba agotada de aquellas peleas y el odio hacía él iba en aumento.

Arestos gruñó con rabia al observar cómo había matado al vampiro. Sabía a la perfección que yo intentaba hacer lo mismo con él. Puse todo mi empeño, pero una vez más, fue inútil.

—Conmigo no lo tienes tan fácil —dijo con sorna—. No soy tan débil, ni tú eres tan fuerte para matarme.

Mi respiración era errática, los esfuerzos no valían nada más que para debilitarme y darle la opción a él de pararme los pies. No podía matar a Arestos con mi letal don y me había quedado sin fuerzas suficientes como para dejarlo inconsciente en el suelo.

—Algún día seré lo suficientemente fuerte para matarte. Acuérdate de mis palabras, Arestos.

Escuché su risa. Le divertía que tuviera el valor para decirle aquello. Estaba muy seguro de que jamás sería lo suficientemente fuerte para acabar con él. Su confianza no me amedrentaba.

—Cuando llegue ese día, será porque el fin del mundo se acerca —comentó.

No sabía si sería el fin del mundo. Pero sí su final.

Cada día lo odiaba más. Sus días buenos le hacían parecer un ángel, pero abundaban más los malos, aquellos en los que me trataba como una verdadera mierda.

En el fondo no sabía por qué seguíamos soportándonos. Eran demasiados siglos juntos. La eternidad comenzaba a hacerse más larga a su lado. Con sus desplantes solo conseguía apartarme

más de él. Me volvían loca sus constantes cambios de humor.

Tampoco era tan terrible lo que había hecho, solo había matado a seis humanos presa de la ansiedad y tirado en medio de las calles de París que todavía se consumían por culpa de la enfermedad. Vivir con humanos cada vez me resultaba más complicado, estaba en una época en la que apenas me controlaba. Mi cabeza dolía más a cada instante y no había nada que me apaciguara. ¿Por qué no era capaz de comprenderme?

Los sueños aumentaban. Las visiones seguían sin ser nítidas, pero me afectaban en mi personalidad terca y obstinada y empeoraba mi estado de ansiedad por la sangre hasta el punto de no conseguir estar durante más de diez minutos con el mismo humor. Vivía por y para el líquido que me daba fuerzas y no encontraba una fórmula que funcionara para pararme. Ni siquiera el alcohol.

—No seas tan engreído. No eres un Dios —contraataqué. Me cogía por el pelo con rabia.

—No lo soy, pero sí más fuerte que tú. —Me dio una patada en el estómago como muestra de su poder y gemí de dolor—. Ya basta de réplicas. Vuelve a la mansión y no quiero que salgas.

Me eché a reír.

—Eso es lo que a ti te gustaría —dije desde el suelo—. Pero te diré una cosa. Jamás tendrás el control completo sobre mí. Soy libre de hacer lo que quiera.

—Entonces lárgate.

Mi rostro cambió al instante y Arestos sonrió satisfecho.

—Lo sabía. Por mucho que peleemos, nunca te marcharas de mi lado. —Me soltó del pelo e hizo que lo mirara a los ojos alzando mi mentón—. Me necesitas, Olympia, de la misma forma que yo te necesito a ti. Los dos somos uno y aunque nos metamos palizas siempre nos arreglaremos.

—Llegará un punto en que me canse —le dije no muy convencida.

Al fin y al cabo llevaba con esa vida demasiado tiempo. Estaba acostumbrada a todo, a las peleas, a luchas contra nuestros enemigos, al sexo... El miedo al cambio y a la soledad pesaba ante todo lo demás y Arestos lo utilizaba para mantenerme con él.

Me alejé de él y entré furiosa a la mansión. Mi brazo roto colgaba a un lado. Fui a mi habitación y bajo mi ilustre cama había un pequeño baúl donde guardaba todo tipo de vendajes. Yo misma reparaba mis heridas.

La medicina había avanzado, al igual que el mundo. Europa era una de las mayores potencias mundiales y París, a pesar de estar sumida en la negrura de la peste al igual que el resto de Europa, era un lugar potente.

Pasamos muchos siglos en Inglaterra. Sin duda había sido el lugar que más me había marcado y presentía que el momento de un nuevo viaje hasta allí estaba cerca. Todavía hacía negocios con el país y muchos de los nuestros controlaban la zona. Después de este último arrebato por mi parte, era el momento perfecto para volver y no marcharnos de allí durante una larga temporada.

Las creencias religiosas tan arraigadas de muchos habían comenzado a pesar también en nosotros. La existencia de brujas había ocasionado cazas por distintas partes de Europa. El nombre de los vampiros no se escuchaba tanto, pero aún así había crédulos que creían en la leyenda y muchas veces pagaban los inocentes por su locura.

El lugar donde nos alojábamos estaba alejado, sin embargo ya se habían formado distintas leyendas a su alrededor. Y que yo me hubiera encargado de dejar a la vista seis cuerpos desangrados, no ayudaba a nuestra reputación.

Entré en la soledad de mi habitación y cogí una botella de vino que guardaba en un cajón. Le pegué un largo trago y me tumbé en la cama, cansada y dolorida. Arestos se había sobrepasado una vez más. Pensaba una y otra vez en por qué aguantaba. A veces me decía a mí misma que estaría mejor sin él, pero el miedo volvía a mí y me quedaba con aquello que ya conocía. Era una total conformista.

Tenía todo lo que quería y más, pero mi inmortalidad no era feliz. Me faltaba algo.

—¿Algún día se llenará el vacío de mi pecho? —me pregunté en voz alta.

Llevaba siglos con la misma pregunta en mi cabeza. Algunos de los vampiros de nuestro grupo incluso habían encontrado el amor. Yo me preguntaba si algún día sería capaz de sentir ese sentimiento que todos describían como algo colosal.

La atracción no me faltaba. Muchas noches escapaba y metía entre mis piernas al primer hombre que encontraba. Pero allí no había nada más que sexo y unas incansables ganas de beber sangre.

Ese día apenas dormí. Cuando anocheció de nuevo, me di un largo baño y me vestí con mis mejores ropajes. Los vestidos habían mejorado muchísimo. A pesar de que el escote no estaba demasiado bien visto porque continuaba siendo el símbolo que distinguía a las rameras, los míos siempre lo tenían. Me puse el entallado corsé y me enfundé en un precioso vestido de color verde oscuro con pedrería por todo el busto. Quedaba encorsetado por la parte de arriba y la falda caía en forma de cascada con tela de seda y un canacán debajo que le daba una apariencia más abultada. Me atusé mi largo y ondulado cabello rubio y dejé que cayera de forma natural sin cubrirlo con la cofia de las señoritas de bien.

Antes de salir por la puerta, con mis dagas escondidas bajo la falda, miré a mi alrededor en busca de Arestos.

Ahí no había nadie que me impidiera marcharme.

El brazo estaba mucho mejor. Todavía dolía pero el hueso había comenzado a soldar. Caminé por las calles del centro de París. Por las noches solían estar prácticamente desiertas. La peste había consumido a una gran parte de la población, cientos de cuerpos eran tirados casi a diario en fosas comunes que luego acababan lamidas por el fulgor de las llamas. Paseé en busca de algún tipo de entretenimiento, sin embargo me paré al escuchar la respiración errática y las frases de auxilio de alguien que había a mi alrededor.

La curiosidad me llevó hasta a un joven. Estaba tirado en medio de una callejuela, moribundo,

apenas era capaz de escuchar su corazón. Durante un instante pensé que se trataba de otro enfermo. Al acercarme olí su sangre, estaba herido.

—Ayuda —suplicó. Su mano me señalaba.

Durante unos instantes pensé en poner fin a su vida de la mejor forma que sabía, bebiendo lo poco que quedara de su sangre, pero no lo hice al saber que apenas me saciaría y conllevaría a que perdiera el control.

—¿Qué le ha pasado, noble caballero? —pregunté poniéndome a su altura, desde donde pude ver la incisión en su cuello.

Había sido un vampiro.

—Un mo... monstruo —anunció a duras penas.

Me fijé en su rostro. Debía ser pocos años mayor que yo. Sus ojos eran verdes y su pelo casi rapado y de color rubio oscuro. Sus facciones eran muy masculinas. Bajo sus ropajes de caballero se adivinaba un cuerpo digno de observar durante horas. Era sumamente atractivo.

Por una vez no sentía la necesidad de comportarme como una zorra. No sabía por qué, pero sentía pena por aquel joven.

Todavía no había llegado su hora.

—Puedo darte una nueva vida, pero no será sencillo —murmuré con suavidad. El joven no dijo nada.

—¿Cómo vas a hacerlo?

Sin responder, abrí un surco con mis colmillos en la muñeca y acerqué mi mano a la boca de aquel chico. En el primer instante se resistió, hasta que al fin claudicó y mi sangre entró en su boca.

—Esto no será agradable, ni siquiera recordarás lo que te acabo de decir. Pero disfruta de tu inmortalidad, caballero. Puede que sea lo único que te quede.

Lamí la herida de mi muñeca para que comenzara a cerrarse ante la atónita mirada del humano.

Solo quedaba un paso. Debía morir para que la transición comenzara, así que para no retrasarlo, le partí el cuello.

Se me había hecho tarde y el cielo comenzaba a clarear. No iba a llevarlo a la mansión a pesar de que sería una novedad que yo hubiera sido capaz de transformar a alguien. Era lo mejor para aquel joven, vivir su propia vida alejado de las garras de Arestos.

Muchas veces envidiaba a aquellos que vivían su propia inmortalidad fuera de cualquier tipo de reyertas. Incluso nos habían llegado noticias de vampiros que intentaban actuar como humanos. Que eran civilizados de verdad, incluso diferentes a aquellos que venían a por nosotros, sin un bando por el que luchar.

Yo no conocía aquella palabra. Mi vida podía describirse entre guerras, peleas y mucha sangre.

Y la mayoría de todas aquellas cosas tenían una única culpable: YO.

Era una verdadera asesina que no se arrepentía de sus actos.

Escondí al joven en una cuadra con las ventanas cerradas, acaricié su apuesto rostro y deseé que tuviera una buena vida.

Volví a mi supuesto hogar con el pecho encogido. Me sentía extraña tras llevar a cabo una acción tan bondadosa que no tenía nada que ver con mi personalidad. Había sido agradable, pero al traspasar las inmediaciones de la mansión, esa sensación desapareció.

—¿Dónde está Arestos? —pregunté a uno de su séquito personal.

—Ha salido, mi señora —contestó.

—¿Cuándo vuelve?

—No lo ha dicho, mi señora.

Bufé por sus escuetas respuestas.

Fui al gran salón y allí se reunían una decena de vampiros. Me senté en un cómodo diván echando de allí a dos que comenzaban a calentar el ambiente y ordené a uno que me trajera una botella de algo con mucho alcohol para emborracharme.

Sin duda fue una mala idea.

Bebí hasta el punto de apenas saber dónde me encontraba. Mi cabeza daba vueltas, pero me divertía con aquellos que vivían en mi hogar pero que me resultaban desconocidos.

En algún punto del día —había perdido la noción del tiempo—, alguien se deshizo de mi vestido. Yo no había sido la única que había bebido más de la cuenta. Mi día se estaba convirtiendo en una sangrienta orgia llena de vampiros desnudos que disfrutaban de su sexualidad.

Mi cuerpo era manoseado por todas partes y de mi garganta salían gruñidos de placer, notaba manos con intención de excitarme. Besé en los labios —creo— a un vampiro y seguidamente bebí sangre de su yugular. Alguien se puso entre mis piernas y al instante sentí como lamían la zona. Gemí cuando una lengua se movía inquieta en mi clítoris y gruñí de pasión cuando sentí unos dedos en mi interior que bombeaban con lentitud.

Mis pechos también estaban colmados de atención. Estaba en medio de una sonata de gemidos que me estaban volviendo loca.

—Adelante, vampiro. Fóllame —ordené a aquel que atendía mi sexo.

Alzó su rostro y me miró. Al fin y al cabo yo era como una especie de segunda al mando para ellos. No solía relacionarme con nadie. Pero a causa del alcohol y el súbito calor que me había poseído al ver el desenfreno de la sala, estaba desinhibida y solo quería que me colmaran de placer hasta alcanzar el clímax.

—Está bien, mi señora —dijo en tono seductor y una sonrisa que mostraba sus colmillos.

Apenas me había fijado en su apariencia. Llevaba el cabello a la altura de los hombros y era de color castaño. Sus facciones estaban marcadas. En su barbilla había un hoyuelo muy seductor y al observar su cuerpo no pude más que relamerme.

Era muy atractivo.

Me penetró de una fuerte estocada y gemimos al unísono.

De un rápido movimiento cambiamos la posición, yo estaba encima y cabalgaba a mi amante como toda una amazona. Una vampiresa se posicionó a mis espaldas y jugó con mis pechos. La besé en los labios y dejé que mordiera mi yugular para alimentarse. Al otro lado había un vampiro que miraba la escena embelesado. Masajeaba su miembro y con mi mano lo incité a acercarse.

—Ven, deja que te muerda —musité con los ojos rojos por la pasión.

En ese instante me daba igual quien me tocara, solo quería sentir, dejarme llevar mientras exploraban mi cuerpo entre suaves caricias.

—Será todo un honor, mi señora. —Acercó su cuello a mi boca y succioné de su vena mientras con mi mano me encargaba de darle placer. Su miembro erecto rozaba mi cadera con cada vaivén de mi cuerpo para que la penetración fuera cada vez más profunda.

Estaba colmada, extasiada de placer.

Aquello era sexo con todas las letras. No había nada más detrás de tanta pasión, solo una irrefrenable sed de placer que había consumido a una decena de vampiros en un día cualquiera.

Me movía cada vez más rápido. Una sensación muy conocida se arremolinaba en mi bajo vientre y avisaba de que mi orgasmo estaba muy cerca. Con los toques por todo mi cuerpo y unas últimas acometidas por parte del vampiro, me corrí con un sonoro gemido que resonó en toda la sala. Dejé mis manos libres y aparté a quien fuera que tocara mis pechos y me lancé al cuello del que todavía estaba en mi interior. Bebí mientras él seguía su movimiento y llegué de nuevo al súmmum del placer gracias al excelente sabor de su sangre, dulce con un toque afrutado.

Me levanté desnuda y me tumbé en el diván con una nueva botella de alcohol todavía con el éxtasis y la adrenalina circulando por mi cuerpo. Que no hubiera estado Arestos sin duda había sido el aliciente para hacer aquello. Él jamás habría permitido que alguien me tocara en su presencia.

En algún punto de mi tremenda borrachera, me quedé dormida en el diván.

Me despertaron los gruñidos de Arestos.

La fiesta había terminado.

—¿Qué ha pasado aquí?

Abrí los ojos con lentitud y me topé de frente con la cara de pocos amigos de mi jefazo querido.

—¿Eh?

Mi respuesta no significaba nada. Todavía me duraba el estado de embriaguez.

—¿Qué haces desnuda? —preguntó. Me fijé en que una vez más me olisqueaba y no debió costarle mucho llegar a la conclusión de lo ocurrido. Además le rodeaba alguno de los que se habían unido a la fiesta y que dormía en el suelo. Otros habían huido a sus aposentos al ver a su jefe.

Eran unos cobardes.

—Lo sabes a la perfección. Se nos ha ido la mano con el alcohol —contesté sin apenas inmutarme.

Podía ver los celos reflejados en su mirada y me cabreaba mucho. Él también tenía a otras amantes, por supuesto que sabía que yo no era la única que lo complacía. Sin embargo, su ego masculino parecía impedirle que yo hiciera lo mismo. No estábamos atados, ni siquiera éramos un matrimonio. Si decidía acostarme con alguien era porque estaba libre y no pensaba permitir que coartara esa libertad más de lo que ya lo hacía.

—No me mires así. Al menos no he matado a nadie. Solo he follado con... —¿Con cuántos había sido?—. No tengo ni idea de con cuántos, pero me he divertido por primera vez con la gente que nos rodea a diario —sonreí con maldad. Todavía seguía bastante enfada por la pelea del día anterior a pesar de que el brazo había sanado bien.

Arestos no contestó, simplemente me indicó que me vistiera y fuera inmediatamente a su habitación.

Intenté localizar mi suntuoso vestido por el suelo y solo encontré el corsé interior y las enaguas. Desistí en la búsqueda y fui a mis aposentos en busca de un batín de las mejores telas que abroché a mi cintura dejando una pequeña abertura en mi escote.

Al entrar en el cuarto de Arestos, este me esperaba sentado en la cama con mirada sería. Sin embargo no vi tanta rabia como en ocasiones anteriores.

—¿Que querías? —pregunté harta de tanto silencio.

Alzó la mirada y me miró a los ojos. Parecía cansado por algo que yo no lograba entender. Me preguntaba dónde habría pasado la noche, pero sabía que no iba a recibir aclaración por su parte.

—Sigue sin gustarme que te acuestes con otros.

—Tú lo haces continuamente, ¿por qué yo no puedo? —respondí con tono de frustración. Alcé las manos al cielo como si alguna deidad fuera a darme las respuestas que requería—. Solo es sexo, nada más.

—Me importa una mierda lo que sea. Te quiero solo para mí.

Se levantó de la cama y se acercó a mí. Sus potentes ojos estaban rojos, me traspasaban. Su cabello rubio más oscuro que el mío y con rizos desordenados tapaba la mitad de su rostro.

No era capaz de adivinar qué sentía en ese instante. Se entremezclaban una amalgama de sentimientos para los que no tenía explicación.

—¿A caso yo puedo confiar en que tú seas para mí? —pregunté cómo respuesta a su pregunta. Se

quedó en silencio—. Ahí tienes tu respuesta. La fidelidad no es algo que nos corresponda. Somos como somos. Yo hace siglos que lo he aceptado. Me paso sola la mayor parte del tiempo, al menos déjame divertirme.

—Ya te diviertes lo suficiente masacrando a la humanidad. ¿Eso no te basta? —preguntó.

Sus palabras me confundían.

—Me bastaría si en vez de castigarme cada vez que actúo como soy, me aceptaras sin lanzarme constantes reproches. Comienzo a estar muy cansada.

Arestos bufó como los toros y comenzó a pasear inquieto por su habitación.

—¿Crees que a mí me gusta castigarte? —Asentí. No me podía negar que tener el control le proporcionaba satisfacción. Lo veía en su rostro, al igual que lo veía cuando era yo la que atacaba—. Pues no es así. Tú eres lo único que me importa. La única persona que merece la pena poner a salvo si todo se descontrola.

—¿Y por qué me tratas así? Han pasado más dos mil años desde que me encontraste y todavía no siento que este sea mi hogar. ¡Estoy sola! —grité—. Solo conozco esta clase de vida. Matar es mi mayor pasatiempo, lo único que de verdad me recuerda que sigo viva y lo seguiré estando durante mucho tiempo. Hemos vivido en cientos de sitios, viajado por toda Europa, afianzado nuestra fortuna allá por donde vamos. Y aun así, no sé a dónde pertenezco.

—Me perteneces a mí. Donde yo esté, está tu hogar —dijo y volvió a acercarse de nuevo. Notaba su aliento en mi rostro. Veía las ganas que tenía de besarme pero se resistía.

—No sé si yo pienso lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque desapareces sin contarme a dónde vas. Me dejas apartada continuamente y solo me añades a tus planes cuando se trata de luchar.

—Eres la mejor en eso. Una gran guerrera capaz de comandar a un ejército de neófitos.

—Pero eso no es suficiente para mí. Hay algo... algo que me falta —declaré poniendo mi mano en el corazón.

—¿Te refieres al amor? —preguntó arqueando una ceja.

—No lo sé. Ni siquiera me veo capacitada para albergar ese sentimiento. Yo solo quiero sentir que de verdad te importo.

—Me importas más que nada, Olympia. Mantenerte a salvo es mi única misión. No obstante, a veces me lo pones muy difícil —dijo con una sonrisa y acarició mi mejilla.

—Siento que no te gusta en lo que me he convertido. Al principio no eras así conmigo, nos respetábamos.

Se hizo el silencio entre ambos. Estaba dejando mi corazón al descubierto delante de una persona

en la que nunca había llegado a confiar del todo a pesar del tiempo.

—No es que no me guste, me encanta ser el primero en observar tu maldad a la hora de matar a tus víctimas. Pero me decepciona que tras tanto tiempo seas incapaz de controlarte. En solo una semana has matado a más de veinte personas.

—Estaba sedienta —me defendí y me encogí de hombros.

Era una pésima excusa. No tenía forma de defenderme ante aquella afirmación.

—No sé cómo has podido llegar a tener tan poco autocontrol.

—Quizás es por estar tanto tiempo a solas. Me aburro, mato y así me entretengo —contesté como si diera el parte meteorológico.

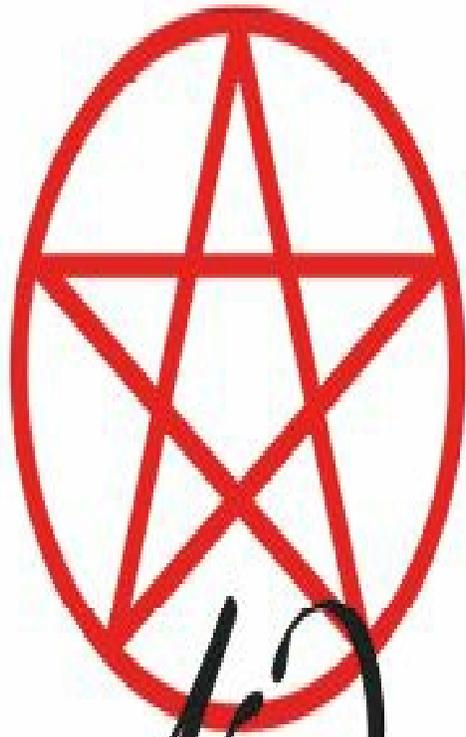
—Y haces que tengamos que cambiar de hogar constantemente —suspiró cansado—. Despierta, Olympia, ya no tienes diez años. Madura de una vez.

Me crucé de brazos ofendida. Odiaba que me comparara con una niña. No lo era. Su desesperación por ponerme en vereda dañaba mi orgullo y conseguía todo lo contrario.

—Puede que yo sea una inmadura, pero no olvides que fuiste tú el que me convirtió en una asesina.

Me giré dispuesta a marcharme, pero como siempre él tenía que tener la última palabra.

—Es cierto, pero yo soy un asesino capaz de cometer un crimen perfecto sin pistas que nos delaten. Prepárate, pronto volveremos a Inglaterra, y espero, que allí encuentres tu tan ansiado hogar.



10

C

uando salimos de París para volver a Inglaterra, los beneficios de sus negocios continuaron en aumento. Consiguió establecer una sede en la maltrecha París. A Gales también había llegado la peste y mucha gente había muerto, pero no al nivel de la capital francesa. Las calles eran muerte, cazar era sencillo y durante un tiempo había conseguido mantener el control.

De nuevo se avecinaba un nuevo viaje para ir a vivir a otro lugar. De ahí estuvimos en distintos sitios de Inglaterra, hasta que a inicios del siglo XVI nos asentamos en el núcleo de Londres en una enorme mansión de estilo tudor que me tenía embelesada.

No hace falta contar qué ocurrió años atrás y por qué nos marchamos de tantos sitios en los últimos doscientos años. Obviamente había sido mi culpa, era incapaz de negarlo. La charla con Arestos fue reveladora, pero sus ausencias eran continuas y mi soledad aumentaba con cada día que pasaba. Maté a demasiada gente por diversión, a veces me daba miedo ponerme a pensar en ello. Me comparaba con vampiros más recientes y ellos lo llevaban mejor. Para mí, tener a un humano delante se me hacía muy complicado si no tenía una copa de alcohol delante.

El monstruo se desataba. Intentaba retenerlo, pero estaba descontrolado.

No hacía ni un año que estábamos allí alojados y Arestos ya había tenido que interceder algunas veces para esconder mis crímenes.

Cada día estaba más harto de mí, sin embargo seguía sin querer desprenderse de aquello en lo que me había convertido. Finalmente había asumido que me quería por mi cuerpo y yo a él lo utilizaba de la misma forma. En el fondo éramos dos almas maltrechas, dependientes de nuestras continuas desavenencias.

—Voy a salir —anuncié a las puertas de su habitación. Sé quedó unos segundos mirando mi atuendo. Mi vestido era elegante, escotado y de color negro con una enorme falda que abultaba el doble gracias al canacán. El corsé subía mis pechos y debía reconocer que me quedaba de vicio. Mi rubio y largo pelo escondía un poco la zona y el carmín rojo de mis labios llamaba mucho la atención por el contraste de colores.

—Ni hablar. Ya has matado suficiente esta semana —añadió sin dejar de mirarme.

Solté un bufido y rodé los ojos.

—No voy a alimentarme, solo quiero salir a dar un paseo.

—No te creo.

—Pues es cierto.

En realidad era una verdad a medias. Tanto él como yo sabíamos que si se me presentaba la oportunidad, me alimentaría. Olía la sangre a mucha distancia y sin poder evitarlo siempre acababa en presencia de alguien que acababa muerto.

—Solo voy a patrullar. ¿No se supone que debo vigilar a los otros vampiros? —pregunté refiriéndome a aquellos que llevaban una vida completamente distinta a la mía.

—Sí, pero no me fio de ti.

Se levantó de la cama y abrió un armario del que sacó una botella de vino para darle un largo trago. Yo me quedé cruzada de brazos, taladrándolo con la mirada.

—Pues sigue sin fiarte, pero yo me marchó.

Cerré la puerta de su habitación con un fuerte golpe y bajé las escaleras hasta llegar a la puerta.

Por suerte no me siguió. Agradecí esa ventaja y me lancé a la calle.

Era una fría noche de invierno londinense. El frío entraba por mi escote y me provocaba escalofríos. Aun así no tenía pensado volver a por una rebeca.

Caminé por las desiertas calles de Londres sin un rumbo fijo. No había mentido al decir que iba a pasear y mi intención no era alimentarme. Solo quería embeberme de la belleza de aquella maravillosa ciudad que tanto me gustaba. Sus rincones me atraían por completo. El arte se veía en cada esquina. Había teatros y de vez en cuando me gustaba ir a ver las obras escritas a manos de escritores de la época y de tiempos pasados.

Era una ciudad oscura, pero a la vez desprendía luz por cada rincón.

Ojeé a mí alrededor en busca de algún vampiro que me siguiera, pero estaba sola. Hasta que a lo lejos, vi a alguien que parecía desorientado.

Fijé mi vista perfecta en aquella persona y al momento olí su sangre. No me atraía de forma tan directa como la de un humano, así que deduje que era un vampiro.

Sin darnos cuenta nuestros caminos nos llevaron al otro. Él me miró con interrogantes grabados en su mirada y yo fruncí el ceño. Cada vez se acercaba más a mí. Me puse en guardia preparada para cualquier sorpresa, pero sin saber por qué, al mirar en su rostro esa mueca de hombre desvalido, me compadecí.

—¿E... eres cómo yo? —preguntó.

Me fijé en él y debía ser joven, no más de veintitrés años humanos. Sin duda era nuevo como vampiro, sus pasos y su indecisión a la hora de acercarse a mí lo demostraban.

—Si cómo tú te refieres a vampiro, sí. Lo soy —contesté sin apenas fiarme.

No sería la primera vez que un vampiro fingía para después atacarme.

—Ne... necesito ayuda. Yo... no sé cómo manejar esto.

—Será mejor que vayamos a otro lugar. A pesar de ser de noche, puede haber gente a nuestro alrededor. Las paredes tienen oídos.

El chico asintió y lo guié hacia una arboleda que había alejada a unos metros de las edificaciones del centro. Intenté buscar algo en su mirada que me dijera que no era de fiar. Pero había algo en él, una especie de aura tranquilizadora que me hizo confiar sin apenas pensármelo.

Algo muy extraño en mí.

Cuando nos ocultamos bajo la espesura del bosque, le indiqué que se sentara a mi lado en la fina hierba.

—¿Cómo te llamas? —pregunté. El chico era atractivo. Su cabello moreno corto lo llevaba bastante desaliñado. Tenía los ojos castaños y la mandíbula cuadrada. Tenía un toque muy masculino y sus ropajes parecían de buena calidad a pesar de que debían pasar a una mejor vida. Me sacaba más de una cabeza de altura. Era alto y fornido. Sin duda una belleza que en su época como humano debía haber tenido a muchas mujeres detrás.

—Nathaniel, Nathaniel Pierce —contestó.

Me sorprendió que conociera su apellido.

—Yo soy Olympia —me presenté—. ¿Quién te transformó?

—No lo sé. Solo recuerdo que era de noche, acababa de salir de mi casa y lo siguiente que sentí fue mucho dolor, y al levantarme, una profunda ansiedad que me desgarraba la garganta. Estaba hambriento.

—Espera, espera, espera —lo corté de inmediato—. ¿Me estás diciendo que recuerdas cosas de antes de transformarte? —pregunté confusa.

—Sí. ¿Por qué? —Ahora era él el que mostraba confusión.

—Cuando nos transformamos todo recuerdo de nuestro pasado como humanos se borra. Es como si volviéramos a nacer —expliqué. Al menos aquello era lo que ocurría con todos los que había conocido en los más de dos mil ochocientos años que tenía de vida.

—Pues yo recuerdo quién soy, pero no puedo volver a mi hogar. No puedo volver a mi vida antes de esta desgracia. —Hundió la cabeza entre sus manos y suspiró con pesar.

Yo sabía cómo era sentirse desamparada, la diferencia era que yo no sabía cómo había sido mi pasado, así que ese dolor que se reflejaba en la mirada de Nathaniel me resultaba desconocido.

—Todo esto es muy extraño... —murmuré casi en un susurro.

Hablar con él de alguna forma me resultaba reconfortante. De verdad quería ayudarlo y no sabía por qué. En el fondo ansiaba encontrar a alguien con el que pasar el tiempo. Alguien que no fuera Arestos y que me proporcionara un rayo de luz sobre toda la oscuridad que me rodeaba.

Un amigo, y por alguna razón, Nathaniel me daba muy buenas vibraciones.

Tantas que en el rato que llevábamos hablando no había deseado lanzarme a su yugular para deshacerme de él. Si lo hubiera hecho, ya estaría muerto.

—No suelo ofrecer esto a prácticamente nadie porque no soy una persona fácil de tratar, pero si quieres, puedes venir conmigo y unirte a nosotros.

—¿Vosotros?

—Sí. No es la mejor vida, pero con nosotros estarás protegido.

Llevar a la mansión a Nathaniel obviamente no agradó al siempre malhumorado Arestos. Las horas que había pasado hablando con él sirvieron para que consiguiera tener un poco de confianza y le hice saber a Arestos que estaba solo en el mundo.

—Me da igual que esté solo. No le conocemos.

—No conocemos a la mitad de los que hay aquí. ¿Qué diferencia hay? —contesté malhumorada. Había dejado a Nathaniel en mi habitación.

—La diferencia es que yo los he transformado a todos y ese ha aparecido de la nada. Es sospechoso. Además, no me fío de ti.

Fruncí el ceño con la última parte de su respuesta.

Los celos volvían al ataque.

—¿Piensas que me lo voy a tirar? —arqueé una ceja con un poco de burla.

—Sí —admitió.

—Pues si crees que lo he traído para eso es porque sigues sin conocerme —contesté cansada.

—Te conozco mejor que tú, así que no intentes engañarme.

—¡No te engaño! ¿Tan complicado te resulta comprender que quiera tener un amigo? Estoy harta de estar sola.

—¡Me tienes a mí!

Comenzamos a discutir sobre el mismo tema de siempre. Arestos se cabreó, yo también, nos gritamos y dijimos cosas de las que más tarde nos arrepentiríamos, pero al final conseguí salirme con la mía.

Nathaniel se quedaba con nosotros. Ese chico despertaba mi curiosidad. No podía negar que era atractivo, pero mi primer pensamiento no iba relacionado con aquello.

Saber que era conocedor de su pasado despertaba mi curiosidad y quería saber más de él.

Lo encontré en mis aposentos, sentado sobre mi cama en la misma postura que lo dejé. Me miró con preocupación y me hice un sitio a su lado.

—Puedes quedarte —le sonreí.

—¿Enserio? —Asentí. Parecía emocionado por encontrar un lugar en el que quedarse—. Al oír los gritos pensaba que tendría que marcharme. No quiero causarte ningún inconveniente, Olympia.

—No te preocupes. Los gritos son normales entre Arestos y yo —le resté importancia.

—Él es... ¿el líder? —preguntó. Todavía quedaba mucha información por explicarle.

—Sí. Y yo la segunda al mando cuando a Arestos le sale de los cojones. Pero antes de contarte todo, quiero saber más de ti.

Antes de comenzar la charla ordené a un vampiro que me trajera una botella del mejor whisky de la casa. Le di la copa a Nathaniel, que aceptó gustoso, y yo me quedé con la botella.

—¿Quién eras antes de ser un vampiro? —Me acomodé en la cama y bebí un trago de la botella. Nathaniel me imitó y se armó de valor para hablar.

—Mi padre es un comerciante muy popular en la zona. Mi familia posee muchos bienes y como es costumbre entre familias así, me concertó en matrimonio —comenzó—. Yo no quería casarme, odiaba que me impusieran normas. Siempre he creído en el amor y yo no estaba enamorado de la que iba a ser mi futura mujer.

—Típico de ricos —añadí y Nathaniel sonrió con tristeza.

Quizás en la época que yo era humana a mi me hubieran casado con alguien a quien no quería. Sin embargo no era capaz de recordarlo, era mejor así porque solo conseguiría que el hueco de mi corazón fuera todavía más grande. Bebí otro trago y esperé a que Nathaniel continuara.

—Una noche salí en busca de aire. No quería volver a mi casa y enfrentar de nuevo las miradas decepcionadas de mis padres. No soportaba su enfado —continuó—. Salía de una taberna del centro de la ciudad cuando unos hombres me atacaron. Resultaron ser vampiros, por lo que deduzco. No lo tengo muy claro. —Se encogió de hombros.

—¿Conseguiste ver sus caras? —pregunté. Quizá podía ser alguno de nuestro grupo. Era probable, sin embargo no era tan típico que dejaran a una víctima con vida, y menos, que la transformaran.

—No. Lo siguiente que recuerdo es despertar en un granero, con una sed que no logré paliar ni con un litro de agua. Me sentía extraño, aletargado y un tanto dolorido. Ni siquiera fui consciente de que mis sentidos estaban mucho más alerta que antes.

»Fui hacia los límites de la ciudad a pie, convencido de ir a casa de la que iba a ser mi futura esposa para comunicarle mi decisión de no casarme con ella. Era imposible tras ver que había algo que no funcionaba en mí. No quería ponerla en peligro. Pero cuando me abrió la puerta y la olí, la maté.

—Vaya, no me esperaba eso —admití con el ceño fruncido. Parecía que le dolía recordar aquello. Llevaba pocos días como vampiro y se había enfrentado al mundo solo en sus inicios, cuando el descontrol era más potente—. Me arrepentí al instante, su madre lo vio todo y ella supo en lo que me había convertido. Era una bruja, una de verdad. ¿Puedes creer que existan? —Asentí. Había visto a pocas, pero había algunas muy poderosas.

—Existen más seres oscuros de los que crees. No solo estamos nosotros. También hay demonios, brujas, incluso dioses.

Me miró sorprendido, pero le pedí que continuara. La historia cada vez se ponía más interesante. Tenía la sensación de que la continuación de su historia daría un giro inesperado.

De una bruja podías esperarte lo que fuera. Arestos continuaba manteniéndolas ocultas en alguna

parte.

—Me maldijo —admitió—. No puedo beber sangre de vampiro, ni un vampiro puede beber de mí.

—¿Por qué? —pregunté. Esa bruja le había quitado el mayor placer de los vampiros.

Yo no sería capaz de vivir sin la sangre de los vampiros. No alimentaba igual que la de los humanos, pero cuando follabas con uno, no morder no entraba en mi vocabulario.

—Porque si lo hago, tanto la persona que me muerda, o a la que muerda, morirá sin poderlo evitar y yo viviré hasta observar su caída.

—Vaya, menuda putada. —Nathaniel sonrió a medias.

Le pregunté cómo había descubierto lo que era. Parecía muy seguro de conocer el nombre de en lo que se había convertido. Me contó que hacía una larga temporada habían comenzado a llegar rumores a la ciudad sobre los seres de la noche. De matanzas en masa y todas las víctimas cumplían un mismo patrón; mordeduras en su cuello y desangramiento. Él no creía en esas cosas hasta que volvió a nacer y se miró en el espejo. Los colmillos y los ojos rojos se lo confirmaron, además del ansia de sangre.

Intentó resistirse a la tentación, esquivaba a los humanos, pero al llegar a casa de su futura mujer perdió el control.

—Me siento fatal por haberla matado. Yo no quiero ser así. No soy un asesino. —Finalizó su relato y se agarró el rostro con las manos mientras soltaba un largo suspiro.

Me encogí de hombros sin saber qué contestar. Nathaniel estaba solo, pero perfectamente podía encajar en el perfil de aquellos vampiros que para mí eran enemigos. Quizá la solución sería matarlo, quitarme un problema de encima con un vampiro que respetaba a la humanidad. Pero algo en él, la forma en la que hablaba y la bondad que desprendía por cada poro de su piel, me lo impedía.

—Mi vida siempre ha estado rodeada de muerte —dije con la mirada perdida en un punto de la pared sin dejar de pensar en qué hacer—. He matado a más gente en estos más de dos mil ochocientos años de la que puedo contar.

—¿Dos mil ochocientos años? —preguntó con la boca abierta—. Pero sí parece que no pases de los veinte.

—Es lo que tiene la eternidad, este rostro siempre se mantendrá joven. Y bueno... mi cabeza sigue siendo la de una inmadura —bromeé.

—Debes haber visto de todo —continuó con su asombro.

—Sí, pero no más de lo que yo he llegado a hacer.

Nathaniel me miró con el ceño fruncido sin saber a lo que me refería. Había llegado el momento de ser yo la que le contara parte de mi historia. Ya había amanecido y deberíamos estar descansando, sin embargo la sensación de hablar con alguien era demasiado agradable como para desperdiciarla.

Hablar sola con las paredes no era tan divertido. Conocerlo me resultaba de lo más tentador.

Le hablé de parte de lo que había hecho en todo ese tiempo, las muertes, las peleas con Arestos. Lo bueno de sentirse poderosa y lo que hacía en mí el sabor de la sangre. Todas las batallas que librábamos con aquellos vampiros que respetaban a la humanidad...

—En realidad creo que tú encajarías más con ellos —le dije pensativa. Nathaniel no me juzgaba, pero fui capaz de ver cómo no le gustaba la idea de matar por diversión.

—Puede. Pero el destino me ha llevado a ti, y aunque tengas pinta de mala malísima y tú «jefe» sea un poco imbécil, me caes bien.

Le sonreí con sinceridad y él me la devolvió.

—Tú también me caes bien a mí, y te aseguro que eso es una novedad. No soporto a nadie de esta casa.

—¿Y a Arestos?

—Tampoco, pero los dos somos similares. Él fue mi mentor y no puedo dejarlo —me encogí de hombros—. Vivir aquí a veces se convierte en una agonía, pero al menos salgo y me despejo, mato un poco, entreno a vampiros y demonios y me tiro al jefe.

—Así que te lo tiras, ¿eh? —Hizo un gesto divertido que me hizo soltar una carcajada. Parecía que nos conociéramos desde siempre y la sensación era extraña y también halagüeña.

Arestos pasó en aquel mismo instante por delante de la puerta de mis aposentos. Su mueca no era nada amigable. Su mirada iba de Nathaniel a mí sin cambiar ni un ápice.

—Olympia, al anochecer debes ir al centro. Ayer encontraron a un grupo de unos diez vampiros y unos seis escaparon —musitó sin cruzar el umbral de la puerta.

—Está bien. ¿Los mato a todos? —pregunté. Nada me complacía más que entretenerme un rato.

—Intenta dejar a alguno vivo, quiero que me lo traigas. —Asentí. Cuando ya se iba a marchar, se giró de nuevo—. Ah, y llévate al nuevo. Enséñale cómo trabajamos aquí.

Su tono de voz me hizo fruncir todavía más el ceño. Era obvio que no le caía nada bien Nathaniel. En su rostro veía los celos porque otro hombre me hiciera sonreír como Nathaniel lo había conseguido en menos de un día. Odiaba esa sensación de sentir que él creía que yo era de su propiedad.

Nada más lejos de la realidad. Yo no tenía dueño.

Al anochecer salí junto a Nathaniel y unos cuantos más. Nos habíamos pasado la noche en vela hablando de nuestras vidas. Nunca solía fiarme de las primeras impresiones, pero en su caso había conseguido tener confianza muy pronto.

—Creo que no le caigo demasiado bien a Arestos —afirmó Nathaniel con una sonrisa. No

parecía preocupado y eso me hizo sonreír.

—No se lo tengas en cuenta. Piensa que quieres acostarte conmigo. Se cree mi dueño, y no lo es. Además, dudo que le caiga bien alguien. Ni siquiera yo.

Nathaniel soltó una carcajada.

—A ver, no voy a negar que seas una belleza griega en todo su esplendor, pero no son mis intenciones. —Le devolví la sonrisa y continuamos el camino.

—Pues yo quizá sí que lo haría —respondí. No podía negar que tenía su atractivo—. Pero entonces morirías y me quedaría sin un amigo.

—¿Soy tu amigo?

—Creo que lo empiezas a ser y todavía no entiendo cómo has conseguido mi confianza tan pronto —sonreí.

Avanzamos por las callejuelas de Londres. A pesar de ser su primer día con nosotros, Nathaniel parecía tranquilo. En todas las horas que habíamos pasado charlando me había explicado que no era muy perspicaz en la lucha, pero se defendía. Le había prometido enseñarle mis dotes y se mostró bastante entusiasmado. Tenía cuerpo de guerrero, pero su vida acomodada no le había dado opciones de demostrar su valía.

—Vosotros dos. —Señalé a dos demonios—. Cubrid los bosques. El resto pasead por la ciudad y si los encontráis, ya sabéis qué hacer.

Obedecieron de inmediato. Yo me quedé junto a Nathaniel y comenzamos a pasear sin rumbo fijo. Hablaba con él y también iba atenta a mis alrededores en busca de pistas que normalmente no llegaban.

—¿Por qué matáis a esos vampiros? ¿No se supone que somos lo mismo? —preguntó con curiosidad.

Durante las pocas horas que llevaba conmigo se había percatado de que nuestra raza estaba dividida. Era lógico que se sintiera desubicado y sin entender nada. En mi vida había muchos enredos que ni yo misma era capaz de desentramar. Nathaniel no era como el resto de vampiros con los que me había topado. Al recordarlo todo no era como comenzar desde cero en la vida. Sus preguntas eran poco habituales. El resto se limitaba a cumplir órdenes y matar cuando Arestos o yo se lo indicábamos.

—Ellos también quieren matarnos —contesté y me encogí de hombros.

Lo cierto era que no tenía una explicación más concisa sobre el tema. Aunque integrara negarlo, yo también cumplía órdenes y nunca había descubierto el por qué. Era simple supervivencia.

—No te veo muy segura —frunció el ceño y me dedicó una media sonrisa.

—Reconozco que me gusta matar. No sé cuáles son las intenciones de Arestos, me cuenta lo justo y necesario...

—Así que obedeces —me cortó.

No contesté. No quería cabrearme con él.

—¿Es así? —insistió.

—Si me intentan matar, mato. Es la única explicación que te puedo dar.

—Pero los matas porque Arestos dice que los mates. Realmente no eres tú la que elige —
continuó.

Solté un gruñido un tanto cansada de la conversación.

—Mato porque es mi naturaleza. Me da igual vampiro, humano o demonio. Si me molestan, acaban muertos. Sobrevivo de la única forma que sé. Puede que no sea la más indicada y mi forma de actuar influya de forma negativa en muchos temas, pero soy así y he vivido muchos años como para cambiar de un día para otro. —Di por zanjada la conversación al no dejarle opción a réplica y continuamos nuestro camino.

Aquella noche fue tranquila. Encontramos a dos de los vampiros y acabé con la vida de uno bajo la atenta observación de Nathaniel. Al otro lo dejé inconsciente y juntos lo llevamos hasta la mansión para intentar sacarle información. Como en ocasiones anteriores, las únicas respuestas que conseguimos fueron sobre su afán por proteger a la humanidad. Según ellos nosotros éramos una lacra que había que exterminar. Solo así la humanidad estaría a salvo.

Me cabreaba que alguien como yo pensara así. Todos parecían rectos, amantes de la vida y respetuosos, algo que para mí era inalcanzable. En mi cerebro solo había instalada una palabra que seguía a raja tabla; matar.

Ese día me di cuenta de que Nathaniel nunca llegaría a encajar del todo con nosotros porque en su rostro, al ver cómo torturaba al vampiro a sangre fría, jugueteando con mis manos en el interior de sus heridas abiertas para sacarle respuestas, vi desaprobación. En aquel momento quizá debería haberme desecho de él, ya que en cualquier momento podría traicionarnos, pero no lo hice. Había algo en él que me gustaba. Sentía la necesidad de mantenerlo a mi lado, mostrarle mi vida y compartirla con él. Tener un compañero que no se dedicara a maltratarme de todas las formas posibles como hacía Arestos. Quería que se convirtiera en mi luz, el apoyo que me faltaba para no ser tan letal.

Durante los siguientes años y décadas le enseñé a luchar contra aquellos que lo desafiaran, era bueno y muy capaz, pero eran pocas las veces que utilizaba sus conocimientos para matar. Él los dejaba inconscientes y yo me encargaba de darles el toque final a pesar de su gesto contrito.

A Arestos no le gustaba que pasara tanto tiempo con él. Desde el día en que apareció en mi vida, fue para quedarse y desde aquel instante caminamos de la mano. En poco tiempo se convirtió en un hermano para mí. Podía desahogarme con él, hablar abiertamente de cualquiera de mis preocupaciones y salíamos todas las noches a alimentarnos juntos y disfrutar de un largo rato separados de la mansión.

Las primeras semanas se horrorizó por mi forma de matar. No creía que fuera capaz de arrebatarse tantas vidas sin sentir ni un ápice de remordimientos. Él solo había matado a una sola persona y fue a la que iba a ser su futura esposa. Se alimentaba de humanos, pero no quería matarlos. Así que cuando él terminaba de alimentarse yo me comía las sobras. Cosa que a veces nos hacía discutir y pelear.

—Oly, no hace falta que mates a todos. Deja que viva su vida —me riñó una vez más.

Estábamos en una posada del centro de la ciudad de Nottingham, en una habitación que compartíamos para traer a nuestras víctimas. Dos décadas después de encontrar a mi mejor amigo, volvimos a trasladarnos y dejamos Londres, cosa que Nathan agradeció por miedo a toparse con su familia. Nuestro grupo crecía por momentos y necesitábamos un lugar más apartado. Arestos seguía creciendo como empresario, entramos en el siglo XVIII con una fortuna imposible de gastar y compró terrenos a las afueras para edificar un gran asentamiento para todos.

—Por todos los dioses Nathan, déjame en paz —gruñí mientras evitaba que el humano que retenía con mis manos se deshiciera del agarre. Sus gritos quedaban ahogados por el agarre—. Deja de intentar gritar, ¿no ves que estoy intentando mantener una conversación? —le dije al hombre.

Nathan había dejado inconsciente a la chica que se había traído después de beber un poco, mientras que yo, me preparaba para succionar hasta la última gota de mi víctima. Tras más de un siglo quería demasiado a mi amigo. Si fuera otra persona quien osaba impedir que matara, ya no respiraría y él había tentado a su suerte muchas veces. Pero era él, el vampiro que encontré tantos años atrás vagando a solas por las calles de Londres, quien escuchaba todas mis penas teñidas de frustración por las continuas riñas de Arestos y ayudaba a que recuperara una brizna de la humanidad que había dado por perdida.

—Debes controlarte, ibas muy bien —me recriminó.

Gruñí de nuevo y acabé con la vida del humano sin terminar su sangre. El crujido de su cuello fue rápido y sonoro, pero yo no me saqué.

Nathan tenía un poder oculto que utilizaba conmigo. Conseguía insuflarme algo de calma en mi oscura vida, pero no servía para evitar que me cabreara. Era una columna imprescindible en mi vida, y a veces, un grano en el culo.

Soltó un bufido contrito por mi actitud.

A pesar de ser prácticamente un vampiro neófito con solo cien años, su autocontrol era excelente desde el minuto uno. Era cierto que había progresado con mis ansias cuando estaba junto a él. No había vuelto a montar un escándalo en la ciudad, y en eso, Arestos estaba agradecido con él. Sin embargo era complicado intentar comportarme como una persona civilizada, tanto que perdía el control más veces de las que me gustaba reconocer.

Él tenía paciencia, yo no. Cuando me invadía ese monstruo oculto en mi interior que emergía con el sabor de la sangre y la rabia, incluso él estaba en peligro. Había intentado morderlo en diversas ocasiones y se había visto en la obligación de dejarme inconsciente.

No era tan diestro en la lucha como yo, pero había encontrado la debilidad que la sed de sangre

me otorgaba para vencerme. Me volvía impulsiva, poco cuidadosa con mis ataques y junto a su don tranquilizador conseguía pararme. Cuando volvía en mí misma, no podía evitar sentir la culpabilidad.

No solo habría muerto él, yo habría ido detrás por culpa de su maldición.

Salí de la habitación de la posada tras vestirme sin ni siquiera mirarle.

Estábamos en el siglo XVIII y a pesar de que normalmente utilizaba ropajes masculinos en las piernas y corsés entallados en la parte superior, cuando salía de caza, para aparentar, utilizaba los pomposos vestidos de la época que cada vez me gustaban más. Por fin empezaban a hacerlos con algo más de escote, sobre todo si no eras de clase alta. Es decir, como siempre, elegía ropas de meretriz, pero con telas y encajes de la alta sociedad.

Ni siquiera me molesté en poner todas las piezas en su parte. La falda caía pomposa hasta mis pies y faltaba apretar el corsé todavía más. Los hombres al verme salir me miraban con aprobación lasciva mientras que las pocas mujeres que allí se hallaban desviaban la vista con pudor. Enseñar no estaba bien visto, la gente te miraba mal. El puritanismo de los siglos pasados todavía hacía mella en sus actitudes anticuadas. No había mujeres que plantaran cara a los hombres, se escondían bajo su yugo y cuando aparecía alguien como yo, tan altiva, sin un ápice de compasión, siempre era juzgada, no solo con la mirada. A veces habían intentado detenerme alegando que incumplía normas que cada día se sacaban de la manga. Por suerte, eran pocas, ya que por la noche siempre salía a las calles lo peor de la población.

—¡Oly, joder, espérame! —escuché como Nathan corría hasta alcanzarme. Me había escabullido a un rincón para comenzar a correr con mi velocidad vampírica sin ser vista.

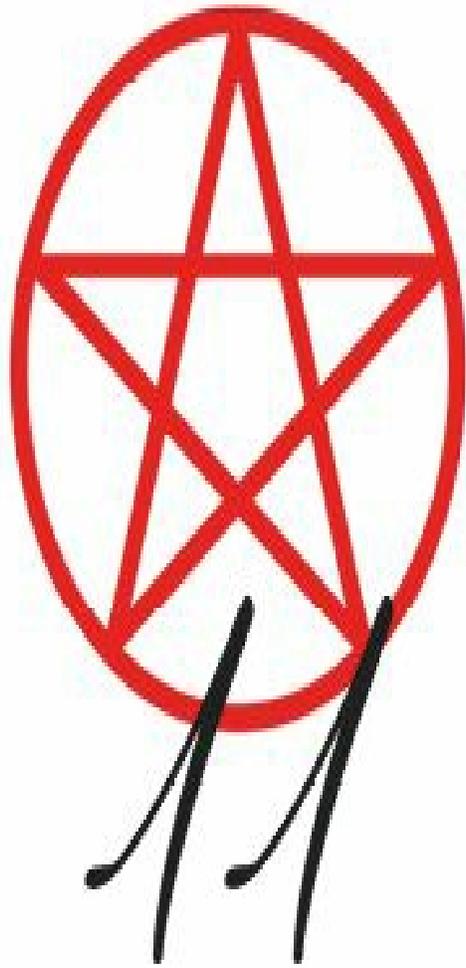
Llegamos a la mansión en apenas unos minutos y antes de entrar me paró en el porche de entrada. Había algunos demonios a nuestro alrededor acompañados de otros de mi raza. Charlaban, bebían y disfrutaban de una noche tranquila. Supuse que Arestos habría salido, solo en esos instantes el resto se relajaba y disfrutaba un poco de su inmortalidad.

—Es mejor que me dejes a solas. No quiero hacerte daño y ahora mismo quiero hacértelo a ti, y a cualquiera que se acerque a mí.

—Mi señora, Arestos la busca. —Me giré en dirección al vampiro que demandaba mi atención y le di un puñetazo en la cara que lo tumbó en el suelo.

—Dile que no me da la gana, y apártate de mi camino.

Entré en la mansión y me oculté en mis aposentos, cabreada sin ningún motivo de peso.



M

e tumbé en la cama después de deshacerme del pesado vestido para quedarme desnuda, acompañada por el frío que corría por la ventana, ya quedaba poca noche por delante. Supuse que Nathan se habría marchado para dejarme a solas. Necesitaba aquellos instantes para mí. Mi enorme cama con dosel yacía al final, junto a una mesilla de madera en la que ocultaba una botella del mejor whisky junto a tabaco. El paso de los años también había traído bebidas más fuertes que conseguían aplacar mejor mi ira, y pasarme ebria la mayor parte de los días se me daba bastante bien, al igual que irritar a todo el que estuviera a mi alrededor en instantes así. El tabaco también ayudaba, hacía muy pocos años que la antigua planta había llegado a Europa como consumible para inhalar. Envolví las briznas en un papel y lo encendí con un fósforo para dar una profunda calada. El humo inundó mis pulmones y me relajé al fin.

Miré el techo y solté un suspiro.

—¿Por qué demonios no has venido cuando te lo he ordenado? —Arestos irrumpió sin ni siquiera llamar antes y se plantó frente a la cama con rostro furibundo.

—No estoy de humor para tus charlas, querido. —Solté de nuevo el humo y fue a parar a su cara. A mi amante no le gustaba aquel olor.

—Cuando se te ordena algo, debes obedecer.

—Ya debería haberte quedado claro tras tanto tiempo que yo no sigo órdenes —sugerí con ironía.

¿A quién quería engañar? Siempre acababa por hacerle caso y no había cosa que me enfureciera más en la vida. Me negaba a reconocer que era su títere. Me tenía agarrada de pies y manos y manejaba las cuerdas a su antojo. Revelarme era mi forma para no hacer de ello un hecho irrefutable, pero en el fondo sabía que no servía de nada. Dependía de él y a pesar del cansancio que me provocaba, no encontraba el valor suficiente para marcharme de allí.

Agarró mi pie y tiró hasta que caí de la cama. La botella de whisky se hizo añicos y lo poco que quedaba de mi cigarrillo se desmenuzó contra el suelo.

—No olvides quién te mantiene. Soy quien ha cuidado de ti todos estos siglos, el que te ha soportado...

—Yo también he tenido que soportarte a ti —lo corté pero me ignoró y continuó.

—... quien te ha protegido de humanos que querían acabar con tu vida después de que tú desataras el caos. El que ha aguantado tu vena psicópata, ¿quien ha calentado tu cama! —lo último lo gritó. Alcé la vista desde el suelo y lo miré a los ojos. La furia hervía en su interior con un brillo cegador que compungía mi pecho, no por miedo ni temor, era más bien la rabia que me provocaba el oír cosas que yo misma había hecho por él. A excepción de evitar que unos humanos poseídos por sus ansias de venganza ante una asesina le mataran. Eso solo era algo que me ocurría a mí, y él, siempre se encargaba de limpiar mis desastres.

A él nadie quería matarle, solo yo.

—Merezco más respeto por tu parte, y sobre todo, más atención.

—¿Atención? —repliqué con ironía—. Yo no soy la que desaparece largos días, Arestos. He estado mucho tiempo sola y sé que lo que a ti te molesta es que haya encontrado a alguien al que le importo de verdad y no me busca solo por mi cuerpo.

—¿Ese Nathaniel? —preguntó con un ronco gruñido—. No debí haber dejado que se quedara.

—Oh, por supuesto. Tú y tu temor a que alguien te reemplace.

Se acercó a mí y apretó mi cuello para hacer que lo mirara a los ojos.

—Escúchame, nadie me puede reemplazar en tu vida. Ni ese vampiro, ni ningún otro. Eres mía, Olympia. De nadie más.

No me molesté en contestar. Me deshice de su agarre antes de que el aire dejara de entrar en mis pulmones y me levanté.

Estaba desnuda como tantas otras muchas veces, pero ello no significaba que me sintiera así. Era fuerte, valiente y con ganas de enfrentarme a él.

—Tienes demasiada fe en ti mismo, querido. Pero la línea entre lo que nos une y separa, cada vez está más difusa. Nathan es un hermano para mí, tú eres mi amante, pero a la vez mi enemigo y me ocultas más cosas de las que me cuentas, y eso, es lo que acabará por definir en qué lado está lo nuestro.

Me giré dispuesta a salir de la habitación. Pisé los cristales de la botella rota y salí sin ropa hasta el bullicio de la mansión. Comenzaba a amanecer y todos bajaban a la zona inferior para ocultarse del único poder capaz de matarnos sin esfuerzo; el sol. Algunos me miraron sin esconder su lujuria y otros torcieron el gesto cuando Arestos salió tras de mí. Se desvió hasta sus aposentos y yo me fui a los de Nathan. Estaba tumbado en la cama a punto de echarse a descansar.

—¿Qué haces desnuda? —fue lo primero que preguntó.

Me hice un lado en su cama y me senté. Busqué en los cajones que rodeaban la cama de mi amigo y lo único que encontré fue una botella de vino medio vacía. Obviamente fui yo quien la guardó en ese lugar, pasaba muchas horas con Nathan y tenía provisiones en todas partes.

—He discutido con Arestos.

—¿Y eso es nuevo? —Me dedicó una sonrisa que se me contagió.

No, no era nuevo. Solo un día más en mi eterna existencia llena de monotonía.

—Estoy harta, Nathan. No sé qué se cree —bufé.

Mi amigo no contestó. Comenzaba a darme cuenta de que todavía parecía molesto por mi actitud anterior. A mí ya se me había pasado, pero a él era obvio que no. Aunque en mi mente lo culpaba a él por intentar bloquear mi forma de ser, tenía parte de razón para querer que me controlara. No hacerlo solo conllevaría más problemas a nuestras ajetreadas vidas.

—Vale, lo siento. Me he comportado como una niña.

—Muy malcriada —me reprendió.

—Lo sé. Pero tú también tienes la culpa. Me estaba alimentando de uno, no un centenar.

—Pero sabes que después de ese uno, siempre va otro, y otro, y...

—¡Vale, vale, vale! —lo frené. Había captado a la perfección lo que quería decir—. Te agradezco que quieras intentar controlar mi ansia, y te aseguro que lo consigues. Hace cien años apenas aguantaba la presencia de los humanos, contigo he llegado a pasar horas sin morderlos. La tentación estaba, pero tú, tú don, me apacigua —anuncié.

Nathan cogió mi mano y la acarició con dulzura. Su toque acrecentaba su don y apaciguaba todo lo malo que luchaba por salir de mi interior.

—Sigo sin entender cómo funciona —reconoció. Durante mucho tiempo habíamos intentado estudiar la forma en que aquella aura tranquilizadora salía de su interior. Incluso alejado unos metros funcionaba, pero sin duda era más efectivo con el contacto de su piel.

Lo descubrió muy pronto y quizá por ello conecté con él en el mismo instante que lo conocí.

—No importa cómo. Está dentro de ti y lo mejor es que es bueno, me ayuda. Eres lo único estable en mi vida. Lo único que me recuerda que se puede ser un monstruo y conservar algo de humanidad.

—No eres un monstruo —sentenció—. Solo estás un poco loca.

Sonreí con él y le di un golpe cariñoso en el hombro.

Sí, estaba loca. Pero, ¿cómo no estarlo si siempre estaba rodeada de sangre, muerte y locura?

No era sencillo cambiar, jamás me había planteado hacerlo. No sabía si me gustaba quién era y en qué me había convertido en tantos siglos, simplemente vivía y sobrevivía. Tenía asumido que era malvada, las circunstancias me habían convertido en lo que era. La relación tóxica con Arestos, los desplantes, las peleas, habían quitado cualquier tipo de bondad de mi interior. Durante años él intentó controlarme, él quería que fuera una asesina sanguinaria, pero también que tuviera un mínimo de control que tan solo había llegado con la aparición de Nathan. Sin embargo, ni con esas me aceptaba tal y como era. No sabía si era porque no era consciente del bien que me hacía, o simplemente los celos le nublaban la mente.

No éramos una pareja como muchos otros vampiros que nos rodeaban, solo éramos nosotros. Dos almas unidas por el tiempo que habían decidido hacer sus caminos en la misma dirección con opciones para acostarse. Él sabía que yo lo odiaba y quería a partes iguales, él a mí también y en el fondo de mi corazón, sabía que tarde o temprano aquello nos destruiría a ambos.

Pero por el momento, me tenía atada a su lado.

Miré cómo Nathan me observaba, atento a mi expresión pensativa. Él sabía prácticamente todo sobre mí. Hablábamos mucho, nos contábamos todo y siempre sacaba el lado positivo. Todavía me asombraba que continuara con nosotros, en un lugar donde era el bicho raro. Incluso Arestos sabía que no mataba a los humanos y era algo que también provocaba discusiones. Él aguantaba sus reproches a pesar de haber tenido la oportunidad de marcharse en muchas ocasiones.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—En todo. Me pregunto cómo habría sido mi vida si hubieras llegado mucho antes. A lo mejor no sería la misma. —Solté un suspiro y me tumbé en la cama.

—Puede, pero he llegado ¿no? Siempre estaré a tu lado.

—Y eso me entristece.

—¿Por qué?

—Porque no eres feliz aquí. No te gusta lo que hacemos. Crees que esta no es tu lucha y tanto yo, como Arestos, lo sabemos —musité y lo miré a los ojos.

—Tú tampoco eres feliz aquí.

—Pero es lo único que conozco —reconocí.

—¿Por qué no nos marchamos juntos, Oly? Seríamos libres. Podríamos continuar con nuestra vida fuera de guerras y peleas inútiles que solo nos aportan tragedias. Te desharías de Arestos y su afán por controlarte. Ya nadie mandaría en ti, ni te castigaría por ser como eres. Podrías comenzar de cero.

Lo que me planteaba me resultaba de lo más tentador. Largarme de un lugar en que muchas veces sentía que sobraba, abandonar las calles de Nottingham y sumergirme en otro totalmente distinto, alejado. Podría volver a Grecia e incluso ir a Estados Unidos que poco a poco se convertía en una de las mayores potencias mundiales. Viajaría por todas partes, me mezclaría entre sus gentes y me alimentaría de su sangre. Era una propuesta tentadora, tanto que me quedé varios minutos en silencio. Sopesaba la idea de mi amigo hasta que pensé en Arestos.

Él no me dejaría marchar, me necesitaba. Nunca había llegado a descubrir por qué siempre alegaba que era la única persona que le importaba de todos los que lo rodeaban, pero quería creer que era porque en el fondo se preocupaba por mí. Y en algún recóndito lugar de mi mente, pensé que yo tampoco quería irme.

¿Qué haría? A pesar de que odiaba reconocerlo, él me había enseñado todo lo que sabía. Había hecho de mí una guerrera y la idea de dejar de pelear no me gustaba. Adoraba los subidones de adrenalina, la energía a la hora de atacar que circulaba por mi cuerpo, el placer de asesinar. Era mi vida, todo aquello formaba parte de mí y aunque había partes que estaba deseosa de cambiar, luchar no era una de ellas.

—No puedo hacerlo —contesté al fin—. Arestos nunca me dejaría.

—Siempre dices que no es tu dueño y aun así te impide hacer tu propia vida. Lo único que le debes es haberte salvado de una muerte segura en Esparta, el resto debería ser algo que tú puedas elegir —chasqueó la lengua contra sus dientes y resopló.

—No es mi dueño —gruñí—. ¿Sabes lo que pasaría si me marchara contigo? —Negó—. Que antes de conseguirlo te mataría para arrebatarme la única luz que hay en mi vida. Eso es lo que pasaría. Tú puedes marcharte si quieres, ni siquiera yo te lo impediría y te aseguro que a Arestos le

provocaría satisfacción, pero yo no puedo hacerlo. Esto... esta es mi vida, aunque sea una mierda.



Aquella no fue la primera vez en que Nathan me propuso que nos marcháramos. Las cosas cada vez parecían complicarse más. El mundo avanzaba con demasiada rapidez. Veía edificios derruidos para luego construir nuevos, como caían reinos y se constituían otros. Había visto cómo los humanos se destruían una y otra vez. No importaba el lugar, ni la época, siempre había alguna guerra, reyertas en las calles, asesinos, violadores... delincuentes que sembraban el caos allá por donde pasaran. Y en ocasiones, yo era como ellos. Habíamos pasado una primera y segunda guerra mundial, democracias, dictaduras, repúblicas y monarquías... todo tipo de inventos políticos. Cazas de brujas, bombas... Había podido ver con mis propios ojos todos los cambios del mundo como si hubieran ocurrido en un pestañeo.

Corría el año 1963 cuando llegamos al único lugar en el que de verdad he llegado a creer que era mi hogar: Exeter. Esa pequeña ciudad inglesa del condado de Devon me atraía como si fuera un imán. Tenía algo encantador. Llegamos un par de años atrás. Debía reconocer que la entrada al siglo XX fue el aliciente que me faltaba para volver a sentir algo agradable por la vida. Adoraba el avance social, el crecimiento enorme de la población y las nuevas edificaciones y tecnologías. El mundo seguía bajo el yugo de la religión en algunos lugares, sin embargo cada cual la sentía de una forma distinta y las creencias no dictaminaban el camino de las personas, todo comenzaba a ser un poco más liberal. El machismo continuaba imperando en los sesenta, pero atrás habían quedado aquellos años en los que las mujeres no tenían derecho a nada. Gracias a las sufragistas inglesas, en el año 1928 se aprobó el derecho al voto para ellas. Algo que como mujer me enorgullecía a pesar de no ser parte de la población. Seguía siendo un ser inmortal que se ocultaba en las sombras de la noche, con documentación falsa y una forma de vida de lo más inmoral.

Con Nathan las cosas seguían igual. Mi mejor amigo y casi hermano del alma, había permanecido siempre a mi lado a pesar de sus más y sus menos con Arestos. Apenas se comunicaban, solo estaba con nosotros por mí y evitaba cualquier confrontación con nuestro líder. Él me acompañaba prácticamente todas las horas del día. En los casi quinientos años que llevaba con él, había mejorado mucho con mi lado oscuro.

Continuaba siendo bastante sádica, una alocada sin escrúpulos que quitaba la vida a humanos para que les sirviera de comida, pero también había conseguido controlarlo. Los tiempos en los que arrasaba las tabernas y las ciudades, incendiaba sitios y dejaba gente muerta a mi paso, habían quedado relegados al olvido. De vez en cuando era poco cuidadosa, pero gracias al aumento de población en todas partes, dejar un cuerpo abandonado sin vida, no levantaba tantas sospechas como antaño. Había asesinos por todas partes y muchas veces la policía ni siquiera se molestaba en investigar los crímenes. Me había reformado, a medias. No podía negar que la bestia estaba todavía en mi interior, pero ya no era ella quien me controlaba. Gracias al don de Nathan, yo misma había

aprendido a controlarlo.

—Olympia, hoy quiero que te quedes aquí. Necesito que entrenes a los nuevos.

Apagué el cigarrillo que fumaba asomada a la ventana de nuestra mansión a las afueras de Exeter y tiré la colilla al césped del jardín después de apagarlo.

—Hoy no puedo —sentencié con una falsa sonrisa. Tenía planes más halagüeños que pasar la noche supervisando peleas entre vampiros y demonios.

Mi relación con Arestos continuaba con el intenso tira y afloja que nos había acompañado durante treinta siglos.

—¿A caso hay algo más importante que tengas que hacer? —preguntó con sarcasmo y se cruzó de brazos. Contenía su enfado.

—Sí. Hoy vienen Los Beatles, así que me voy a disfrutar de su música. —Me giré dispuesta a comenzar a vestirme. Hacía pocos minutos que el anochecer había llegado y debía vestirme de forma provocativa con las ropas modernas que tanto adoraba.

Arestos soltó un bufido. No estaba muy atento a la música que estaba de moda y era probable que ni los conociera.

—¡Vamos! Es solo un día. Son un grupo nuevo que me encanta. Déjame por una vez disfrutar. —Me acerqué a él y acaricié su mejilla con dulzura. Debía sacar mis armas de mujer para convencerlo y esperaba que no me costara demasiado.

—Aquí hay cosas que hacer.

—Las cosas están tranquilas. Esos vampiros pueden esperar un día a ser entrenados.

—No me fio de ti —replicó. Iba a soltar un bufido pero lo hice mentalmente para poder continuar con mi fachada de niña buena.

Era obvio que no se creería que lo fuera, pero contra todo pronóstico, de vez en cuando, conseguía salirme con la mía.

—Ya no soy como antes, y lo sabes. —Le di un suave beso en los labios y clavé mi mirada azulada en sus ojos.

—Lo sé. Pero a veces te descontrolas.

—Por supuesto, pero esta noche no va a ser una de ellas.

—Habrá cientos de humanos a tu alrededor, ¿crees que podrás soportarlo? —Asentí.

—Habrá bebida, música y diversión. Seré como una humana cualquiera —sonreí sabiéndome victoriosa.

—Está bien. Ve, pero si haces algo que llame la atención, no volveré a dejarte salir.

—Gracias, papá —me burlé y le di otro beso en los labios, más ardiente y profundo.

Arestos gruñó contra mis labios y me agarró con fuerza del pelo. La energía sexual entre ambos continuaba, seguía siendo su amante tras tantos siglos, sin embargo, y a pesar de que no lo aprobaba, cada uno éramos libres de tener encuentros esporádicos con otros. A mí no me importaba que él hiciera lo que quisiera, pero cuando era yo quien lo hacía, él sacaba una faceta de hombre de cromañón que nos hacía discutir durante horas hasta que se le pasaba el enfado. Era uno de los inconvenientes de compartir vida con un hombre nacido en la antigua Grecia. A pesar del avance del mundo, su mente no evolucionaba y continuaba con la creencia de que él debía ser el líder. Como si yo no fuera lo suficiente para poder decidir qué hacer.

Se marchó de mi habitación haciendo negaciones con la cabeza y fui directa a mi armario. La ropa cada vez me gustaba más. Atrás habían quedado los vestidos pomposos, el ir tapada hasta el cuello y la ropa interior que llegaba hasta los tobillos, había llegado el momento de encontrar el estilo que me caracterizaría durante los siguientes años. La moda *rockabilly* era mi favorita en los cincuenta y todavía usaba muchas de aquellas prendas, ya que los sesenta y el movimiento Hippy habían llenado las calles de colorido y yo era más de negro. Por suerte existían los pantalones ajustados de pitillo y no todo llevaba la ancha campana de moda. En cuanto a la parte de arriba, había tantas prendas y tantos modelos que era inevitable que mi armario estuviera plagado de cosas. Muchas de ellas sin estrenar.

Me lancé a por lo básico, unos pitillos color negro que quedaban prietos en mis caderas, acompañado por una fina camisa de tirantes en morado que dejaba a la vista el canal de mis pechos. En los pies escogí unas botas de caña alta con tacón y allí metí algo de dinero y mi tabaco. Las mujeres solían llevar una cartera, pero odiaba tener las manos ocupadas y en las botas guardaba todo lo necesario. Hasta las armas.

Después fui al baño que había junto a mí habitación y saqué mi arsenal de maquillaje. Atrás habían quedado las hierbas que tintaban los labios y los ungüentos para los ojos. Pinté mis ojos con sombra negra y un largo delineado y los labios de un rojo cereza potente. Parecía una gata, alguien fiero y sensual a la vez.

—¿Estás lista? —Nathan apareció por la puerta con una gran sonrisa. Vestía con una camisa azul con dos botones abiertos y unos pantalones de campana oscuros. A pesar de que a mí no me gustaba ese estilo, a él le quedaba como un guante. Sus músculos se marcaban bajo la camisa y estaba segura de que atraería muchas miradas durante la noche.

—Sí. A ver hermanito, date la vuelta. —Se puso de espaldas y me acerqué a él para darle con la palma de mi mano en el trasero—. Si no te quisiera tanto ya te habría desnudado —bromeé.

—Más quisieras, bonita —se burló—. Lo raro es que tú estés vestida. Te he visto más veces desnuda a ti, que a cualquier otra persona.

—Y te encanta —bromeé y escuché su carcajada.

Salimos de la habitación y Arestos nos miraba con cara de pocos amigos. Examinó mi atuendo poco recatado y negó. Por mucho que le molestara que enseñara partes de mi cuerpo que él creía que solo eran para él, adoraba como me quedaban. La cuestión era que esa noche no vestía así para que

él mostrara su aprobación, lo hacía para disfrutar de una noche fantástica al estilo de los humanos.

Nunca decía que no a una fiesta. Antes de marcharnos el sonido del teléfono hizo que Arestos dejara de prestarme atención para responder. Aquel invento había sido un gran avance en las últimas décadas para comunicarnos, desde entonces, sonaba a todas horas en nuestra mansión. Vampiros comunicando los pasos de algunos de los otros vampiros, empresarios con los que Arestos tenía negocios, y por supuesto, gente de la que yo no tenía conocimiento porque él se negaba a darme más información.

Todo continuaba como al principio, estaba rodeada de secretos que, al parecer, no era digna de conocer.

Salimos por la puerta adentrándonos en la fría noche de Exeter. Las estrellas se veían desde nuestra posición y la luna en cuarto menguante nos daba un poco de luz junto a las farolas de la calle. La policía patrullaba las calles con sus coches y sus luces para observar a los transeúntes que se atrevían a caminar en la noche.

El mundo había cambiado mucho. Hacía más de quince años que la Segunda Guerra Mundial había terminado y poco a poco todo se iba arreglando. La paz reinaba más que la guerra, pero ello no quitaba que continuaran existiendo personas encargadas de sembrar el caos. Asesinos, dictadores, gente con creencias que querían sentar cátedra con su opinión... siempre había alguien que quería el mal para el resto.

Como yo.

Sin embargo, yo era un ser sobrenatural. Algo que solo existía en leyendas y mi vida era así. No podía cambiar mi naturaleza, simplemente la había mejorado para no ser siempre un monstruo. Luchaba en mi propio bando. Las guerras humanas no importaban, solo aquellas en las que estaban los seres de mi mundo. Vivía junto a los humanos, pero no nos involucrábamos, de ahí que, en tres mil doscientos años, no hubiera aprendido apenas nada sobre lo que ocurría en el planeta.

Nuestra guerra también había evolucionado. A pesar de ser muchos, gracias a las brujas llegábamos a tiempo a las luchas contra nuestros enemigos. Tenían más poder que antaño, tanto que bajo una bruma negra que aparecía de repente en el lugar indicado, aparecían los nuestros listos para atacar. No tenía ni idea de qué forma funcionaba su poder, era un secreto bien guardado, pero era eficaz y reconocía que aquello nos otorgaba siempre la ventaja. No solo nos ayudaban al potenciar nuestra fuerza y nuestros dones, también velaban por nuestra seguridad y nos traían refuerzos siempre que lo necesitábamos.

Llegamos al *ABC Theater* de Exeter con nuestras entradas en la mano. Había bastante cola para ser un grupo que hacía poco que existía. Eran buenos y la gente lo sabía. Entramos al lugar amenizado por música y esperamos junto a la barra para pedir nuestras bebidas. La gente comenzaba a entrar. Me tensé de inmediato al oler y notar la sangre bombear de tantas personas. Sus yugulares me resultaban de lo más tentadoras y mi bestia luchaba por salir de mi interior. Nathan me pasó mi vodka con limón y le di un fuerte trago para aplacar mi sed.

—Contrólalo, Oly. No te dejes llevar por el olor —me recomendó. Conocía mi cara a la perfección. Estaba nervioso por lo que pudiera hacer si perdía el control. Colocó su mano en mi hombro y la calma llegó a mi cuerpo de inmediato.

Bebí otro trago y le lancé una sonrisa.

Podía controlarlo, era fuerte. La Olympia de antaño hacía mucho que la había dejado atrás, a pesar de que ello no borraba de un plumazo el monstruo que había sido.

La música comenzó y los gritos de los visitantes comenzaron cuando el grupo salió. Me centré en el sonido y disfruté como el resto. Sabía algunas de las canciones. El ritmo estaba en mis venas y bailé sin parar durante lo que duró. Perdí la noción del tiempo entre copa y copa. Nathan no se separaba de mí y cuidaba de que no me sobrepasara con los humanos junto a los que me mecía de forma sensual y provocadora. El ambiente festivo me encantaba. Adoraba esa faceta humana que en la antigüedad, aunque también existía, no se llevaba a cabo de forma tan libre.

Adoraba el mundo, adoraba esos momentos y por ellos conseguía disfrutar de lo que era mi vida. Cuando me alejaba de la mansión, conseguía ser yo misma.

Terminó el concierto y apenas era capaz de tenerme en pie.

—Por todos los Dioses, Oly, te has bebido hasta el agua de los floreros —bromeó Nathan mientras me sostenía para que no trastabillara.

Efectivamente, tenía razón.

—Tampoco es para tanto. Vamos, dame un besito —puse morritos y al final logré alcanzar su mejilla.

Era probable que mi aliento apestara a destilería.

Salimos del lleno local con la gente en el mismo estado que yo a nuestras espaldas y canturreé durante todo el camino *Yesterday* de Los Beatles hasta que pedimos un taxi que nos llevara hasta a las afueras de Exeter.

Solo era pasada la media noche. Tenía ganas de continuar la diversión, así que mi intención no era volver a la mansión para encerrarme en mi habitación a ver pasar la noche.

—¿Adónde crees que vas, borracha? —oí que preguntaba Nathan al bajar del taxi y tomar una dirección que no era la de nuestra mansión.

—A mi castillo de los sueños —sonreí y continué mi camino seguida por mi amigo.

El lugar al que me dirigía estaba a tan solo dos kilómetros de nuestro hogar, muy cerca del río Exe. Se escondía bajo la espesura de un prado y desde el día en que pisé Exeter, algo me atrajo hasta a él. Era mi lugar preferido, donde pasaba largos ratos a solas para reflexionar sobre mi existencia, libre de ataduras y preocupaciones. Se respiraba aire puro y en los alrededores se escondían ciervos que hacían ruidos con sus patas al pisar la hierba y hojas secas que caían de los árboles.

El Powderham Castle se alzaba imponente ante mí. Sus paredes de piedra caliza me transmitían

la paz que parecía no tener cabida en mi vida. Era un enorme castillo del siglo XVII que continuaba en pie y en el que todavía vivía la familia original en algunas temporadas.

De un salto me encaramé en el alféizar de la ventana y me senté para otear el horizonte. Encendí un cigarrillo y le di una fuerte calada hasta llenar mis pulmones. Nathan se apeó a mi lado y me lo robó.

—¿Por qué te gusta tanto este sitio? —preguntó.

Giré la vista demasiado deprisa y estuve a punto de caer hacia atrás. Los efectos del alcohol hacían mella en mi organismo. Suerte que los dueños del castillo no estaban hospedados durante aquella temporada y hacer ruido no haría que descubrieran nuestra posición. Aprovechaba sus temporadas de veraneo para allanar su propiedad y disfrutar de la naturaleza que rodeaba tan bella edificación.

—No lo sé —sonreí—. Me da tranquilidad. Esta ciudad me la da. Hay algo que me atrae a ella desde que llegué. Un poder oculto que no logro descifrar.

—Estás loca —se burló.

—Es probable, pero he encontrado mi sitio aquí.

—Entonces, ¿ya no matarás más?

—Por supuesto que sí, pero no llamaré la atención hasta el punto de que Arestos quiera matarme. Me limitaré a alimentarme y luchar para seguir viviendo aquí —anuncié con voz pastosa.

Definitivamente necesitaba dormir cuanto antes. La cabeza me daba vueltas y reía de forma descontrolada hasta por el estridente sonido de los grillos. Le di un abrazo a Nathan y sonreí.

—Te quiero mucho.

—Yo también, hermanita.

Aquellos momentos eran impagables. Eran los que me devolvían la fe en la humanidad que perdí. Nathan había conseguido que quisiera a alguien de verdad. No era un amor romántico, sino algo fraternal. Si hubiera sabido cómo era tener una familia, estaba segura de que sería algo parecido a lo que sentía por él. Sabía por qué a Arestos le molestaba aquello, con el jamás había sido así de cariñosa a excepción de cuando terminábamos en la cama. Le tenía aprecio, por supuesto, pero tantísimos años juntos habían conseguido desgastar la relación y las opciones de que cambiara la cosa eran escasas.

—Ojalá hubieras aparecido hace tres mil doscientos años. Creo que me hubiera ahorrado la época en la que no tenía humanidad.

—Puede ser. Pero, poco a poco, la vas recuperando. Y eso es mucho más admirable, porque me demuestras, día a día, que sí es posible cambiar —respondió. Lo miré a los ojos en busca de una señal que me mostrara que mentía y no la encontré. Nathan nunca me mentía. Era la persona más sincera que tenía en mi vida.

—Ha sido mucho tiempo haciendo cosas horribles. No puedo decir que me arrepienta, porque mentiría, pero sé que no he respetado absolutamente nada, ni siquiera a mí misma.

—Arestos te creó y te manipuló a su antojo.

—Lo sé, pero yo misma me encargué de convertirme en ese monstruo. Él solo me enseñó, fui yo la que se descontroló. Mi vida era monótona, solo me divertía desafiarlo. Era como si sintiera la necesidad de tener acción. Mataba a tantos para llamar la atención de Arestos —reconocí. No era la primera vez que hablaba con él sobre los demonios que me acompañaban, pero al estar borracha soltaba todos los sentimientos que me empeñaba en ocultar—. Él se cabreaba y era cuando de verdad estaba a mi lado.

—Para castigarte.

—Es cierto, pero me gustaban sus castigos —sonreí—. A veces. Podría haberme matado en tantas ocasiones...

—Pero nunca lo ha hecho.

Se quedó pensativo tras finalizar su frase. Tenía la sospecha de que buscaba algo de mí. Una sospecha que yo misma había creído siempre.

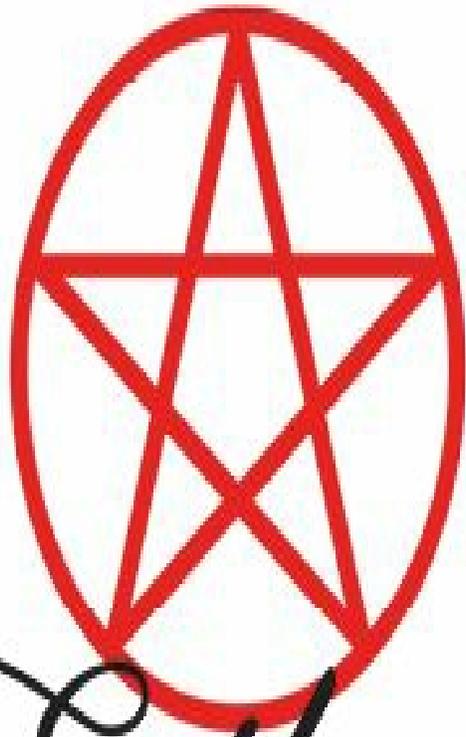
En el pasado lo pasaba por alto, pero ya no.

—Por suerte sigo viva y espero molestarte durante toda la eternidad.

Volví a abrazar a mi amigo y nos quedamos en silencio, acompañados por el cantar de los grillos y las estrellas que iluminaban el cielo.

Esa parte de mi historia fue lo más apacible que tuve a lo largo de mi existencia.

Pasé tres mil años muy duros. Hasta que Nathan no llegó a mi vida, no supe qué era comportarse de forma civilizada.



Epilogo

¡Bendito siglo XXI!

Treinta y dos siglos de vida, toda una eternidad llena de baches, pruebas y sangre. En todo ese tiempo fui incapaz de alcanzar la verdadera felicidad. Me consideraba una superviviente y me conformaba con seguir con vida. Corría el año 2011 y continuábamos en Exeter tras tantos años.

Era mi verdadero hogar. Quizá no en las inmediaciones de la mansión, pero la ciudad me atraía cada vez más.

Me levanté con un fuerte dolor de cabeza. Una vez más los sueños atacaban mi mente. Cada vez eran más recurrentes y el vacío de mi pecho se hacía más grande. La pareja que me había acompañado desde mi segundo nacimiento continuaba intentando contarme su historia. Al principio siempre era agradable, conseguía sentir verdadera felicidad al sentir el amor que se profesaban, pero siempre llegaba un punto en el que el horror aparecía. Alguien más aparecía, los gritos nublaban mi conciencia y el dolor más punzante se clavaba en mi pecho. No comprendía lo que veía y Arestos cada día se interesaba más por aquellas imágenes. Durante siglos me había preguntado por qué razón era tan importante para él cuando apenas nos soportábamos y, poco a poco, sospechaba que era porque buscaba algo más de mí sobre lo que yo no tenía ni idea. Él continuaba con sus desapariciones, muchas de aquellas veces, cuando volvía, su humor era de perros y lo mejor era no acercarse a él y salir airoso de la situación.

—Venga Olympia, levanta. He reservado mesa en un restaurante para ir de cena.

La voz de Arestos me arrancó de golpe de la pesadilla. Pocas eran las veces en las que me invitaba a salir a cenar por la ciudad y agradecía que hubiera aparecido para quitarme aquel sueño de la cabeza. Solo desaparecía el dolor matando algo o con distracción.

Me levanté de la cama y fui directa al armario. Arestos me pidió que me pusiera algo elegante. Íbamos al Starz, un restaurante de temática Americana el cual adoraba. Eran pocas las ocasiones en las que disfrutaba de comida humana.

Me puse un mini vestido que me llegaba justamente por debajo de las nalgas, de color morado, con un escote pronunciado en uve y sin tirantes en el que se marcaba mucho el canal de mis pechos. Daba una vista perfecta de ellos y supe que tentaba a Arestos en cuanto me miró al descender las escaleras con sensualidad.

—Estoy deseando llegar al postre —susurró mirándome de arriba abajo como un depredador que acechaba a su presa.

—¡Tigre!, tranquilo —sonreí juguetona—. Vámonos antes de que me saltes encima.

La noche estaba preciosa. Aunque el cielo estaba algo nublado, se podía apreciar la luna en todo su esplendor. Faltaba poco para que llegara la luna llena. Un periodo crítico para las mujeres vampiras. Nos montamos en el precioso *Infinity Essence* de Arestos y nos dirigimos hasta el centro de la ciudad. Al llegar, nos pusieron a una mesa al final del todo y esperamos hasta que la camarera apareció para anotar nuestra comida.

En el fondo, mi mente quería pensar que ella formaba parte del menú.

—¿Qué les pongo? —preguntó con amabilidad. Arestos fue el primero en pedir y yo tardé unos segundos hasta que me decidí.

—Tortellini a la boloñesa y de segundo un buen entrecot, pero poco hecho —dije mirándola fijamente—. Que rebose un poco de sangre por el plato —susurré de manera seductora, dejando a la pobre trabajadora aturdida por la mueca de maldad que mostré.

Estaba dispuesta a desafiar a Arestos una vez más. Me apetecía un poco de acción.

Hacia tiempo que me comportaba como una niña buena y resultaba aburrido. Sin Nathan a mi lado, poco había que hiciera que me controlara.

Sonreí mostrando así mis afilados y blancos colmillos. La pobre se marchó sin decir una palabra más. Era una temeraria a la que le gustaba provocar.

—¡Oye! Que te olvidas de las bebidas. Tráeme la mejor botella de vino que tengas. Paga este hombre que tengo en frente —solté una seca carcajada que hizo que parte de la gente allí presente me mirara raro.

—Olympia, ¿podrías controlarte? —Me apuntó directamente con el dedo en un gesto de frustración—. Nos estas poniendo en evidencia, esa camarera se ha fijado en tus dientes y este es un lugar al que acudimos de forma habitual y no quiero dejar de hacerlo. Debería haberte encerrado en casa —gruñó.

—¿Crees que me importa?

—No. Ya lo sé que no. Pero controla tu lado vampiro si no quieres que los humanos nos descubran.

—Ni que tú te controlarás cuando los matas —murmuré cabreada. Él tampoco era un santo—. Parece que sea yo siempre la mala de la película. Pero te recuerdo Ares...

—No me llames así —me cortó.

No le gustaba que le llamaran igual que al dios de la guerra, él renegaba de aquellos malditos dioses cabrones, como yo. Pero como cada vez era menos letal, debía encontrar formas distintas para avivar la llama de nuestras peleas para después terminarlas con un tremendo polvo.

—Pero te recuerdo, Arestos... —rectifiqué con sorna—, que tú matas igual que yo, y haces lo mismo, e incluso peor, a los humanos. Así que no me des discursitos de moral, porque si salen de tu boca a mi no me valen ni un duro.

—No me cabrees, Olympia. Llevo demasiados siglos aguantándote, no voy a permitir que tires mis esfuerzos por la borda con tu actitud tan altiva.

Arestos tomó una fuerte bocanada de aire para tranquilizarse. Veía en su cara cómo se resistía a levantarse para darme una buena tunda. Aquella situación me excitaba.

—¿Aguantándome? —parpadeé incrédula—. ¿Tú a mí? —reí. Acaparábamos las miradas de los

comensales.

¡Cotillas!

—No sé qué cojones te hace tanta gracia... —Su paciencia se agotaba, pero mantuvo el tono de voz bajo para no llamar más la atención.

—Me hace gracia que digas que no me soportas cuando sé que cuando lleguemos a la mansión me vas a acorralar como un perro en celo y vas a darme una lección por ser una chica mala —susurré en su oído con sensualidad y soplé provocándole un estremecimiento placentero.

—Eso es lo que tú esperas que haga. Y ahora por ir de lista, no haré eso, tenlo por seguro.

Reí. ¿Cuántas veces había tenido esa misma discusión? ¿Cuántas veces él me había dicho que no era un perro en celo? ¿Y cuántas veces habíamos caído en la tentación de retozar como conejos después de una dulce discusión?

Siempre...

El teléfono de Arestos sonó interrumpiendo la pequeña reyerta. Contestó a la llamada que recibió en su Blackberry con una mueca de disgusto grabada en el rostro y habló solo con asentimientos bajo mi atenta mirada.

—Está bien, Olympia irá a ayudaros, yo tengo cosas que hacer —murmuró con indiferencia mientras se miraba las uñas con concentración, como si fuera lo más importante del mundo.

—¿Qué pasa? —pregunté con el ceño fruncido.

Necesitaba más información si pretendía que fuera a algún sitio.

—Han atacado a unos cuantos demonios en un callejón. Ve allí e intenta solucionarlo.

—¿Y tú qué? —pregunté con el ceño todavía más fruncido.

—Tengo cosas que hacer. Ocúpate tú de esto.

¡Genial! El recadero estaba de vuelta. Bufé mientras Arestos pagaba la cuenta.

Una vez más se desentendía de la situación, y como siempre, era yo quien debía acudir a ayudar a los nuestros.

Estaba cansada, harta de ser su marioneta.

Pero para variar, cerré el pico y obedecí.

Fui al lugar que Arestos quería. Según su información, eran tan solo cinco los que habían osado enfrentarse a nosotros.

Cinco que habían conseguido vencer a una veintena. Gracias al poder de las brujas multiplicábamos nuestro ejército durante las luchas, pero eran más débiles que los reales y por ende, más sencillos de matar.

Me sorprendía que hubieran podido con todos y salir airosos de la reyerta. Por lo que tenía entendido, habían luchado contra muchos, y eso, no hacía más que provocarme curiosidad por conocer a mis nuevos enemigos. Lo que tenía claro era que no importaba el número, solo la destreza. Y los míos eran débiles. Pocos de los muchos que había en nuestro grupo estaban capacitados para llevar a cabo una buena batalla.

Antes de llegar al callejón, descubrí a dos de los míos escondidos.

—¿Mey? ¿Salem? ¿Qué cojones hacéis ahí agazapados cómo dos cobardes? —gruñí.

—Lo sentimos, Olympia. Esos vampiros son demasiado fuertes, nosotros no podríamos contra ellos. Deberías haber visto como luchaban. Tenían mucha experiencia y agilidad en el tema —murmuró Mey como si la lucha fuera algo extraño en vampiros. Al final acabaría por pensar que así era, porque en el fondo era de las pocas que sabía defenderme.

Era probable que yo tuviera la culpa en ello. Al fin y al cabo debía ser quién los entrenara.

—¡Ya te digo tía! El rubito y la morena han cortado más cabezas en pocos segundos que la reina de corazones de *Alicia en el país de las maravillas* en todo su reinado.

—¿A qué sí?

Ambos vampiros se enzarzaron en una conversación de lo más idiota para mis oídos. Consiguieron sacarme de mis casillas. Me acerqué a ellos y los cogí de la cabeza para juntarlas y que gruñeran por el impacto. Los dejé un tanto aturdidos y sonreí interiormente. Se merecían una buena paliza por ser tan imbéciles.

—Dejaos de tonterías de una vez y seguidme hasta esos malditos que osan interrumpir mi cena —dije con un deje de frustración en la voz.

Los vampiros tocaron sus cabezas con las manos, me miraban con rabia, pero me siguieron mientras soltaban gemidos de dolor.

No me servían de mucho si comenzaba una pelea, pero eran unos buenos perritos falderos. Simplemente los utilizaba para aparentar.

Me sumergí en el interior del oscuro callejón. El grupo de vampiros recogía los cuerpos inertes de los demonios asesinados. Actuaban con cuidado, querían limpiar lo que habían hecho. Caminé unos pasos más, manteniendo las distancias y hablé:

—¿Quiénes sois vosotros?

Se giraron de inmediato en mi dirección y al momento supe que sabían que era un vampiro. Había también una humana entre ellos, pero no lo era del todo. Era una bruja.

De inmediato comenzaron a cuchichear. Intenté centrar mi oído en lo que decían, pero no logré descubrir nada. Una vampira morena susurraba al oído de un rubio con un cuerpo de lo más atractivo.

A pesar de la situación, tuve que reconocer que era demasiado tentador, del tipo de hombres que adoraba llevarme a la cama.

Negué con la cabeza para quitar aquellos pensamientos. No estaba ahí para ligar por muy seductor que me pareciera mi enemigo.

—¿Se os ha comido la lengua el gato? —pregunté con pose altiva y poco a poco me acerqué a su posición.

Paseé la vista por cada uno de ellos. Ocultaban a la bruja humana y supe que no era como los que trabajaban con nosotros. Ella era una bruja buena, utilizaba la magia blanca.

Sus miradas se paseaban por todo mi cuerpo y se adivinaba el odio que sentían por un ser como yo. Yo no respetaba lo mismo que ellos.

Uno de ellos estaba en posición de ataque con dos dagas en sus manos y me dedicaba una mirada asesina. Tenía una mueca de arrogancia en su rostro que hizo que me pusiera en guardia al instante.

Justamente era el rubio atractivo.

—Si quieres salir viva de aquí, no te acerques ni un paso más —amenazó.

Pasé mis ojos por todo su cuerpo. Tenía el cabello rubio oscuro corto peinado de punta, dándole un aire moderno y sofisticado. Su cuerpo parecía cincelado en mármol, con prominentes músculos que le daban un atractivo arrollador al conjunto completo.

Definitivamente me lo tiraría, lo dejaría entrar en mi cama hasta saciarme de él. Pero no iba a ser el caso, ya que el muy chulito me había amenazado y no me iba a dejar amedrentar por alguien que probablemente caería rendidito a mis pies.

—¡Mira cómo tiemblo!

El vampiro levantó la vista con intención de enfrentarse a mí. Nuestras miradas airadas se cruzaron. Sus labios estaban tensos y marcaban sus facciones masculinas.

Tuve que reconocer que era lo más sexy que había visto en mucho tiempo. Fijé mis ojos en los suyos y algo extraño me pasó.

Mi cabeza comenzó a trabajar con increíble rapidez. Fuertes punzadas invadieron mi mente, incluso más fuertes que las que me poseían tras los sueños y grité de dolor. No podía moverme. Era como si miles de agujas se clavaran en mi cerebro. Era incapaz de pensar con claridad y estuve a punto de caer al suelo.

—Coño, Carel, tu belleza le ha hecho daño a la vampira —oí que reía uno de ellos.

Intenté centrarme en lo que me rodeaba. Estaba desprotegida y si querían podrían matarme en ese mismo instante. El dolor me ponía difícil defenderme, pero al escuchar a aquel que intentaba burlarse de mí, la furia me invadió y me preparé para atacar.

Nadie se reía de mí. Odiaba los desafíos y solo hacían que activar mi faceta agresiva.

Me agazapé en posición de ataque y dejé a un lado el insoportable dolor. Mostré mis colmillos en un gesto de rabia y me lancé a por el vampiro. Sin embargo no me fijé en que el rubio llamado Carel, quien me había noqueado con su mirada, estaba justo al lado y me paró al agarrarme por la cintura.

Caí al suelo con un fuerte golpe que hizo eco en el callejón.

Ahora sí que me había cabreado. Me levanté y re Coloqué el vestido y miré al que provocaba mi dolor. Por suerte comenzaba a amainar gracias a la ira que crecía por momentos.

—Grave error. ¡Nadie me pone las manos encima! —Salí corriendo en dirección al vampiro y me enzarcé con él en una pelea mientras los demás iban corriendo a por Mey y Salem, que estaban acobardados al principio de la calle.

—¿Ah no? Y yo que pensaba que te gustaba que te dieran fuerte. Tienes pinta de ser una gatita fiera.

Le di una fuerte patada en la entrepierna a Carel, que me tenía cogida del cuello y conseguí que soltara el amarre. Me dio tiempo a sacar el puñal que ocultaba bajo el vestido y se lo clavé en el hombro con rapidez.

—¡Serás zorra! —Sonreí.

—Solo un poquito...

Carel se giró de inmediato y con una de sus dagas me propinó una puñalada en las costillas para devolverme el golpe y caí al suelo.

—¡Hijo de puta! —gruñí.

Puse la mano en la herida para taponarla.

Durante siglos había recibido incontables puñaladas, golpes y hasta había estado a punto de ver mis tripas fuera de mi cuerpo. Sin embargo, el dolor de aquella daga fue tan intenso que me dieron ganas de gritar. Era como si el metal tuviera algo que me afectara más. Como si la forja de la que lo hubieran sacado, tuviera un poder oculto capaz de herir de gravedad a los vampiros.

Me levanté del suelo a duras penas. No podía dejar que ese vampiro me venciera. El tal Carel me provocaba una sensación demasiado extraña en el cuerpo. Sus roces durante la lucha despertaban mis terminaciones nerviosas. No estaba todo lo concentrada que debía, y eso, podía ponerme en un verdadero aprieto. Sin pensar en las consecuencias alcé de nuevo la vista y él me miraba a los ojos. Otra fuerte punzada en mi cabeza me hizo gruñir, pero oculté el grito que pugnaba por salir de mi garganta, ya que el resto de vampiros y la humana, volvían tras perseguir a Mey y Salem.

—Esos dos cobardes han huido —murmuró el de pelo castaño—. Tía, esos que te has traído no sirven ni para escupir.

Lo sabía a la perfección. En cuanto pisara de nuevo la mansión, aquellos dos iban a recibir una lección. No podían dejarme tirada de aquella forma. Hubiera preferido verlos muertos, al menos así tendría la certeza de que al menos habían luchado por su supervivencia.

Intenté recobrar el equilibrio. Debía aprovechar ese momento para huir.

No tenía apoyo, me dolía el costado que no dejaba de sangrar, y no lograba averiguar por qué al mirar a Carel mi cabeza parecía a punto de explotar.

Era probable que tuviera dones, sin embargo elhabía parecido tan sorprendido como yo cuando me noqueó.

No era mi forma de obrar, pero si quería sobrevivir, lo mejor era salir del callejón cuanto antes.

—¿Dónde crees que vas, princesa?

—A tomar por culo —respondí mientras cogía el puñal y saltaba hacía el tejado del edificio que se encontraba en frente. Usé la telequinesia y se lo lancé a Carel con fuerza.

Acerté en su pierna y sonreí mientras desaparecía.

Como prometí, esta no es una historia agradable. Es la historia de alguien que se comportaba como un auténtico demonio, con un pasado truculento y una vida llena de maldad que todavía no ha terminado, pero en este final está el punto de inflexión.

La segunda parte de mi historia comienza aquí, en el día en que conocí a Carel.

Pronto sabré quién soy.

Pronto sabré para qué me quiere Arestos.

Y pronto, al fin, conseguiré encontrar la parte que durante tres mil doscientos años sentía que me faltaba.

Conoce el final de la historia de Olympia en la trilogía

El grimorio de los dioses.

Disponible en amazon.

Fin

SOBRE LA AUTORA

Melanie Alexander nació en Barcelona un 30 de marzo del año 1992. Adicta a la música y a los libros, en cualquier momento busca poder evadirse del mundo real. Su pasión por la lectura comenzó hará unos años, descubriendo así un mundo en el que podía inmiscuirse como la protagonista y sentirse identificada con los personajes hasta llegarse a clavar profundamente en su interior. Ella estudió para ser Administrativa, pero su imaginación la llevó a crear sus propias historias.

Comenzó con relatos cortos y al cabo de un tiempo decidió crear su propia historia e intentar algo con ella. Para ella es un sueño por realizar.

Como amante de la literatura y sobre todo de la novela romántica paranormal, decidió escribir la suya propia, dando paso a *Recuerdos*, la primera parte de una trilogía de libros que no te dejará indiferente llamada *El grimorio de los dioses*, la cual ganó el premio a *Mejor historia romántica paranormal autopublicada* en la web *Pasión por la novela romántica* y fue finalista en los premios *Colmillo de oro* de la web *Más que vampiros* en 2012 a *mejor autora novel*.

Actualmente ya está la trilogía terminada y publicada en CreateSpace y Amazon y están disponibles en ambas plataformas con el sello de la Colección LCDE.

El segundo de la saga se titula *La búsqueda* y finaliza con *Inframundo*, además de un relato corto llamado *Cambios permanentes* publicado en la antología solidaria *Veinte Pétalos* junto a otros 19 autores y *Juego de poder*, relato publicado en la novela multiautor *13 Flechas* de LCDE.

Con "*Perfectamente Imperfecta*", cambió por completo de género lanzándose en la contemporánea y con *Abre las alas y Alas Cautivas*, vuelve a los mundos de fantasía con una Saga llena de magia, aventuras, y como siempre, amor.

En 2017 fichó por editorial Khabox y su primera obra con dicha editorial se titula *La mansión Burton*. Una novela de ficción que cuenta la historia de las brujas de Salem, con una protagonista que se ve envuelta en un misterio que le cambiará la vida para siempre. Brujería, fantasmas e historia entremezcladas con una pequeña historia de amor.

Además, próximamente también publicará bajo la editorial Khabox otra novela de la que espera pronto poder hablar.



Segue sus pasos en:

www.melanie-alexander.com

Facebook:

<http://www.facebook.com/melaniealexanderescritora>

Youtube:

www.youtube.com/melalexanderful

Twitter:

[@buddhaformel](https://twitter.com/buddhaformel)

Instagram:

[@melalexander21](https://www.instagram.com/melalexander21)